

# Tiempos del yomeacuerdo



COMPILACIÓN  
Digna América Luna Villegas



# Tiempos del yomeacuerdo

1.<sup>a</sup> edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© Digna América Luna Villegas (compiladora)  
© Fundación Editorial El perro y la rana

**Imagen de portada**

Grupo familiar en El Paraíso, *circa* 1929. Fotografía de Luis Felipe Toro.

**Edición**

Alejandro Moreno

**Corrección**

Vanessa Chapman

**Diagramación**

Vilma Jaspe

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4932-4

Depósito legal: DC2021001621

Tiempos del yomeacuerdo  
Donde la abuela sembró  
sus bendiciones

Digna América Luna Villegas  
Compilación



# Notas de la compiladora

En el año 2016 coincidimos en un grupo de WhatsApp varias personas que comentábamos acerca de la importancia de homenajear a los abuelos. Así fue como Nelson Ures, Adelis Freitez (†), Erick Jimeno, Domingo Guaidó y esta servidora de ustedes, empezamos a escribir en el chat sobre nuestras abuelas y abuelos.

Entonces, Nelson Ures Villegas le colocó título a nuestro futuro libro: *Tiempos del yomeacuerdo*, con el subtítulo: *Donde la abuela sembró sus bendiciones*. Además, definió nuestra obra como “ejercicio literario colectivo, donde nos juntamos nietos y nietas con similares querencias”.

Fue poco lo que escribimos en ese primer intento de hacer este libro que se ha culminado ahora, cinco años después, cuando se retomó su escritura, con el impulso y la promoción en las redes sociales de dos de los iniciadores de este trabajo, Nelson Ures y quien escribe, Digna América Luna. Entonces coincidimos en un grupo-equipo de WhatsApp, el Homo Ludens Nano, creado y coordinado por Arnaldo Guédez Pérez.

Se concreta así el libro *Tiempos del yomeacuerdo* con los relatos de treinta y tres personas, quienes hemos rendido tributo a nuestras abuelas y abuelos, recordando sus biografías, enseñanzas, anécdotas, vivencias, entre otras aristas, en disímiles escritos.

Es muy interesante y emocionante hacer remembranzas de esos seres que hemos amado tanto. Pienso que eso que se

dice de las abuelas es cierto: queremos demasiado a los nietos y nietas, pero podemos agregar también que nietos y nietas queremos y amamos muchísimo a las abuelas y abuelos.

En los distintos textos encontramos una variedad de estilos, de dimensiones del relato, de la profundidad o densidad con que se escribió, del enfoque dado al trabajo, y eso nos habla de la heterogeneidad presente en las autoras y autores de este libro colectivo.

Asimismo nos toparemos con gente de diferentes nacionalidades: Colombia, Chile, Argentina, Panamá y, por supuesto, Venezuela.

Unas personas escribieron sobre su abuela, otras sobre el abuelo. Casi todos los relatos están acompañados por la foto del ancestro homenajeado, a excepción de cuatro que no pudieron conseguirla.

Hubo un caso donde el autor escribió en un solo texto sobre una abuela y un abuelo. Otro escribió dos textos sobre abuelas, lo que se explica porque estas personas escribieron y enviaron sus textos durante el 2016, cuando aún no se habían establecido las reglas de la invitación-convocatoria difundida en 2020.

Entre los textos nos tropezamos con unos hermosos cuentos, historias de vida, grupos de anécdotas, bellísimas, alegres, pero también conseguimos relatos muy tristes y dolorosos. Hay de todo. Porque así es la vida: un poquito de cada cosa. Tristezas y alegrías.

También es muy variado el nivel socioeconómico o el oficio del abuelo o de la abuela recordado y homenajeado en el texto.

Los distintos trabajos que se enviaron varían desde sencillez en la escritura hasta la presencia de excelentes plumas, con un elevado nivel poético. Se utilizó, y así quedó en blanco y negro, tanto el lenguaje coloquial como uno más literario.

En otras palabras, no se va a fastidiar quien lea este libro, que por ser colectivo se vuelve una cajita de sorpresas con la lectura de cada nuevo autor y autora.

Los periodos históricos son, en su gran mayoría, coincidentes. Casi todos los abuelos y abuelas referidos nacieron entre los últimos años del siglo XIX y las primeras dos décadas del siglo XX.

En fin, es un libro que vale la pena leer, muy entretenido y que nos cuenta sobre los principios y valores en que estaban inmersas esas personalidades a las cuales les hemos dado un sitio en la posteridad al plasmar parte de su biografía, personalidad, experiencias, vivencias y legados. Y como algo fundamental, damos a conocer como estas personas se reprodujeron, acatando el llamado de la naturaleza a preservar la especie humana. Por eso se unieron a sus amores y dejaron hijos, hijas, nietos, nietas, bisnietos, bisnietas y tataranietas.

En estas líneas, un grupo de personas plasmaron sus más íntimos y fuertes sentimientos de amor, de querencia, de admiración por sus ancestros, describiendo situaciones, circunstancias y momentos con una exactitud pasmosa.

Se describen paisajes, sitios, casas y haciendas de una manera tan nítida que nos transportan a esos parajes por donde anduvieron sus abuelos y abuelas.

Vale la pena que revisemos todos y cada uno de los textos que componen este libro colectivo. Cada uno tiene su encanto. No se arrepentirán. Por el contrario, disfrutarán de bellas imágenes en las distintas remembranzas.

DIGNA AMÉRICA LUNA VILLEGAS



# Los abuelos somos viejos por fuera y jóvenes por dentro

Comienzo de una:

Mi abuelo bebía cocuy y le daba por recitar décimas y cuando estaba bien prendió gritaba: “¡Urpia, carajo! ¡Viva Castro!”.

Eran tiempos de la “democracia” de Betancourt: represión por todas partes y por todo.

Un día el abuelo, a quien llamábamos Papa Rafel, iba entrando a la casa con tremenda curda cocuyera. Venía más acelerado que nunca, trastabillando y gritando a todo pulmón: “¡Urpia, carajo! ¡Viva Castro, no joda!”. En ese momento iba pasando una patrulla, frenó de a coñazo justo al frente de la casa y se bajó un policía con la mano en el revólver: “¿Quién es el hijo'e puta comunista que le está dando vivas a *Fidel Castro*?”.

Nos asustamos tanto que nos quedamos calladitos todos esperando la represión. En eso salió la abuela de la cocina, palmoteando una arepa: “¡Es este viejo borracho y necio, pero él se refiere es a *Cipriano Castro*!”.

El policía se quedó pensativo por un momento y en seguida reaccionó, así como refunfuñando y soltó esta frase autoritaria: “¡Yo no conozco ni sé quién es ese tal Cipriano Castro! Mucho cuidado si me están mamando gallo, ¡porque me los llevo preso a todos!”.



Mamá Poncha y Papá Rafel

Como en casi todas las familias venezolanas, la figura de los abuelos siempre está presente. En Barquisimeto, los abuelos maternos vivían con nuestra familia. A los paternos no los conocí, se fueron muchos años antes que yo llegara.

Nuestros abuelos maternos no se hablaban, eran esos viejos orgullosos que no se sabe la razón por la que un día se enojaron y no se volvieron a dirigir la palabra.

La abuela se llamaba Idelfonsa y le decíamos “Mama Poncha”. Ella vivía en la casa de mi tío Gonzaga, hermano de mi mamá. El abuelo se llamaba Rafael Ángel y le decíamos “Papa Rafel”. Él vivía con nosotros, pero las casas estaban tan juntas que las separaba una pared y nos comunicábamos por una ventana que siempre estaba abierta.

Mi abuela venía todas las noches a nuestra casa a ver la novela y se sentaba a disfrutar su “culebrón”. Una noche, y como era costumbre, veíamos televisión con las luces apagadas. Allí casi siempre estaba mi papá, mi mamá, alguna de mis hermanas y el abuelo que, en la oscuridad, era fácil confundir con mi papá. Ambos tenían la cabeza blanquita, aunque mi abuelo era medio calvo. En eso llegó la abuela y como no encontró dónde

sentarse, se le sentó en las piernas al abuelo (obviamente por confundirlo con mi papa...). “¡Yo me siento aquí con mi muchacho!” y le sobaba la cabeza...

Todos nos quedamos callados, tratando de no reírnos para ver hasta hasta dónde llegaría la confusión de la abuela. De repente se dio cuenta del error y saltó como un resorte. Todos estallamos en risas y la abuela no volvió nunca más a ver su novela favorita.<sup>1</sup>

ADELIS FREITEZ AGUERO (†)

---

1 Nota de la compiladora: El Maestro Adelis Freitez participó con su texto sobre sus abuelos en el año 2016. Falleció en Barquisimeto, el 1 de febrero de 2020.

# Mi abuelo Milan

Soy Alicia Margarita, la mayor de los ocho hijas e hijos del matrimonio conformado por Maja Xenia Poljak Bauer y Cruz Alejandro Villegas Sequeda.

Las circunstancias de la vida que condujeron al encuentro de mis padres en nuestro país, y su posterior unión en matrimonio, bien podrían ser objeto de una novela o de una



El abuelo Milan Poljak

película. Tal es de sorprendente la conjunción de hechos que en el contexto político-económico mundial de la década de los cuarenta del siglo xx orientó las rutas de vida de ambos por caminos paralelos que en determinado momento confluyeron en una historia compartida.

Como producto de la ominosa y abominable presencia nazi en Yugoslavia, mi madre, su hermana Yanka (ambas adolescentes) y mis abuelos, Milan y Klara, se vieron obligados a dejar su país de origen, y por ende su hogar y gran parte de su patrimonio, así como a separarse del resto de la familia, para asentarse finalmente en Venezuela, previa estadía de algunos meses en Italia y algo menos de dos años en España.

Una idea más certera de lo que a la familia de mi madre le tocó vivir la proporciona el hecho de que dos de sus familiares (su abuelo Bela y su tío Rudolf) fueron fusilados por los nazis por su sola condición de judíos. El resto (tíos, primos, etc.), luego de diversas peripecias para salvar sus vidas, se dispersaron por distintas partes del mundo, perdiendo el contacto entre sí durante un buen tiempo hasta que, según tengo entendido, poco a poco y luego de terminar la pesadilla nazifascista, fueron restableciendo las conexiones que nos permiten hoy saber, por ejemplo, que algunos fueron a Brasil, otros a Australia y otros a los Estados Unidos.

Si bien la familia Poljak Bauer era una familia de abundantes recursos económicos, desde muy jovencita mi mamá ya tenía muy claras sus ideas políticas. Al parecer tuvo contacto cercano con las ideas comunistas desde muy temprana edad. Esto produjo algunos roces con su familia, que luego se manifestaron en la poca estrecha relación con mi abuelo Milan.

Nuestros encuentros con él no eran muy frecuentes, sin embargo, recuerdo que, cuando pequeños, mamá nos llevaba algunas veces al apartamento donde él vivía con mi tía Yanka y mi abuela Klara Bauer, en San Bernardino, una bonita urbanización

de Caracas. De esas visitas conservamos en la familia algunas fotos. En unas estaba yo de meses y aún vivía mi abuela; en otras posteriores ya era una chica de unos cuatro o cinco años y aparecíamos frente al edificio mis hermanos menores y yo, que en ese entonces éramos solamente tres.

Tengo algunos recuerdos de cuando los visitábamos en San Bernardino. Uno de los que viene a mi memoria es el burbujeante sonido de la Coca-Cola o Pepsi-Cola, refresco que allí tomé por primera vez y hasta entonces era desconocido para mí. El sonido de esas burbujas del refresco me sorprendió y me atrapó más que su sabor mismo, al punto de que siempre lo acercaba a mi oído antes de tomarlo.

Como el objetivo de esta crónica es mi abuelo, quiero centrarme en él. Si bien no lo recuerdo como un tipo especialmente cariñoso, me sentía cómoda en su presencia, aun cuando inspiraba un respeto que quizás impedía una más cálida cercanía.

Para entender la razón de la poco armoniosa relación de mi mamá con él en su adolescencia y adultez temprana, debo también decir que siendo la de Maja una familia de dinero en su país de origen, y habiéndose ella unido (en abierta contradicción con los deseos de mi abuelo) a un hombre como mi papá, de origen campesino, negro, sin abolengo social y de paso comunista, ello tuvo indudables derivaciones que se manifestaron en la relativamente poco intensa vinculación con sus nietos, a lo que me he referido con anterioridad.

Sin embargo, tengo agradables recuerdos de mi abuelo. A pesar del respeto que nos inspiraba, me sentía bien a su lado en las ocasiones en las que nos encontrábamos con él, tanto de niña como ya adulta.

Mi hermana Clara y yo veníamos de Puerto Ayacucho, donde vivíamos, a pasar un corto tiempo de vacaciones con él y Valen, su segunda esposa, de nacionalidad española. Vivían en

la calle Real de Sabana Grande, cerca del Gran Café y frente a la acera donde se ubicaba Vesna, la tienda de mi abuelo, que hoy no existe, en la que se vendían finas carteras de cuero y algunos objetos de joyería para damas.

En ese corto tiempo pudimos estar más cerca de él, porque íbamos a la tienda con ellos y pasábamos allí varias horas al día. En las tardes, nos llevaba con Valen a una pastelería cercana donde tomábamos café y comíamos unos deliciosos dulces que aún recuerdo. En ocasiones nos compraba lindos vestidos en una tienda llamada La Espuma, ubicada también en Sabana Grande, muy cerca de Vesna.

Por cierto, durante el tiempo que estuvimos allí, nuestro padre, que también estaba en Caracas en ese momento, supongo que en diligencias relacionadas con su labor como dirigente político, iba un par de veces a la semana a cenar con nosotros y a visitarnos, hecho indicativo del aprecio que paulatinamente se había ganado por parte del abuelo.

Si bien nunca vi al abuelo Milan pintando, algún tiempo después, en mi adultez, supe que pintaba y pude ver algunos de sus cuadros, lo cual me hace rememorarle como una persona probablemente más cálida de lo que aparentaba ser.

Como mi hija, mi hijo y uno de mis nietos también pintan o lo hicieron con mucha pasión en su etapa de niñez y adolescencia, no puedo menos que pensar en que quizás a él lo movía a realizar esa actividad la necesidad de expresar sentimientos que de otra manera no se atrevía o no sabía manifestar, como desde mi punto de vista puede ocurrir cuando alguien se dedica a una labor tan hermosa como esa.

Lastimosamente hoy no está con nosotros. Falleció en España en 1976, país donde se radicó tiempo después con Valen. Su última visita a Venezuela fue en 1970, año en que nació mi hermano Ernesto. Recuerdo que lo fuimos a ver,

con mi mamá, al hotel donde se hospedaba y luego estuvo en nuestra casa en Coche.

Hoy, cuando ya soy también abuela, no dejo de pensar en los avatares de la vida que debieron afrontar mis abuelos, conduciéndolos a destinos que nunca esperaron tener, en las humillaciones de las que fueron objeto simplemente por ser judíos y en cómo los afectaría el recuerdo de sus familiares fusilados y presos, a quienes nunca más pudieron ver.

Todo esto tiene que haber hecho mella en su emocionalidad, en su manera de relacionarse con los demás, en su mayor o menor expresividad. Claro, no podemos obviar las naturales diferencias culturales que existen de un país a otro, que inciden en la manera de interactuar entre sus habitantes.

En nuestro país, en líneas generales y en estos tiempos, somos muy dados a expresar efusivamente los afectos y emociones que nos embargan, por supuesto con las excepciones que siempre hay y según el ambiente familiar que nos precede y donde nos hemos criado. No así en otros países, donde quizás la expresión abierta de los sentimientos y afectos no está tan arraigada o no es bien vista en el comportamiento social.

También hay que tener en cuenta que paulatinamente, al menos en mi caso, ha habido un aprendizaje sobre la expresividad de las emociones y una internalización de la certeza adquirida a través de los años, acerca de la necesidad que tiene el ser humano de sentirse valorado, estimado, amado por sus afectos cercanos. Por ende, hay un compromiso con uno mismo de expresar esos sentimientos de amor a quienes nos rodean, particularmente si se trata de los hijos y nietos, así como de los amigos y del entorno familiar más cercano.

Tal vez por lo anterior, a veces pienso que, si se hubiesen dado las condiciones para conocerlo mejor y estar a su lado más asiduamente, habría sentido a mi abuelo más cerca. También

considero que, si la madurez que hoy he alcanzado como ser humano me hubiese acompañado en ese tiempo, tal vez me habría atrevido a expresarle mi cariño más calurosamente, como hoy hago abiertamente con mi compañero, mis hijos, mis nietos, mis hermanos y hermanas, con otros familiares, amigos y amigas y en general con las personas que son importantes para mí.

ALICIA MARGARITA VILLEGAS POLJAK

Caracas, 21 de marzo de 2021

Correo: [alicia-poljak@hotmail.com](mailto:alicia-poljak@hotmail.com)

Número telefónico: 0426-1105525

# Mi abuela la supersticiosa

La casa donde mi abuela vivía era muy extensa, muy grande, con unos amplios corredores. Ahí tenía y criaba vacas, chivos, marranos, gallinas y pavos.

Le gustaba hacer dulces, tales como alfeñique, conservas de coco, pan de leche, pero no los hacía para vender, sino para consentir a sus nietos, que éramos muchos.

Mi abuela era muy jocosa y le gustaba dar consejos a sus hijas y nietas. Nos decía: “Cúidense para no que no salgan preñadas, porque yo los hice por placer, y los crie por un deber”.

Le gustaba contar chistes “coloraos” para hacernos reír en las reuniones familiares. Algunos de estos chistes eran de doble sentido, para ser interpretado por quien los oyera.

Por ejemplo, cuando alguna de nosotras estaba pasando por un problema y estaba triste o acongojada, entonces mi abuela, para subir el ánimo nos decía un chiste que ella siempre repetía: “Tranquila, que todo pasa, menos las taparas”.

Cuando un hombre visitaba la casa, le preguntaba a las nietas quién era, y ellas le contestaban: “Es un amigo”. Entonces la abuela les decía, haciendo muecas de duda con la boca: “¡Mmmj, mmmj! Echas las pendejas... Ustedes creen que yo soy pendeja. Ustedes creen que yo no me doy cuenta de las miradas...”. Y empezaba a remedar a los hombres. Entonces decía con sarcasmo: “Tan bonito él, que parece un espantapájaros... ¡Mmmj, mmmj!”.

Una vez, una prima mía, Jacquelin, la llevó a control médico en el geriátrico. A mi abuela le llamó mucho la atención que allí había muchos ancianos con distintos problemas fuertes de salud, con discapacidades severas, unos sin las piernas, otros invidentes... eso le impresionó y desagradó mucho a mi abuela, entonces le dijo a mi prima: “¿Por qué me trajiste a esta vaina? Estos viejitos están más jodíos que yo. ¡Vámonos! ¡Vámonos! Llévame de aquí”.

Mi abuela tuvo siete hijos: un hombre, José (Cheíto), y seis mujeres, Ligia, Honoria, Emilia Esther, Calixta, Dilia y Belkis. Cheíto, el consentido de mi abuela, es una persona que tiene una personalidad muy particular. Él es muy intenso, refranero, le gusta contar cuentos, es habilidoso, fogoso, muy estresante, y sobre todo muy mujeriego.



La abuela Marcelina

En la familia siempre mencionan una anécdota. Mi abuela decía constantemente: “A mí me parece que Carmen no me está tratando bien a Cheíto. Yo creo que ya no me lo quiere”. Carmen era la esposa de Cheíto. Entonces, en una de tantas veces, le contestaba una de mis tías: “Na guará, mamá, ¿te parece poco?, si el día que se muera Cheo, a Carmen hay que hacerle un nicho. Sié’ carajo, ¿tú sabes lo que es calarse a Cheo? ¡No joda! Cheo es tan difícil. Cheo le ha montado tanto cacho a Carmen, que la ha jodido tanto. No. ¡Carmen se ha ganado el cielo con Cheo!”. Ella reconocía y decía: “Ah, mundo, mi pobre muchachito, ecito, si es que Cheíto desde muy joven ha sido muy enamorado”.

Mi abuela tenía la costumbre en época decembrina de hacer la famosa chicha de maíz. Acostumbraba pararse muy temprano, poner a cocinar el maíz y realizar el proceso de la chicha, pero, mientras ella estaba en ese proceso, ninguna nieta o nieto se podía “encimar” ni hablar ni decir malas palabras porque decía que se le hacía mala sangre a la chicha. Eso era tan sagrado para ella.

Le molestaba mucho si se le dañaba su chicha. Nosotros sus nietos y nietas le respetábamos ese momento tan sagrado para ella. Ahí nadie se acercaba y ahí nadie estaba, solo ella. Mi abuela se amarraba su cabello con una pañoleta blanca y para colar la chicha lo hacía con un pañuelo blanco impecable. Así como era de sagrada, la chicha también era muy sabrosa.

Mi abuela, en tiempos de Navidad, sobre todo el 31 de diciembre, también tenía la costumbre de reunirnos a todos en familia. Nos llamaba aparte a las mujeres, agarraba un puño de arroz y nos lo regaba a cada una sobre la cabeza. A medida que caía el arroz nos decía a todas: “Hijas, que Dios me las bendiga, que Dios me las cuide, que cuando crezcan se consigan un hombre bueno y sobre todo con plata”. Esta costumbre para

ella era muy religiosa. Ella lo que nos deseaba era salud y un hombre con plata, eso era lo esencial.

Tenía una planta favorita que la recomendaba con los ojos cerrados a todo el mundo: la tua tua morada. Esa es una planta que es de dos tipos, una con hoja verde y otra morada. Ella recomendaba la morada, que sirve para los golpes, claro, depende de los golpes...

Cuando los golpes eran suaves hervía la hoja y te colocaba el agua en el golpe; pero si el golpe era muy fuerte, calentaba la hoja te la colocaba en el lugar donde estaba el morado, amarrada con un trapito. A medida que la hoja se iba enfriando te iba sacando el golpe. De verdad era así, porque ella lo hacía con tanta fe que el efecto era maravilloso. Nosotras somos igual a la abuela: dependiendo del golpe usamos la tua tua...

Cuando una de las nietas estaba embarazada, la abuela agarraba un vasito con agua, se lo encomendaba a la imagen del doctor José Gregorio Hernández y le rezaba con mucha fe por nueve noches. Después esa agua se la daba de beber a quien fuese a dar a luz y nos encomendaba a Dios.

El día que le comenzaba los dolores, ella le daba un tecito de canela y le decía: "Tómese este tecito de canela para que salga rápido de eso", porque la canela acelera el proceso, o sea, las contracciones son más rápidas. En cierta forma también era verdad: una se lo tomaba y llegaba casi pariendo. Entonces esa creencia la tenemos también todas nosotras.

Mi abuela un día se enfermó de una pierna; por su avanzada edad, tenía obstrucción de las venas de ese lado y ya tenía pocas pulsaciones del lado derecho. Del lado izquierdo era donde tenía más frecuencia, pero no mucha tampoco.

Entonces la doctora que la trataba me explicó que ella iba a llegar a un momento en que por algún lado iba a tener algún sangramiento, fuese por la nariz, por la boca, por el recto o la

vagina, por cualquier parte, debido a que iba a buscar un lado por dónde salir la sangre, pero gracias a Dios mi abuela no tuvo ese sangramiento por ningún lado, sino que sintió un dolor muy fuerte en el muslo, una presión muy fuerte. De hecho a ella le colocaron morfina, pero ni la morfina le calmó el dolor. Entonces la hospitalizaron.

Después a los tres días se le gangrenaron los dedos de los pies y empezó a descomponerse un poquito más arriba, más arriba, hasta que llegó antes de la rodilla. Los médicos decidieron amputarle después la piernita y ahí sí pudo descansar de ese dolor tan severo, que le producía el hecho de tener esa presión tan fuerte.

Como la sangre no hallaba por dónde salir, obviamente cuando le amputaron su pierna ella descansó de ese dolor. Fue dada de alta. Se deprimió al no ver su pierna, entonces mi abuela Marcelina fue deteriorándose rápidamente hasta que falleció a los tres días, el 15 de diciembre del 2006. Tenía la edad de noventa y tres años.

ANA PASTORA CORDERO ALVARADO  
Barquisimeto-Venezuela,  
20 de marzo de 2021  
Correo: corderoanapastora@gmail.com  
Número telefónico: 0426-4359174

## Adelaida, la abuela que me regaló el amor en la piedra del jagüei



La abuela Adelaida

Ese árbol que cobijó bajo su sombra un montón de semillas que luego se regaron por estas tierras, hoy cayó suavemente sobre el suelo húmedo que anuncia el comienzo de la primavera. Hoy, cuando las chicharras de mayo empiezan a subir por los troncos y los mamones florecen, ella, la mamá Adelaida, decidió emprender su viaje.

Fue a reunirse con Rafael Eugenio, su gran amor, amor de muchos años. Lo va a buscar para montarse en un burrito e irse para una fiesta en Curarigua y bailar hasta el amanecer al compás de la música de violín. Se van quizás a un lugar mejor al vivido en este mundo de Dios.

En esta mujer se resume el trabajo de los bienaventurados, como dijo el Maestro, sí, los bienaventurados pobres de la tierra que hicieron de la tristeza alegría, que criaron familias enteras sin tener a veces el pan nuestro de cada día, pero entre el calor de las melcochas, entre el sonido de los trapiches, moliendo la caña, tenían la esperanza de ver a sus hijos crecer como el dulce melao de la caña que jamás endulzó sus vidas, vidas que se alzaron testarudamente entre las enfermedades de los campos, tratadas sin ayuda de médicos, con mastrantos, con bebidas calientes de yerbabuena, alimentando a sus hijos con atoles de maíz y leche de cabra; gentes que sufrieron lo insufrible, pero que de esa misma forma amaron.

Ahora, al final de este viaje, les toca tener la recompensa de que su paso por este mundo transitorio no fue en vano. Fueron grandes árboles en los cuales anidaron muchos pájaros que volaron a recorrer mundos y hoy están aquí, en un reencuentro con la fundadora, madre de las soledades incontables.

Se va Adelaida, pero con mucha alegría, con la esperanza de haber vencido la aridez del destino de ser pobre, el derecho de ver cristalizados muchos sueños para sus hijos, sueños que quizás ella no los vivió en su juventud, pero que con el tiempo los miró pasar sentada en el corredor de su casita de barro en la multitud de semillas que crecen quizás en un ambiente distinto al que ella soñó para sus hijos.

Te vas y te quedas y a lo mejor será para siempre, porque lo decidiste a tu gusto. Te vas en un día en que nadie se puede marchar porque hoy es Domingo de Resurrección, un día en que sencillamente es imposible morir.

ARNALDO ANTONIO GUÉDEZ PÉREZ (NANO)

El Tocuyo, 10 de abril de 1991

## Serie Familia

Comenzaré este relato contándoles sobre la vida de mi abuela materna, Adelaida del Carmen Pérez (1909-1991). Es el recuerdo más hermoso y verdadero del amor encarnado, como toda mujer campesina venezolana y tocuayana.

No aprendió a leer, la esclavitud servil en la hacienda de Pancho Tovar se lo impidió. Fue molendera de caña en el trapiche, de allí se fugó, debido a la cruel paliza que le propinó el tal don Pancho Tovar a su hijo mayor, mi tío Valentín Pérez, quien desde aquel instante sufrió de esquizofrenia. El castigo injusto fue porque, en el pastoreo, al niño Valentín se le ahogó un becerro en un buco.

Mi abuela tomó la medida de fugarse de la hacienda al cardonal en Los Dos Caminos, donde fundó la familia Pérez y donde sabía que el bandido de don Pancho no la buscaría, porque además tenía pretensiones de violar a mi tía Margarita, que ya era una señorita.

Mi abuela tuvo seis hijos: Valentín (†), Margarita (†), Quiteria, Elisa (mi mamá), Carmen y Miguel. Los cuatro primeros hijos de un curarigueño, campesino y músico, quien fue su gran amor.

Mama'elaida, como le decíamos, es el recuerdo de ternura más bello encarnado en un ser humano. Su vida solitaria y en la protección del cardonal en su casita de barro es, quizás, la visión más perfecta y sabia del amor que lección alguna he tenido.

Mi abuela murió en mis brazos, rodeada del cariño de una legión de nietos, bisnieto e hijos en el año 1991, víctima de una

cirrosis, sin haber consumido nunca una gota de licor, pero sí afectada por la mordedura de un chipo que infectó su gran vida.

De ella recuerdo su manera de bendecir:

— ¡Ción, abuela!

— ¡Dios y la Virgen me lo guarden!

— ¿Y cómo está usted?

— ¡Viviendo, que ya es mucho, hijo!

De allí en adelante era vivir la magia de su presencia.

Esta fue Adelaida Pérez, la cimarrona a quien nadie en este mundo logró someter.

ARNALDO ANTONIO GUÉDEZ PÉREZ (NANO)

Barquisimeto, Venezuela.

Abril de 2020.

Correo: [guedezarnaldo1@gmail.com](mailto:guedezarnaldo1@gmail.com)

Número telefónico: 0424-5655704

## Mi abuelita María Dolores

No conocí a mis abuelos maternos. Celestina, la madre de mi mamá, murió joven, después de dar a luz, a causa de una neumonía. Dejó huérfanos a sus cuatro hijos, Alicia, de veintiún días de nacida, mi madre María de Lourdes, de tres años, y sus hermanitos, Jesús María, de ocho, y Ricardo Antonio, de seis. Mi abuelo Francisco, quien era mucho mayor que mi abuela Celestina, tuvo que enfrentar solo y enfermo la dolorosa situación. A los pocos meses la bebita murió también y posteriormente a mi abuelo se le presentó un cáncer de garganta, que aun cuando pudo superarlo le dejó serias dificultades físicas para hablar, comunicarse y trabajar.

Sumamente golpeado por la pérdida, mi abuelo tuvo que armarse de mucho valor, y creo que de la fuerza que obtuvo en su formación militar, para criar a sus hijos e hija. Para mantenerlos se dedicaba, entre otras cosas, a vender mercancía en el mercado. Sin embargo, su mayor preocupación fue la formación de valores morales sólidos en ellos.

Mi abuelo era un hombre muy religioso y culto. Se empeñó siempre en mantener juntos a sus hijos, en hablar mucho con ellos, en darles mucho amor. Pienso que esa formación los hizo seres sensibles, solidarios, y sobre todo luchadores. Él murió cuando mi mamá tenía diecisiete años. Ella había contraído matrimonio recientemente y estaba embarazada de su primera hija, es decir, de mí.

En relación con mis abuelos paternos, mi abuela Antonia era la que todavía vivía cuando yo nací. No la recuerdo, seguramente por el poco tiempo que convivimos con ella y además porque yo estaba muy pequeña. Sin embargo, nos obsequió un regalo difícil de olvidar: fue ella quien eligió el nombre de mi hermana, Ana Celeste, y el mío, Bertha Margarita, creando un vínculo muy sutil pero hermoso entre ella y nosotras para toda la vida.

En cuanto a mi abuelo paterno, mi papá, quien se llamaba Buenaventura como su padre, en una ocasión me contó que él era un hijo póstumo porque su papá había fallecido cuando mi abuela Antonia, estaba embarazada de él. Entonces ni mi papá ni yo conocimos a mi abuelo Buenaventura.

Aun cuando mis hermanas y yo no tuvimos la dicha de disfrutar de nuestros abuelos y abuelas, Dios nos bendijo con una hermosa “abuelita”, María Dolores, la madrina de mi mamá. Desde que tuve uso de razón mi abuelita María Dolores estaba allí. Nunca dudé por un instante de nuestro vínculo, tampoco me pregunté alguna vez si ella era o no la mamá de mi mamá. María Dolores simplemente era mi abuela.

Ella nos cubrió con su amor, nos compensó esa necesidad de tener un fiel aliado ante la disciplina de los padres, que oculta tus travesuras, que te da argumentos, que te cuenta cuentos y te acaricia, te besa y te cuida como si fuera a perderte en cualquier momento.

Cuenta mi madre que Celestina, mi abuela materna, había hecho una bonita amistad con María Dolores de Guevara, su vecina. Ella junto a su esposo Carlos fueron elegidos para ser los padrinos de mi mamá y de mi tío Ricardo, ya que mi tío Jesús, el hermano mayor, tenía otros padrinos.

Relata mi madre que su madrina una vez reclamó a su comadre que hacía tiempo que no le llevaba a los ahijados. Celestina le dijo que no se preocupara que ya tendría tiempo

de atenderlos porque siendo la madrina de los niños debía encargarse de ellos cuando ella no estuviera. De alguna forma ella presentía lo que iba a suceder, y se cumplieron sus palabras.

Mi abuela María Dolores fue un apoyo fundamental en la vida de mi madre y de mis tíos.

En algunas ocasiones ellos vivieron con ella, en otras ella vivió con ellos. Fue una permanente compañía para mi madre, compartió con ella los pocos recursos de que disponía y se preocupó por hacer que de sus ahijados buenas personas, inculcándoles valores espirituales.

Mi mamá, por ejemplo, profesó en su juventud la misma religión de mi abuelita María Dolores y en ese ambiente de hermandad, de cánticos, de buenas acciones, conoció muchas personas que influyeron en su forma de ver el mundo y en su personalidad.

Mi abuela María Dolores, no solo ocupó un lugar especial en la vida de sus ahijados, sino también en la de mis hermanas y en la mía. Su influencia amorosa y espiritual nos envolvió dulcemente y yo por ser la más grandecita creo que la recibí con mayor profundidad.

María Dolores nació en Barinas. Su apellido era Betancourt. Tenía un hermano escritor, historiador, don Fidel Betancourt, que estaba dedicado a estudiar la historia militar de Venezuela.

Mi abuela también escribía poemas y era cristiana. Ella y su esposo Carlos Guevara no tuvieron hijos. Él murió cuando ambos todavía eran jóvenes y, tal como lo previó mi abuela Celestina, su comadre María Dolores se quedó al lado de sus tres hijos, estando siempre juntos en todo tipo de dificultades, pero también compartiendo sus vivencias y sus alegrías, hasta que partió hacia la eternidad, cuando yo tenía solo catorce años.

A través de mi abuela, mi madre no solo recibió influencia espiritual y cultural, sino también política. En una ocasión un sobrino de su esposo, llamado José Esteban Ruiz Guevara,

quien estaba preso para la época por ser militante de izquierda, le dio a guardar a mi abuela sus libros, revistas y literatura marxista en general.

Ella los tenía bien escondidos, por el riesgo que significaba que encontrarán ese tipo de literatura en su casa. Mi mamá aprovechaba para leer el material a hurtadillas, sin que mi abuelita se enterara. Esas lecturas junto a la crianza de su padre y la influencia de la madrina y el entorno marcaron su inclinación desde muy joven hacia un pensamiento político de izquierda, lo que posteriormente la llevó a militar en las filas revolucionarias.

Precisamente, como consecuencia de la militancia política de mi madre, mi abuelita, mis hermanitas, la muchacha que nos cuidaba y yo en una ocasión fuimos víctimas de un secuestro por parte de los organismos de seguridad del Estado. Mi mamá realizaba actividades encubiertas porque la organización política en que militaba era considerada ilegal por las autoridades de esa época. Un día llegó una persona a la casa preguntando por alguien y mi madre, que estaba bien preparada con contraseñas y demás medidas preventivas, se percató de que algo no estaba bien.

Entonces se encendieron las alarmas. Ella nos había preparado por si algo grave ocurría en su ausencia. Nos había instruido a todos sobre lo que debíamos decir si alguien nos preguntaba: mi abuelita diría que hacía apenas unos días había llegado de Caracas y no sabía dónde estaba mi mamá; la muchacha diría que recientemente había comenzado a trabajar en la casa ayudando a mi mamá con las niñas; mis hermanitas como eran muy pequeñas no debían decir nada. La única que podía hablar era yo para lo cual me había aprendido de memoria un conveniente relato así como las respuestas a las posibles preguntas que me pudieran hacer.

Mi madre salió de la casa apresuradamente y al poco tiempo llegaron varios vehículos y un gran número de funcionarios de los ya mencionados organismos de seguridad. Nos sometieron a largos interrogatorios y la única que daba respuestas era yo, guardando al pie de la letra lo acordado con mi madre. En esos días contaba solo con ocho añitos. Las demás mantuvieron su versión de no saber nada. Recuerdo que un funcionario comentó: “¡A estas niñitas las tienen bien amoladitas...!”.

En vista de que se les escapó la liebre resolvieron secuestrarnos, es decir, no dejarnos salir a comprar alimentos ni permitir que persona alguna entrara a la casa a visitarnos, todo esto con el fin de presionar a mi madre para que se entregara a las autoridades. Entregarse significaba poner en riesgo su vida, porque en esa época había comenzado la práctica de desaparecer a los militantes de izquierda.

En esos momentos no me preocupaba la situación de mi mamá, yo la consideraba una supermujer: nada ni nadie podía vencerla. Pero ahora no dejo de pensar en los días de incertidumbre y sufrimiento que debió pasar sabiéndonos en manos del enemigo.

No puedo siquiera imaginar qué pasaba por la mente de esas personas. ¿Serían capaces de dejarnos pasar hambre o de hacernos algún daño? Éramos una anciana, una muchacha jovencita y tres niñas menores de ocho años. Pienso que sí eran capaces, pero no tuvieron la oportunidad de hacerlo. Sus planes no se dieron.

Mi abuelita fue muy valiente, tomando en cuenta que ella era mayor, muy nerviosa y que a veces le daban crisis de angustia y se arrodillaba a pedirle al Señor en voz alta que la ayudara. En este caso se contuvo, quizás por la necesidad de mantener la calma y de tener aplomo. Sin embargo, a cada rato nos ponía a orar y trataba de mantenernos distraídas. Ella era la única persona adulta en la casa.

Nosotras nos sentíamos seguras con ella, porque además no comprendíamos la magnitud del riesgo que corríamos. La muchacha tampoco se intimidó, tal vez por las mismas razones. Las recuerdo a ambas comportándose con mucha serenidad.

Recuerdo también que yo consideraba la situación como un juego en el que sentía que ellos estaban perdiendo. Sentía una especie de desprecio hacia esas personas pues perseguían a nuestros camaradas y a mi madre. Ella siempre nos explicaba cuál era su lucha y cómo sería esa sociedad nueva de igualdad y de justicia, así como la vida digna por la que ella y sus camaradas eran hasta capaces de dar la vida.<sup>2</sup>



La abuelita María Dolores

---

2 Nota de la autora: En la fotografía mi abuelita María Dolores, mis hermanitas Ana Celeste e Iris Nadeska, mi tío Ricardo Antonio y yo, la que sostiene una pelota, en el parque del Este, hoy parque Generalísimo Francisco de Miranda.

Reflexionando ahora, pienso que debió ser muy difícil para mi abuelita tener que mentir ante los funcionarios y dejarme a mí hacerlo también siendo tan pequeña. Lo digo porque una de sus principales enseñanzas tenía que ver con no mentir, con ser honesto, pero a la vez siento que dada la situación de vida o muerte y las razones de lucha de mi madre que tanto nosotras como mi abuela conocíamos, ella debió justificar el hecho ante sí misma y ante los ojos de Dios.

Recuerdo haber hecho muy bien mi papel, con mucha seguridad, incluso inventar otros argumentos para apoyar mis afirmaciones. Imagino que los funcionarios se daban perfectamente cuenta de ello.

Afortunadamente los camaradas se movilizaron y el suceso trascendió a nivel nacional, por lo cual un diputado al Congreso de la República nos visitó para constatar nuestro estado de salud y bienestar, nos llevó una caja de alimentos y otros artículos de primera necesidad. Los funcionarios se vieron obligados a permitirlo, dada su inmunidad parlamentaria.

Aún recuerdo cómo disfrutamos de esa dotación, había todo tipo de alimentos, víveres, enlatados, conservas y muchos dulces a los que usualmente no podíamos acceder. A pesar de su inmunidad, cuando el diputado llegó a la casa fue detenido, sometido a maltratos e interrogatorios, pero aun así logró su cometido.

Finalmente, mi madre no apareció, logró escapar. A los pocos días nos dejaron ir con mi abuelita y la muchacha viajó al campo, de donde provenía. La iglesia en la que se congregaba mi abuela, a pesar del gran riesgo que corrían sus miembros, quienes incluso sufrieron allanamientos en varias ocasiones, se comprometió a protegernos. Nos acogieron en un acto de verdadera solidaridad y amor.

Hasta donde me alcanza la memoria recuerdo haber tenido a mi abuelita cerca y recibir sus atenciones. Mi abuelita con toda paciencia me enseñó a leer y a escribir antes de los cinco años, también a sumar, restar, multiplicar y dividir. Por esa razón, al concluir el año escolar en el kínder, dado que en esa época se hacía solo un año de preescolar, en vez de promoverme al primer grado, me promovieron al segundo, gracias a su preparación.

Mi abuelita nos consentía mucho. Soportaba las malcriadeces que yo hacía en cantidad. Aún recuerdo la grata sensación de comer de su mano, me daba la comida en pequeñas porciones con sus dedos, como a un pajarito. Cuando me daba la comida con los cubiertos yo le reclamaba que me la diera con su mano. Nos dormía leyéndonos historias bíblicas y constantemente nos hablaba de las enseñanzas que esos relatos ofrecían. Nos decía que eran la palabra de Dios.

Mi abuela María Dolores pertenecía a un grupo de su iglesia que era más estricto o radical que el resto. No permitía que usáramos pantalones pues la *Biblia* lo prohibía. “Las mujeres no debían usar ropa de varón”, decía. El ruedo de las faldas debía quedar debajo de las rodillas. Las damas y las niñas no debían decir malas palabras ni cruzar las piernas al sentarse, además de usar el pelo largo. De ninguna manera se debían adorar imágenes ni esculturas ni santos.

Entre otras normas que cumplían rigurosamente los miembros de su iglesia, según mis recuerdos de niña, estaba la de guardar el día sábado. Ello significaba que a partir de las seis de la tarde del día viernes debíamos dedicarnos a la alabanza de Dios, hasta el sábado a la misma hora. Durante esas horas no se hacían oficios, no se trabajaba, no se estudiaba, incluso la comida se dejaba preparada desde el día anterior para dedicar tiempo a su elaboración.

Los sábados estaban destinados a la oración, la caridad, la asistencia a cultos o reuniones para alabar al Señor. Se cantaban himnos, se visitaban las casas para predicar las enseñanzas de Jehová y se estudiaba la *Biblia*. Mi abuelita nos llevaba a todas esas actividades.

Las letras de los himnos eran hermosas. Recuerdo una de bella melodía que comenzaba así:

Habla, Señor, a mi alma,  
hable tu dulce voz,  
susurre en tiernas notas  
“tú no estás solo, no”.  
Mi corazón se prepara  
presto a escuchar tu ley.  
Loores mi alma llenen  
de contrición y fe.  
Háblame en dulces notas,  
háblame con amor.  
Ya la victoria es tuya  
no tengas más temor.  
Háblame cada día,  
hable tu tierna voz,  
susurre en mis oídos  
“tú no estás solo, no”...

Una de las cosas que más disfrutaba en los cultos era cantar los himnos. Había un hermano (así nos llamábamos en la iglesia) que cantaba muy lindo y nos enseñó a mi hermana y a mí muchos de estos cánticos.

Aprendimos también himnos dedicados a los niños. Recuerdo uno muy tierno que decía: “Bellas las manitas son que obedecen a Jesús, bellos los ojos que están llenos de célica luz...

hizo las manitas Dios porque a él podrán servir, hizo el tierno corazón en su servicio: latir...”.

Los hermanos de la iglesia no comían carne de ningún tipo, por eso preparaban muchas comidas con vegetales y cereales como, por ejemplo, un plato con avena tostada y guisada que parecía carne molida. Quedaba deliciosa. Mi abuela me enseñó a cocinarla. Recuerdo con nostalgia ese sabor y olor tan característico.

También preparaban una “carne” de gluten. Este era extraído de la harina de trigo, lavando la masa hasta obtener una porción maciza, lo más libre de harina posible, luego se sancochaba, se cortaba en trozos y se guisaba. Ella me enseñó cómo hacerlo. Aún uso ese procedimiento para preparar el guiso de las hallacas vegetarianas.

El recordar esos platos deliciosos me transporta al cobijo de mi abuela.

Todos los días, tanto en la mañana como en la tarde, se reunían los hermanos y hermanas y hacían un pequeño culto. Alguien del grupo tomaba la palabra para hacer la oración en voz alta. A veces me daban a mí la oportunidad de hacerla.

En ocasiones me pregunto qué podía decir yo en mi oración, tomando en cuenta que era una niña pequeña y que había que improvisar. No lo recuerdo, pero aún logro visualizar el ambiente de paz y de espiritualidad que se sentía en esas reuniones. Como todo niño o niña inquieta, había momentos en que me cansaba de la actividad y deseaba con todas mis fuerzas que terminara el culto lo más pronto posible, tal vez para irme a jugar.

La iglesia donde nos alojamos por un tiempo mi abuela, mis hermanas y yo quedaba en un barrio al que se accedía desde la avenida Sucre de Caracas. Había que transitar varias calles de cemento, con trazos antirresbalantes debido a la pendiente pronunciada, para llegar a la cima del cerro donde estaba ubicada.

Me viene a la memoria el recuerdo de mi abuelita con nosotras subiendo alegres por esas calles empinadas por todo el medio de la calle y a pleno sol.

La iglesia tenía un salón grande para realizar los cultos y un pasillo lateral que conducía a la parte de atrás en la que había una sala de recibo pequeña, varias habitaciones y un modesto jardín en el que predominaban las plantas medicinales. En mi memoria quedaron el jengibre con el que mi abuela nos frotaba los dientes para blanquearlos y protegerlos de la caries, y el toronjil, que le daba un dulce aroma a toda esa parte de la casa. Al final estaba la cocina bien pequeña y los baños. Una escalera llevaba al segundo piso, que estaba sin terminar. Realmente siento que ese lugar era acogedor y se respiraba mucha tranquilidad. Había varios hermanos alojados ahí. Recuerdo en especial a la hermana Matilde, una señora mayor que mi abuela, con una especie de jerarquía especial en la iglesia.

Para ingresar en la religión las personas debían recibir el bautismo, pero tenían que haber alcanzado la mayoría de edad para que fuera una decisión tomada con madurez. Bajo este precepto no bauticé a mis hijos estando pequeños, para que pudieran elegir la religión que quisieran profesar cuando fueran adultos. Mi madre tampoco nos bautizó pequeñas y creo que mis hermanas hicieron igual. El bautizo era un acto hermoso. Tuve la suerte de presenciar uno de ellos que se realizó en Los Chorros. Aún tengo en mi mente una preciosa imagen: el pastor bautizaba al nuevo miembro de la iglesia vertiéndole con sus manos agua del riachuelo en la cabeza y todos los demás acompañando ese bello acto de júbilo y fe.

Mi abuelita nos enseñaba salmos, himnos y canciones populares. Recuerdo que le gustaba en especial el Salmo 23 que comienza así:

Jehová es mi pastor; nada me faltará.  
En lugares de delicados pastos me hará descansar;  
junto a aguas de reposo me pastoreará.  
Confortará mi alma;  
me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.  
Aunque ande en valle de sombra de muerte,  
no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo...

También nos leía las historias de Ruth, de José, quien fue vendido por sus hermanos, y otras más.

Al parecer mi abuelita pensaba que no tenía oído musical porque cantaba tímidamente como en susurro. Yo creía lo mismo de mí, pero ya adulta tuve la oportunidad de escuchar una canción que ella me había enseñado y me sorprendí al darme cuenta de que me sabía la melodía de la canción: “Muñequita linda de cabellos de oro, de dientes de perla, labios de rubí. Dime si me quieres como yo te quiero, si de mí te acuerdas como yo de ti...”. Mis ojos se humedecieron al recordarla cantando bajito enseñándome esa canción.

Todas las cosas de mi abuelita olían a manzana, su cartera, su maleta, su ropa. En esa época los buhoneros vendían unas manzanitas pequeñas que costaban un medio, es decir, 0,25 bolívares, y otras un poco más grandes que costaban un real, o sea 0,50 bolívares. Ella siempre las compraba y las cargaba en su cartera, por eso todo lo suyo tenía un dulce aroma de manzana que para mí era el olor de mi abuela.

Ella siempre se preocupaba porque tuviéramos una buena alimentación. Nos compraba chucherías muy sanas, entre otras, manzanas, conservas de ajonjolí, almendras, pasitas... también nos preparaba tecitos de plantas aromáticas y nos hacía tratamientos naturales cuando enfermábamos.

Recuerdo con cariño cómo nos llevaba a los parques y a pasear por las aceras techadas de El Silencio. También cómo,

tomadas de su mano, íbamos caminando por la avenida Sucre. Ella iba siempre por la orilla de la acera y nosotras hacia adentro para protegernos de motos y bicicletas. Se ponía la cartera en el hombro que daba hacia la acera para evitar un arrebato. Nos explicaba que debíamos estar siempre alertas, nos enseñaba las medidas que debíamos aplicar para nuestra seguridad.

Siendo ya adolescente, mi abuelita fue perdiendo paulatinamente la memoria reciente. Olvidaba con frecuencia lo sucedido el día anterior o incluso lo del mismo día. Ella permanentemente iba a Barinas, donde tenía algunos familiares, igualmente a La Vela de Coro, donde vivía la familia de mi tío Jesús, el hermano mayor de mi mamá, y mi familia paterna. Viajaba a Caracas, donde residía mi tío Ricardo y otros familiares, y a Barquisimeto, donde vivíamos nosotros. Recorría todos esos lugares con facilidad porque mi papá trabajaba como chofer en una línea de autobuses extraurbana y sus compañeros la trasladaban de una ciudad a otra sin cobrar. Pero cada vez iba perdiendo más y más la memoria. A veces acabando de llegar de viaje quería irse de nuevo para otro sitio, olvidando que había llegado incluso unas pocas horas antes.

Pronto comenzó a ponerse en riesgo su vida porque al atravesar la calle no se percataba de la cercanía de los vehículos, se le extraviaba el equipaje, perdía el dinero de su pensión, sus anteojos, sus recuerdos, sus fotografías. De hecho, sucedieron varios incidentes que hicieron que la familia resolviera llevarla a un centro de cuidado de personas mayores.

Íbamos a visitarla con frecuencia, pero con mucha tristeza veíamos su rápido deterioro. A los pocos meses solo me reconocía a mí. Ella me tenía un cariño especial, probablemente por ser la primera nieta. Siempre me llamó por mi nombre completo, Bertha Margarita.

Cuando estuvo en casa en los últimos tiempos no dejaba que la peinara otra persona que no fuera yo. Había que insistirle

mucho para que se bañara, se cambiara y descansara. Con mucha paciencia le lavaba y desenredaba su cabello que, aunque escaso, era bastante largo, y luego se lo recogía en un moño.

Cuando dejó de reconocirme lloré mucho, porque entendimos que ya no había marcha atrás. Al poco tiempo, mi abuelita María Dolores se dirigió hacia otro plano. Yo la sueño al lado de su Señor, en compañía de sus hermanos en fe, orando y cantando hermosos himnos de alabanza, esperando nuestro reencuentro para permanecer juntas para siempre.

BERTHA MARGARITA PULIDO LEÓN

Barquisimeto, estado Lara.

21 de febrero de 2021.

Correo electrónico: [berthapulidoleon@yahoo.es](mailto:berthapulidoleon@yahoo.es)

Número telefónico: 0416-7553367.

# La luz de sus ojos

Mi abuela en el otoño de su vida y yo en el comienzo de la mía, dos seres humanos donde nació el amor y fue creciendo como lo fui haciendo yo. Desde el vientre de mi madre reconocí su voz cuando la luz de sus ojos me encandiló.

Cuando al nacer me miró con tanto amor genuino, puro, tan grande que nos unió para siempre, mi abuela me vistió de vida, de sonrisas, de esperanzas y de gratitud por habernos conocido. Con ella disfruto mis días, con sabias palabras me limpia el camino en el que yo marcaré mi destino, porque llevará el aroma de sus huellas.

## Yo me acuerdo

Desde mi ciudad natal nos trasladamos a la ciudad de los recuerdos (Acarigua), recuerdos que comienzan en la acogedora lejanía que nos separaba. Mi abuelita venía de visita con mi abuelito. Momentos inolvidables surgían mientras ella se alojaba en la cálida casita de techo rojo que vemos en las películas o en las novelas tradicionales.

En el día, mis padres tomaban el control de llevarme al colegio donde jugaba y creaba más recuerdos. En el paso de esas horas, mi abuelita cocinaba una rica comida, limpiaba los rincones más escondidos de la casita de techo rojo, ordenaba el cuarto de una niña a la que consentía con su cálido aroma y

pasaba el tiempo escribiendo canciones que a su ritmo se quedaban en las paredes de la casita de techo rojo.

Entonces llegaba el momento, momento en el que salía de la casa en un carro libre a buscar a la niña de las dos colitas, su querida nieta. Yo corría hacia sus acogedores brazos y me sumergía en el aroma dulce que contenían los mismos y luego salíamos del colegio las dos. Los minutos pasaban y en la vía a la casita de techo rojo las preguntas surgían: “Fiore, ¿cómo te fue en el colegio?”. “¿Qué hiciste en el receso?”. “¿Te comiste todo?”. “Déjame ver la lonchera”.

Preguntas que se convertían en letras de canciones, melodías que se quedaban pegadas en mis oídos:

Quién te mandó a ser bonita,  
quién te mandó a ser tan bella,  
había seguido la estrella, mientras esperé llegaste,  
me dejaste sin palabras al observar tu lindo rostro,  
mi niña amada.  
Todos en esos momentos le dimos gracias  
a Dios por tenerte entre nosotros.  
Un paraíso de amor,  
del jardín brotó una flor,  
rojo era su color,  
yo le dije al ruiseñor  
que posara para el pintor  
llevándole una flor a su aposento,  
que no perturbara su sueño en ningún momento,  
que le cantara cuando usted despertara  
cual príncipe azul le canta a su amada.  
Camila Fiorella, la niña más bella,  
Camila Fiorella, la niña más bella  
es usted, quien me enamora  
de su abundante belleza.

Una melodía hermosa, delicada, pegadiza, melodía que mi abuela creó, esa misma melodía me dormía, me calmaba, me hacía sentir protegida, me hacía sentir en los cielos. El amor con la que esta bella canción fue creada fue real y eso la hace especial, la hace maravillosa.

Los recuerdos siguen. En el mismo lugar llamado la Ciudad de los Recuerdos pasaron miles de cosas más, cosas que, si relatará en este pequeño escrito, se harían infinitas; pero ¿qué tal si pasamos de página? Esto será relatado con los recuerdos sucedidos en la Ciudad Jardín.

Nos residenciamos de nuevo en Maracay por problemas de salud de mi abuelito. Me hubiera gustado que fuera por otras razones, pero aquí es donde comienzan más y más aventuras.

A la edad de ocho años me mudé a la casa de mi abuelita. En esta casita sucedieron miles de cosas, pero comencemos diciendo que mi abuelita me llevaba a la plaza de El Limón. Allí me consentía muchísimo: me compraba cotufas del carrito del señor de la esquina y yo me las comía mientras ella me mecía en los columpios.

Luego me compraba un helado del carrito que pasaba cerca de la plaza a las cuatro (éramos las compradoras oficiales). Me comía mi helado sentada en la acera, mientras mi abuelito me contaba historias de su niñez. Yo estaba atenta a cada detalle. Luego me lanzaba en el tobogán en forma de elefante (me quedaba atascada casi siempre en los cuernos que tenía).

Por último tomábamos camino de vuelta a la casita. En el camino había una tienda Superlíder y a veces nos parábamos a comprar cosas que faltaban. Por supuesto yo pedía otra chuchería, decía que necesitaba “llenar el vacío”.

En estos momentos caía la tarde e íbamos caminando los tres por la calle, llegábamos al Coliseo, yo corría un ratito mientras la noche se aproximaba. Para las seis ya estábamos en

la casa. Mi abuelito se acostaba tan pronto prendía el nebulizador y se nebulizaba mientras veía cualquier programa en la televisión.

Para esos momentos yo estaba metida en el baño de la habitación principal (el cuarto de mis abuelitos) bañándome y brincando en la ducha. Al terminar salía como un pollito mojadito, dejando huellas de agua al ir hacia a mi cuarto para cambiarme.

Elegía el atuendo por categorías desde lo más raro hasta lo más cómodo. Comenzaba eligiendo la parte de abajo. Mis opciones podían ser una licra rosada con una falda negra; por lo general esto era para salir. En mi segunda opción estaba una bermuda beige, y de tercera un short verde o de cualquier color. Para la parte de arriba elegía una camisita manga corta de cualquier color.

Acción seguida bajaba a ver si mi abuelita había terminado la cena. El olor de las arepas y el huevito revuelto era delicioso, llegaba hasta los cuartos. Bajaba y comía, la abrazaba, le daba las gracias con un besito que no abarcaba ni la mitad de su mejilla, pero que medía con ella para ver hasta dónde le llegaba.

Subía y me sentaba a ver la novela con mi abuelo, novela que veía todos los días a las siete. Comenzábamos a verla nosotros dos y luego se nos sumaba mi abuelita. Este recuerdo es uno de los más placenteros de toda mi existencia, repetir esa costumbre una y otra vez.

Ni mil vidas en diferentes cuerpos me hubieran alcanzado para agradecerle a mi abuela por estar allí para mí, por amarme, apoyarme, enseñarme, por hacer que me enamorara de la vida, por enseñarme que debía apreciar cada segundo.

Los viajes a los que íbamos, los momentos que pasamos juntas son inolvidables, y hoy le agradezco a Dios por ser tan afortunada de tener a mi abuelita en vida.

Pero siguiendo el tema de la casita... se me olvidó decirles esto: la casita de mi abuela tiene dos pisos. En el primero se

encuentra el estacionamiento. Al lado izquierdo se encuentra un porche, plasmado de verde, helechos y más helechos (de mi abuela heredé posteriormente el amor por la botánica), luego a la derecha podemos encontrar una puerta que nos guía hacia la sala.

Esa sala daba una vibra como de estar en un castillo. Si la recorremos podríamos encontrar muebles grandes y finos y decoraciones pintadas a mano, jarrones de flores de muchísimos años y lámparas gigantes con un diseño único; si seguimos derecho, nos conseguimos con una mesa de vidrio gigante, que se utiliza para las cenas de Navidad. Si volteamos a mano derecha podemos ver un mueble de madera lleno de fotos, hermosas fotos de cada recuerdo memorable. Si seguimos caminando encontramos un pequeño bar con un *freezer* (naturalmente creerán que es para las bebidas, pero, debido a su capacidad de congelación, metemos carnes allí). Está lleno de copas y discos compactos de música de todos los géneros y, claro, naturalmente también hay un reproductor de música.

Si salimos de la sala, nos encontraremos con una cocina (no creo necesario explicarles la ciencia que tiene una cocina). Si salimos de ella nos encontramos en el estacionamiento. Naturalmente funcionaba como un estacionamiento, pero para las fiestas familiares se estacionaban los carros en otro lugar y se hacían las reuniones ahí.

Si seguimos de largo encontraremos un anexo (bastante grande) con ladrillos rojos gastados y un piso verde mohoso en las orillas. Si miramos hacia arriba nos percataremos de que no hay techo y el espacio está totalmente al aire libre.

Si seguimos hacia la izquierda nos encontraremos con otra parte del anexo (no muy grande, pero tampoco muy pequeño). Este sitio está ocupado por mis primos y mi tía. Si salimos de ahí nos encontraremos con una escalera enorme que da hacia el segundo piso.

Al llegar arriba nos encontraremos con otro anexo, gigante si me preguntan, que en estos momentos no está alojado. Si seguimos llegaremos hasta un pasillo medianamente angosto cuyo camino nos guiará hacia los cuartos, enormes a mi parecer. Son cuatro. Al final del pasillo nos encontraremos con un balcón bastante angosto, pero larguísimo, colmado de helechos. Y aquí es cuando finaliza el recorrido.

con mis primos, casi hermanos, identificábamos cuatro puntos específicos: el estacionamiento, el porche, el anexo, el balcón y, como siempre, la calle. En ellos sucedieron las locuras más impresionantes.

Por ejemplo: una vez agarramos una bolsa gigante, o más bien un pedazo de plástico enorme, y lo pusimos de manera que abarcara todo el estacionamiento, le echamos jabón y agua y abrimos el portón. Acto seguido nos pusimos los trajes de baño y nos lanzamos por el plástico.



Mi abuela Carmen Celestina Alvarado Bravo.

Otro acontecimiento ocurrió durante las tormentas o, mejor dicho, antes de ellas. Mi prima y yo formábamos carpas de sábanas que colgábamos de los helechos y luego subíamos comida y almohadas a nuestra casita de mentira.

En el estacionamiento nos divertíamos jugando béisbol con pelotas de bolsa y papel y un bate de palo.

Muchas cosas cambiaron y, exactamente, hace un año y tres meses cambiaron de manera radical, excepto por el amor incondicional de mi abuelita. Surgieron cosas y tuvimos que dejar nuestro país. El dolor que sentí fue demasiado grande, demasiado fuerte, tanto así que la depresión apareció, y un día la noticia llegó y cayó como plomo en un corazón de vidrio.

Puedo decir que lo no bueno, pero tampoco malo, fue el hecho de que mis últimos días en mi país estuve en una de las mejores playas de Venezuela, despertándome con el olor a arena y empanadas recién hechas, compartiendo con mis amigos, en una excursión que se quedará en mi corazón hasta el día en que muera. Los recuerdos de esos días nunca me abandonan y aunque no puedo decir lo mismo sobre mis familiares, sé que algún recuerdo memorable queda sobre nosotros.

Después de ese viaje, llegué a mi casa por última vez. Mis primos estaban ahí, mi tía también, así como mi tío, mis otros primos más pequeños y la persona crucial: mi abuela. Yo pensé que ella venía con nosotros, pero no, o por lo menos no ese día. Las maletas estaban hechas, le di un último vistazo a mi cuarto y bajé las escaleras con un dolor en el pecho que no me dejaba respirar. Todos estaban bien vestidos. Mi abuela no dejaba de llorar y en cuanto a mí, los veía a todos y se me arrugaba el corazón. La despedida llegó y empezaron los abrazos. Casi todos lloramos. Mirar a mi abuelita me deshacía el corazón, no sentía nada en mi cuerpo, solo ese dolor que uno siente por dentro.

Nos ayudaron a sacar las maletas, vinieron los últimos abrazos, y nos montamos en el carro. El momento no se sentía

real, nada se sentía real, se empañaron las ventanillas del carro, el aliento cálido que salía de mi boca, las lágrimas que se deslizaban suavemente en mis mejillas. Saludé, una última vez, a todos los que estaban en la entrada de la casa. El carro emprendió su viaje, las gotas de agua que caían de los árboles hacían el momento mucho peor. Salimos de la urbanización. Mi abuela, con el corazón destrozado, y el mío...

Recuerdo que nos llevamos una bata de mi abuelita, una azul con punticos blancos, para olerla y recordar esos brazos color canela, esa mirada dulce y esa elegancia suya.

Llegando a Caracas me sentía horrible, no quería comer ni tomar agua. Todo se sentía tan irreal. Logré ver a mi papá, por fin, le di un abrazo y seguimos.

Al siguiente día la aventura más grande de mi vida se estaba acercando. Al partir del aeropuerto, saliendo en ese avión de mi país por primera vez fue raro, y nada emocionante. Al llegar todo parecía de otro mundo, el aeropuerto estaba colmado de tiendas, dulces que no conocía, personas hablando en diferentes lenguas, los policías alrededor, se sentía tan desconocido; después de un largo traslado llegamos a la casa que nos iba a acoger.

Pasaron los meses y por fin mi abuelita se reunió con nosotros, junto a mi tía. Las abracé como nunca. Estaba tan feliz. Paseamos y visitamos lugares inolvidables. Comíamos chucherías e íbamos al parque de la esquina.

Mi recuerdo más maravilloso fue el Jardín Botánico. Era tan verde y tan hermoso, estaba encantada; el amor por la botánica de mi abuela se desataba en ese lugar; por mi parte, sentía que era de otro mundo. Estaba interesada en todo, hasta en la grama. Tomamos muchas fotos ese día.

Al pasar de los meses nos trasladamos a otra ciudad. Salía con mi abuela todos los días y llevábamos sol, era increíble; además, disfrutaba lo espacioso que era. Luego nos mudamos

de nuevo, más aventuras nos esperaban. Por último llegamos al lugar donde se está formulando este relato. No sé cómo describirlo, pero diría que es un lugar lleno de luz.

Mi abuelita está en el cuarto de al lado y la veo todos los días. Cada día la rutina es diferente, lo único que no cambia es el beso y el abrazo que le doy, el pedir la bendición y ver los programas de televisión con ella, hablar y escribir. Por eso estoy totalmente agradecida, por tener una abuelita que sigue aquí, demostrándome cuánto me ama.

CAMILA FIORELLA MUZIOTTI MÁRQUEZ

Armenia, Colombia.

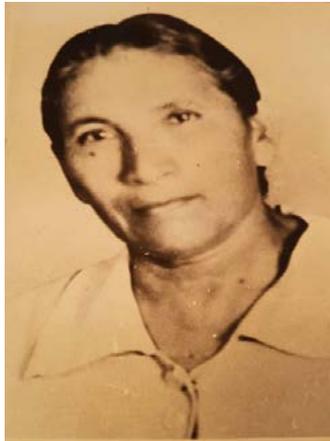
19 de marzo de 2021.

Correo: [camifiorellamuziotti@gmail.com](mailto:camifiorellamuziotti@gmail.com)

Número telefónico: +573155634277.

# Mi abuelita Emeteria

Mi abuelita materna se llamaba Emeteria Villegas Ortega.



La abuelita Emeteria

Mi primo Douglas Villegas, investigador, abogado y poeta, escribió:

Hay dos sitios cerca de El Socorro llamados La Guasimita y Los Leones, en el estado Guárico. Eso era fundación de nuestros ancestros los Ortega y Villegas.

La laguna más grande del municipio Infante en el siglo antepasado era propiedad de mi abuela Emeteria y sus ancestros, quienes tardaron años construyéndola, cargando

tierra en parihuelas. Era gente muy rupestre, pero buscaron sobrevivir trabajando con ahínco. Era gente de palabra empeñada y de mucho respeto. No eran guapos, pero se jugaban a Rosalinda a garrote limpio y a machete si la circunstancia lo requería.

Era gente humilde, pero de renombre por el trabajo creador y constante.

Mi hermano mayor, Orlando, recuerda que: “En el año 1912 llegó esa plaga llamada la langosta y arruinó a los Ortega pues murió todo el ganado y las bestias que poseían. Quedaron en cero después de ser criadores de renombre”.

Me encanta poder escribir sobre mi abuelita materna Emeteria Villegas Ortega. Una mujer encantadora, aunque si la “sacábamos por la cara” se pensaría que era una señora amargada, porque reflejaba siempre un semblante agrio, amargo, muy serio, pero eso sería solo para engañar a la gente. Yo le conocí su faceta de abuela rochelera, igual como fue mi madre, su hija Rosa Margoth. Se reían de todo y lo hacían reír a una, hasta llorar de la misma risa.

Tengo algunos recuerdos de mi abuela materna, unos míos y otros que me han hecho recordar mis hermanos y hermanas. Algunos de ellos y ellas tienen muy buena memoria.

Mi abuelita Emeteria nació en Valle de la Pascua, estado Guárico, el 10 de mayo de 1894 y falleció el 24 de marzo de 1975. De acuerdo con la investigación realizada por mi primo Douglas, mi abuelita Emeteria Villegas Ortega era hija de Fermina Ortega Seijas.

Douglas escribe sobre Fermina Ortega Seijas que fue una “indígena caribe de guayuco amarrao”. Era de un sitio denominado El Jobal, cerca de San Rafael de Laya, por el kilómetro 133 del estado Guárico. Su esposo, un señor de apellido Villegas

(negro, afrodescendiente), venía del estado Miranda, unos dicen que de Cúa, y otros que de Higuerote o Naiguatá, de por ahí.

Esa mezcla de indígena y negro dio un buen producto, porque mi abuelita era muy linda y seguramente era más bella cuando estaba jovencita. Era menudita, trigueña, con sus facciones finas y su cabello negro, lacio. Seguramente tenía la rebeldía del negro, porque siempre fue de carácter recio.

Siempre me llamó la atención los pies de mi abuela Emeteria: eran lindos, delgados, pequeños. También sus ojos, muy bellos, vivos, brillantes, expresivos.

Cuando tenía catorce años, una niña, seguramente fue “pedida” a su familia, como se acostumbraba en esa época. Se unió con un hombre muy rico, Alejandro Pérez Rengifo, a quien le dio cinco hijos, cuatro mujeres, mis tías Ricarda, Emilia, Petra y Rosa (mi madre) y un hombre: mi tío Alejandro. Este tío era mi preferido porque era socialista y nos encantaba hablar de política.

Mi abuelo materno Alejandro tuvo cincuenta y cuatro hijos en varias mujeres, aunque estaba casado y en su matrimonio tuvo solo un hijo legítimo, que heredó muchas propiedades. Todos los demás eran hijos “naturales”, que así se les llamaba a los ilegítimos. Como tenía mucho dinero y propiedades, a cada mujer (y cada familia) le asignaba una propiedad (un fundo) para que de allí obtuviera todo su sustento. A mi abuelita Emeteria le asignó una posesión denominada El Zamuro. De allí se proveían ella, sus hijas e hijo todo lo necesario para su alimentación y mantenimiento.

El abuelo Alejandro, a quien mi abuelita llamaba “don Alejandro” porque seguramente le llevaba un montón de años, y también por tratarse de una persona de clase social distinta a la de ella, deduzco yo. La visitaba en una mula que lo llevaba a todos los sitios a donde él acostumbraba ir. Alejandro Pérez Rengifo era ciego y la mula era quien lo cargaba a todas partes.

El marido de mi abuela fue un hombre elegante y muy bien parecido, hijo de Ciriaco Pérez y Juliana Rengifo, españoles de las Islas Canarias. Esta gente, de mucho dinero, eran nuestros bisabuelos maternos. Tenían varios hatos, como se les llama en el estado Guárico a las fincas con grandes extensiones de tierra.

Douglas nos recuerda:

Allá en Tucupido hay una calle que lleva su apellido, calle Pérez Rengifo, esto por mi tío Pánfilo, hermano de Alejandro. La pista de aterrizaje de Tucupido lleva el nombre de nuestro primo el coronel Ramón Arnaldo Armas Pérez. Mi tío Vicente Sánchez (hijo de Alejandro Pérez en María Sánchez) era un goliath por la fuerza física para el trabajo del campo.

Cuando murió mi abuelo llega el notario a hablar con mi abuela. Le traía una encomienda de los abogados de Alejandro Pérez Rengifo, quienes habían ido a visitar a cada una de las mujeres con familia del finado. Le dice que debe tomar posesión de la finca El Zamuro que don Alejandro ha dejado para ella y sus cinco hijos. Mi abuelita Emeteria, toda orgullosa, le responde que no, que ella, Emeteria Villegas Ortega, no va a tomar a El Zamuro ni ninguna otra propiedad, porque después la gente va a pensar que ella “le había parido cinco muchachos” a don Alejandro solo por interés.

Así fue como mi abuelita, por propia decisión, se quedó sin el apoyo económico que hasta ese momento había tenido de mi abuelo, el padre de sus hijos. Se convirtió entonces en una emprendedora: confeccionaba alpargatas y pantuflas. Tejía las “capelladas”, las unía con las tiras laterales (no recuerdo el nombre), también tejidas y las pegaba a la suela.

Tenía hormas de madera de varias tallas y los implementos que se requieren para ese tipo de negocio: bollos de hilo pabilo,

agujas grandes, leznas, etc. Hacía las alpargatas completas y las vendía. Ese era uno de sus emprendimientos.

Otro emprendimiento que también llevó a cabo por muchos años, fue el de hacer y vender caramelos y chupetas grandes de varios colores. Mi abuelita no había estudiado nada, pero era una mujer muy inteligente, trabajadora, honrada. Vivió de su trabajo y con él levantó a su familia. Tuvo mucho éxito en sus emprendimientos.

Hay una anécdota de mi hermana Fanny, que ella narra así:

Nosotras las mayores éramos muy tremendas. Nos subíamos en el techo para hacerle bromas a Elías que vivía al lado de la casa. Elías era un sastre. Un día nos descubrieron y nos obligaron a bajar de arriba de la casa. Papá nos esperó con una correa y cuando bajaba una le daba un correazo. Yo quedé de última y le dije que bajaba si no me pegaba. Ah, subíamos por un tubo. Ja, ja, ja. A la final bajé. Pegué la carrera, estaba mi abuela Emeteria parada en forma de cruz en el marco de la puerta para que no pasara. Me colé por debajo de su brazo corriendo y no me pegaron. Ja, ja, ja.

Por la misma calle donde vivíamos en Tucupido, en la casa que llamábamos de Campito (por el nombre del dueño de la casa), si seguías para arriba estaba donde vivía la partera, la señora Palma, y por donde se va para El Curial, al campo que siempre íbamos con papá y mamá. Esas personas eran familia de mi abuelita Emeteria.

La esposa del tío materno de mi mamá se llamaba Tomasa. Él se llamaba Natividad. Hacían cachapas. Llevábamos mantequilla y queso. También comíamos frijoles y patilla en su casa. Tomasa y Natividad nos invitaban generalmente en julio y agosto a comer esas cachapas.

También mi hermano Orlando me ayuda a recordar que:

Los hermanos de nuestra abuela Emeteria eran: Amador, Tiburcio, Primitivo, Natividad y Procopio. Creo que quien era esposo de Tomasa era Natividad. Ahí me comí las mejores cachapas del mundo y el mejor batido de ajonjolí. Luego íbamos a su conuco, armados de una cucharilla, a comer pa-tilla. Una vez me mandaron al Curial en un burro a buscar algo que se había quedado. Primera vez que montaba en burro y me divertí mucho. No había inseguridad.

Mi hermana Fanny también recuerda sobre nuestros paseos a la casa del primo de mi abuela Emeteria:

Ja, ja, ja. Sí. En El Curial gozamos mucho. Nos sentábamos en el suelo de tierra y el señor nos cortaba sendas patillas rojitas y dulces. ¡Qué rico! Cuando íbamos de paseo al campo, comíamos cerezas de los árboles del camino.

Por su parte mi hermana Mirna también aporta recuerdos de la casa de Natividad, el familiar de abuelita Emeteria, a quien nos gustaba visitar cuando estábamos pequeños: “Recuerda el pozo del río donde nos lanzábamos en casa de Tomasa y Natividad, porque al frente había como un lago”.

Y continúa su anécdota mi hermana Mirna: “Recuerden cuando (en casa de Tomasa y Natividad, el primo de nuestra abuela Emeteria) cada una de las hermanas grandes se colocaba a los lados y la pequeña saltaba la cuerda imaginaria. Ja, ja, ja”.

En Tucupido, mi pueblo, había unos exquisitos nísperos. ¡Qué ricos los nísperos! También recuerdo el patio del señor Ortega, primo de la abuelita Emeteria, en frente de la placita El Sol. Tenía un gran árbol de tamarindos deliciosos.

Ahí en Tucupido visitábamos la casa de las primas de mi abuela Emeteria y de mamá, las Ortega. Creo que una de ellas se llamaba Lola. En el patio de esa casa había también una tinaja, rodeada de plantas. El agua era fría. A la tinaja se le formaba alrededor un musgo verde, de lo fría que estaba. Me encantaba ir a pedir y tomar agua. ¡Cómo fastidiaríamos!

No se me olvidará nunca algo que pasó con esa prima lejana de mamá, nieta del señor Ortega, primo de mi abuelita Emeteria. Ella y su novio eran militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y perseguidos políticos. Un día llegó la Digepol, la policía política de la época, a allanarles la casa. Les sacaron todos los libros para el patio y se los quemaron.

Agarraron su traje de novia (se iban a casar pronto), se lo patearon y destrozaron. Recuerdo que era un traje de novia muy bonito. Yo estaba muy pequeñita y no sé por qué, pero iba mucho a esa casa, entonces fui testigo de excepción de todo lo que estoy contando. Pienso que desde ese día soy socialista.

Mi hermano Orlando sigue aportando recuerdos:

Estando en Tucupido me enviaron a vivir con mi abuelita Emeteria para estudiar en el liceo Roscio en San Juan de los Morros. Me agradó mucho el clima de San Juan, un poco más fresco. Mi abuelita había tenido una fábrica artesanal de caramelos, con el que levantó a su familia. Conservaba los moldes y de vez en cuando hacía caramelos para regalar. Cada caramelo tenía por lo menos tres colores.

Mi hermana Livia también tiene recuerdos de la abuela:

Claro que sí. También hacía chupetas en forma de martillo. Yo quisiera saber quién de ustedes tiene el antiguo recetario de cocina de mamá, que seguramente antes había sido de nuestra abuela Emeteria.

La abuelita también hacía pantuflas. Tenía moldes de madera, que los llamaban hormas.

Mi abuelita Emeteria era católica y adonde quiera que fuera llevaba sus cuadritos con imágenes de los santos, y también esculturas propiamente dichas de algunos santos, entre ellos la virgen de Coromoto y el doctor José Gregorio Hernández. Ella montaba su altar de una vez donde llegaba.

En una oportunidad se vino a pasar unos meses con nosotros, que vivíamos para esa época en la vereda cuatro de Bararida Vieja. Allí mi abuelita montó su altar, con velita prendida incluida. La ventana de ese cuarto tenía una cortina, que cuando hacía brisa el viento la movía. Así fue como una noche se produjo un incendio en la cortina y nos llevamos tremendo susto toda la familia, todos y todas corriendo de un lado a otro en la madrugada por toda la casa tratando de apagar el incendio del altar de mi abuelita.

De esa época cuando vino a vivir con nosotros un tiempo en Barquisimeto, pienso que fue la de mayor acercamiento que tuve con ella. Ahí fue cuando aprendí a conocerla realmente, porque aparentaba ser un ogro, de mal carácter, y resulta que “era una melcocha”. Era pura risa, nos hacía reír mucho con sus ocurrencias. Era muy cariñosa, aunque de carácter fuerte.

Mi madre siempre contaba una anécdota de mi abuelita y se doblaba de la risa al recordarla. Cuando murió mi tío Ramón, esposo de mi tía Emilia, en Valle de la Pascua, mi abuelita necesitaba alcanzar algo que estaba buscando, pero que estaba ubicado muy alto encima de una repisa.

Entonces mi abuelita murmuró algo en voz baja y mi mamá solo oyó la última palabra: “cucaracha”. Entonces mamá le dice: “¿Dónde está la cucaracha?, para matarla”, y mi abuela le contestó: “No. Que me da rabia ser tan bajita como una cucaracha, ja, ja, ja”. Ciertamente mi abuelita era bastante bajita.

En esa época estaba todavía estudiando mi carrera de Contaduría Pública en la UCLA. Andaba con un enamorado, Clemente Iribarren. Yo le gustaba mucho a él, sin embargo, yo no le correspondía, pero mi abuelita Emeteria estaba fascinada solo de pensar que yo me casara con un Iribarren, es decir, mi abuelita estaba más enamorada de su apellido de héroe que yo de Clemente.

Mi abuela era una mujer muy educada. Hablaba suave y en voz baja. Nunca se le oyeron palabras soeces. Tenía unas estrictas normas de higiene en su persona, en la casa y especialmente en la cocina. Era trabajadora, disciplinada, responsable, muy honesta. Tenía una excelente formación en principios y valores, que le transmitió a sus hijas e hijo, y estos también a sus descendientes, es decir, mis tías y tío a mis primos y primas, y mi madre a mis hermanos y hermanas, y por supuesto a quien esto escribe.

Estoy agradecida a la vida de tener unos ancestros como los que tengo porque todos esos genes, con tanta sabiduría, experiencia e inteligencia andan conmigo. Cada vez que estoy comiendo un pescado y puedo separar en mi boca las espinas sin pincharme, doy gracias mentalmente a todos mis ancestros indígenas, negros, españoles, libaneses, italianos.

Vaya este escrito como homenaje cariñoso a la memoria de mi abuelita materna Emeteria Villegas Ortega.

DIGNA AMÉRICA LUNA VILLEGAS

Barquisimeto, estado Lara.

14 de enero de 2021.

Correo: dignamerica@gmail.com

Número telefónico: 0416-4534731.

# Mi abuelo Carlos Boves

Mi abuelo Carlos Alfonso Boves Rodríguez vino al mundo el 20 de marzo de 1942 en un pueblito de los llanos venezolanos, llamado Dolores, del estado Barinas. Nació en la residencia de sus abuelos, donde mi bisabuela Dolores Virginia Rodríguez de Boves se aprestó al parto, asistida por la comadrona del pueblo, señora Francisca “Pancha” Márquez, en virtud de que para la época el gobierno del estado Barinas no contaba con un centro asistencial ni médico ni paramédico en la parroquia de Dolores, que tenía una población aproximada de unos mil quinientos habitantes. Estas facilidades estaban reservadas al distrito Rojas, cuya capital era Libertad, que dista de la parroquia unas dos leguas. Los caminos solo eran transitables con bestias, ante la ausencia de automotores, motos o bicicletas, que ningún poblador poseía.

Para el año 1942, ocasionalmente, concurrían al mencionado vecindario algunos compradores de madera en rolas, plátanos, manteca de cochino, maíz en grano, ganado en pie, panela o papelón, ya que en los alrededores del pueblo de Dolores existían unas diez o doce fincas paneleras, operadas por trapiches movidos por bueyes de trabajo y numerosos peones, residenciados en sus cercanías.

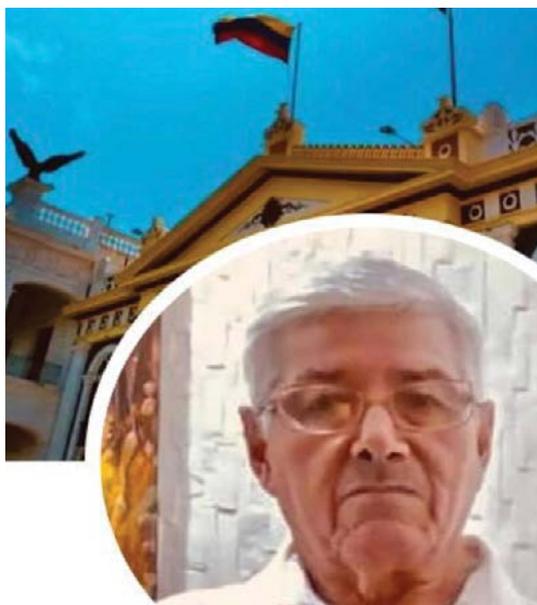
El casco urbano de la parroquia poseía varios vecindarios a su alrededor: Madre Vieja, El Picure, Vega de Dolores, Sabana Nueva, Caño Hondo y otros, que desarrollaban importantes

actividades económicas, tales como talabartería, confección de alpargatas, fabricación de lámparas de carburo (ante la ausencia de fluido eléctrico), construcción de caminos para unir el centro urbano con sus vecindarios ante la inexistencia de transporte automotor.

Se utilizaban carretas tiradas por bueyes a fin de transportar los numerosos productos para su comercialización. Esto solo se podía realizar durante el verano, ya que a partir del mes de abril comenzaba la época de lluvia y se producía un aislamiento general de la zona, roto por esporádicas visitas de Rafael Gallardo y Pedro Paredes, oriundos de Barquisimeto, estado Lara. Estos comerciantes arriesgaban sus finanzas y bienes con dos camiones canadienses de la Segunda Guerra Mundial después de pasar un mes encallados en los pantanos de la selva de Mijagual, parroquia Pedro Manuel Fajardo del distrito Rojas.

En este ambiente campestre, dedicado a la agricultura vegetal y animal es donde desarrolló su infancia y adolescencia mi abuelo. Tal como anoté inicialmente, nació en la casa de sus abuelos, con quienes vivió hasta cumplir la mayoría de edad a pesar de que la casa paterna quedaba a unos cien metros. La relación familiar siempre fue muy viva, llena de un inmenso amor, por lo que participaba en los asuntos de trabajo de ambos hogares. Mi bisabuela Lola Virginia le encomendaba entregar los productos emanados de su costura y panadería en cestas grandes de biscochos, galletas, dulces, empanadas, etc., repartidas a los distintos comercios del pueblo.

Por otra parte, mi bisabuelo Carlos Modesto Boves Millán laboraba en actividades propias del trabajo de llano y del cuidado de los animales de cría y de trabajo. Significaba que para mi abuelito era normal llevar y traer diariamente a los potreros y para la faena a animales como vacas y caballos; hacer arreos de semovientes para el comercio de la carne y traer del fundo, propiedad de su abuelo, vacas para el matadero



El abuelo Carlos Boves

del pueblo de Dolores. Esto se hacía casi siempre con dos o tres vacas amarradas a un buey. Saliendo de los fundos mencionados a las tres de la tarde, de un sábado, llegaba al otro día a la población de Dolores, en horas de la tarde. Estas actividades las realizó desde los ocho hasta los doce años de edad, cuando culminó sus estudios en educación primaria en la escuela graduada Ramón Escobar, ubicada en la ya mencionada parroquia.

Cuenta mi abuelo que era muy travieso, pero le gustaba el trabajo de llano (lidiar con vacas y montar a caballo). En 1951 por decisión de mi bisabuelo participó como peón de llano en el arreo de quinientas reses desde la población de Dolores hasta la ciudad de Barinas, cuya distancia era de ciento veinte kilómetros. La actividad llegó a feliz término a pesar de tener un brazo entablillado y en cabestrillo por una fractura reciente, consecuencia de haberse caído de un caballo apenas veinte días antes.

El último arreo en que el abuelo participó fue en 1952, desde el hato San Antonio, propiedad del señor Agustín Crespo, hasta la población de Sabaneta, conduciendo unas quinientas vacas a una distancia de unos ciento cincuenta kilómetros, aproximadamente. En este viaje se registraron acontecimientos importantes, bonitos pero peligrosos, cumpliéndose en esta odisea aquello de que: “El llanero es del tamaño del compromiso que se le presenta”. No había caminos, el ganado transitaba por picos (trochas) hechas por macheteros contratados especialmente para tal fin y no existían corrales en la travesía. Por lo tanto había que vigilar el ganado, rodearlo a campo abierto y cuidarlo con un grupo de peones que no dormían en toda la noche, comiendo carne en vara o salada y papelón con queso.

Contó el abuelo que en este viaje pasaron un gran susto porque se suscitó una estampida del rebaño debido a que al salir de la selva a la carretera que estaba construyendo el gobierno nacional desde Sabaneta hasta Puerto de Nutrias, a orillas del río Apure, se encontraba un camión grande que llamaban “la Ballena”, que transportaba agua para regar, apisonar y compactar el pavimento, para luego regar el granzón. El ruido asustó a las reses y se produjo la peligrosa estampida. Lograron pararlo y rodearlo a una distancia de cinco kilómetros aproximadamente. Tuvieron que trabajar dos días adicionales porque al contar el rebaño se detectó que faltaban sesenta vacas. Continuaron la búsqueda y recuperaron cincuenta reses.

El bisabuelo Carlos Modesto ordenó continuar la última jornada para entregar el ganado en los corrales denominados “Los Pajales”, propiedad del señor Ramón Garrido, dueño también del matadero de San Felipe. Mi bisabuelo le compraba anualmente a este señor entre tres mil y cuatro mil reses.

Dada la relación bifamiliar que existía, mi abuelito participaba del calor hogareño en casa de sus abuelos, y esto le imponía obligaciones que realizaba de manera espontánea. De

esta manera, cuando su abuelo don Roseliano, que acostumbraba cebar unos cien cerdos enchiquerados en el anexo del jardín ubicado en el patio interior de la casa grande, llamado así por los tres o cuatro criados (jóvenes sin familia) que convivían en dicha vivienda, se levantaba con el alba a desgranar maíz para alimentar a sus cerdos, cuenta mi abuelo que él lo acompañaba. Lo hacía después de ir donde la señora Juana Ramona Monsalve, una media hora antes, para desayunar arepa asada con suero.

Como se dijo anteriormente, en Dolores existían muchas fincas paneleras (una de ellas era la de mi tatarabuelo don Roso, como le decían familiarmente, la cual constaba de una hectárea) sembradas de plátano, cacao, café, etc., y plantaciones de caña de azúcar, cuya zafra se molía en un trapiche movido por yuntas de bueyes. El guarapo se cocinaba en una parrilla con tres pailas grandes para luego fabricar las panelas de papelón. También se cosechaba cachaza para alimentar a los bueyes, labor que comenzaba a las cuatro de la mañana, retomando luego la labor de la ceba de cerdos, la cual se realizaba en una parcela de unas cien hectáreas. Asimismo, se hacía batido con anís, golosina esta que le obsequiaban algunos obreros al niño Carlos Alfonso.

Otra situación que le ocurrió a mi abuelo siendo niño fue cuando su abuelo Roseliano tenía que ir al fundo ganadero El Corozo, que poseía en copropiedad con su hermano Miguel Ramón Rodríguez, latifundista y comerciante próspero, quien vendía cada dos o tres años unas mil reses a clientes en la ciudad de Valencia y con un establecimiento de proporciones importantes para la fecha (año 1942).

A mi abuelito le encantaba acompañar a su abuelo don Roso y sus dos obreros a ese fundo, en una carreta tirada por bueyes. Quedando distante de la población de Dolores a unas dos leguas aproximadamente, don Roso aprovechaba para llevar mercaderías y vender a los campesinos y pequeños y medianos

productores que vivían en el camino rumbo al fundo. Por eso generalmente tardaban dos días de viaje.

Una vez en el fundo mi abuelito, como niño travieso al fin, se dedicaba a enlazar becerritos, jugar con los pollitos, pavitas, patos, aves de corral, cerditos, etc. Asimismo, asistía al ordeño mañanero de unas treinta vacas, producto que se traducía en el “queso de año” que don Roso vendía cada tres meses y en el suero para desayunar con arepa asada, yuca o plátano verde asado. Mi abuelito dice que en esos días de campo le asaban topocho madurito para cenar con la leche postrera, la última leche sacada de la vaca preferida por él. La introducían en una totuma (vasija fabricada a partir del fruto del taparo pequeño) con un cincho hecho con la cabuya de la mata de topocho. Al final de la tarde se recogía la nata que se hacía en la parte superior, cremosa y amarilla, es decir, la grasa de la leche. Era un succulento y provocativo alimento para deleitarse con los topochos maduritos asados o con los biscochos horneados y crujientes que hacía mi bisabuela doña Lolita, como familiarmente las amistades del pueblo se referían a ella.

Al término de su educación primaria, mi abuelo fue enviado a estudiar el bachillerato a la ciudad de Guanare, capital del estado Portuguesa, en el liceo José Vicente de Unda, uno de los primeros centros de educación secundaria fundada en Venezuela, del cual egresó en 1961, obteniendo el título bachiller en Ciencias, promoción “CXXXIII Aniversario”, en honor a la fecha aniversario de dicha Institución.

Continuó con su formación académica en la Universidad de Carabobo donde ingresó a la Facultad de Ingeniería, en la Escuela de Ingeniería Industrial. Aprobó el primer año, pero debido a la gran agitación política que se vivía en el año 1964, sus estudios se vieron interrumpidos, ya que asumió un papel político aguerrido y de responsabilidad en las luchas que libró el movimiento estudiantil. Los cuerpos de seguridad del Estado lo

persiguieron y detuvieron, recluyéndolo en la isla de Tacarigua, durante un período de tres años y nueve meses. Felizmente fue liberado mediante indulto el presidencial del entonces presidente de la República Raúl Leoni.

En el año 1967 contrajo matrimonio con mi abuela Ana Rosa Bello Alvarado y procreó cuatro hijas, siendo la primogénita mi madre. Continuó sus estudios en la Universidad de Los Andes, así como también su acontecer político en la lucha por los derechos estudiantiles, por ejemplo en la lucha contra el cupo estudiantil decretado en las universidades autónomas, contra el reglamento de repitientes, por mejores becas, comedor y viviendas para los estudiantes. Obtuvo importantes logros en su condición de presidente de la Federación de Centros Universitarios (período 1974-1976) y como delegado estudiantil ante el Consejo Universitario de la ULA, durante cuatro años. Ahí obtuvo el título de licenciado en Historia de Venezuela, en la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación.

En el año 1981 se traslada a la ciudad de Maracaibo, del estado Zulia, donde es contratado como profesor en la Facultad de Ciencias de la Universidad del Zulia, para dictar la asignatura Técnicas de Estudio, continuando con las luchas por las reivindicaciones de los trabajadores y la población más desposeída.

Se postula como candidato a diputado a la Asamblea Legislativa del estado Zulia, resultando electo por un período de cuatro años, situación que le obligó a renunciar a su cargo de docente, a fin de atender cabalmente el mandato otorgado por el electorado.

Posteriormente en el año 1997 fue elegido como presidente de la Asamblea Legislativa del estado Zulia, por el lapso de un año. Después de cumplir tan importante representación política, mi abuelito decide retornar a la actividad privada como productor agropecuario en las tierras heredadas de su abuelo,

en la parroquia Dolores, del municipio Pedro Manuel Rojas, del estado Barinas. Había fundado un hato ganadero en compañía de sus hermanos treinta años atrás, con el cual procuraba el sustento y necesidades familiares. Lastimosamente se vio en la necesidad de vender como consecuencia del acoso de las autoridades para expropiarla y el franco deterioro del país que hicieron inviable continuar trabajando en ella, luego de cuatro décadas de trabajo y pese a haber pertenecido al patrimonio familiar por más de ochenta años, desde 1927 hasta su venta en 2013.

FABIOLA COROMOTO GUTIÉRREZ BOVES  
Santiago de Chile, 2 de marzo de 2021.  
Correo: fgutierrezboves@gmail.com  
Número telefónico: +56959646291.

# Temple de acero, corazón de chocolate

## Introducción

Mi vida ha estado llena de luchas constantes. Muchas veces he sentido que hasta las cosas más sencillas se me tornan extremadamente difíciles, pero me digo, y le digo a otros y otras, que estoy convencida de que “Bolívar es el hombre de las dificultades”, como lo señaló Miguel Acosta Saignes. Y que nosotros por ser hijos de Bolívar vivimos enfrentando y superando todas las adversidades. Eso me mantiene fuerte y evita que me rinda.

Cuando me pregunto de dónde saco tanta fuerza, recuerdo a mi abuelo, que fue una de las personas forjadoras de mi carácter, de lo persistente que puedo llegar a ser. Mi abuelo Justo, a quien considero un hombre con temple de acero, pero con un inmenso corazón de chocolate. Un gran hombre a quien vivo recordando...

Agradezco a Digna América y al hermoso colectivo Homo Ludens Nano por haberme invitado a participar en este bello y sensible homenaje a las abuelas y los abuelos. Hoy les regalo este recuerdo del mío.

## Conociendo a mi abuelo

Físicamente, mi abuelo era un hombre de estatura mediana, con una cara muy apacible, siempre vestido de pantalón de gabardina oscuro y camisas de tonos claros a rayas o cuadros. Justo Rivas Mendoza, nacido quién sabe en qué año, precedente del campo, del estado Yaracuy, provenía de una familia numerosa, con muchos hermanos. Recuerdo a algunos de ellos por sus especiales nombres: Justino, Pablo, Saturno y Saturnino, pero sobre todo recuerdo la cara de alegría del abuelo cuando sus hermanos venían a casa a visitarlo. Era día de fiesta, de escuchar las aventuras y travesuras que hicieron. Muchas veces amanecieron echándose los cuentos.

Conocí a mi abuelo a la edad de seis años, cuando mi padre Carlos Luis Rivas Lares y mi madre Nidia Rosa Roa decidieron conformar un hogar. Su afán de vivir juntos los llevó a la casa del abuelo después de sobrevivir durante meses en algunos hoteluchos y habitaciones de mala muerte, en distintas partes de la ciudad de Caracas. Un buen día comprendieron que las condiciones económicas y sociales que atravesaban no les permitirían esa independencia a la que aspiraban.

Llegamos entonces a casa del abuelo con la firme intención de que dijera que sí, pues traíamos de una vez en el taxi todas nuestras pertenencias. Qué sorpresa para el abuelo ver al hijo con dos niños y una mujer embarazada en la puerta de su casa. Lleno de contradicciones y dudas decidió darles hospedaje y una oportunidad real de hogar para esa familia.

Mi papá dijo: “Estos son mis hijos, así que son tus nietos. Ya eres abuelo. Preséntate, Francis”. Y yo llena de inquietudes y curiosidad extendí mi manita y al verlo me fijé en sus ojos claros, cejas pobladas y labios delgados. Le dije: “¿Qué es un abuelo?”. El abuelo dirigiéndose a mí, respondió, al tiempo que sonreía: “Yo no sé, vamos a tener que descubrirlo juntos”.

## De preso político a constructor

Después de haber estado sobreviviendo en una habitación pasamos a una inmensa casa de tres pisos, que, aunque le faltaban muchas cosas, se convirtió en el hogar que necesitábamos. Esta casa de tres pisos tenía desde una bodega y platabanda hasta un sótano oscuro y tenebroso. Esa casa que construyó mi abuelo con sus propias manos, salida de su imaginación y levantada sobre una gran roca, tenía una bodega que estaba surtida de muchos colores y sabores.

La vida nos llevó de un solo salto de una habitación a una casa con abuelo, bodega y miles de cuentos. Sus anécdotas eran increíbles y muy profundas. Supe que no nos habíamos conocido antes porque la familia estaba brava con él: en plena dictadura se había ido un día tras el grito de democracia y terminó atado a un grillete con cadenas que lo ataban a otros hombres quienes, al unísono de la perversión que impone la dictadura, trabajaban hasta morir en la construcción de la autopista Caracas-La Guaira.

El abuelo, ese mismo de cara apacible y estatura mediana, había soportado tortura, maltrato y trabajos forzados. Me dijo un día: “Los hombres morían y debíamos arrastrarlos hasta que los retiraban de las cadenas y los arrojaban a los barrancos o nos dejaban enterrarlos”. Otro día me contó: “Muchas veces no teníamos qué comer, y otras nos traían alimentos ya podridos. Retirábamos los gusanos y comíamos, porque la comida no se puede perder”.

Así aprendió el abuelo a trabajar la construcción. Aprendió a manejar el cemento tan bien que se construyó su casa y, en agradecimiento a la virgen del Carmen por haberlo mantenido vivo, le hizo una capillita. Religiosamente todos los días a las seis de la tarde prendía una vela y hacía una oración. A las seis

de la tarde me decía: “Mija, prenda la luz para que entre la Virgen”.

Mi abuelo no tenía miedo a la soledad, aprendió a vivir con ella. La única exigencia que tenía día tras día era tomarse un rico plato de avena caliente en la mañana. Decía que los hombres debían pararse temprano y desayunar para tener fuerzas para el trabajo, que no hacerlo debilitaba a las personas. Siempre debemos desayunar.

## Amor de mujer

El abuelo nunca habló mal de la abuela, por más que le preguntaba por qué ella no quería verlo. Decía: “Pregúntele a la abuela”. Mis interrogantes eran conocer si aún se querían, decirle que yo creía que la abuela aún lo quería y decirle a la abuela que el abuelo quería verla. Lo hacía para ver su reacción. Yo insistía siempre en mis provocaciones de que ellos tenían que volver a estar juntos y perdonarse.

Nunca supe el motivo de su separación, pero ante mis insistencias y recomendaciones de que tenía que tener compañía, un día me confesó: “A mi edad, estoy pagando muchos errores y por eso debo pagar por el amor de una mujer. No se puede vivir sin el amor de una mujer. Son necesarias”. Yo le decía: “Abuelo, entonces págale a la abuela”. Con los años comprendí que mi abuelo se refugiaba en los brazos del amor que pagaba una vez al mes, el mismo día que iba al banco y al barbero, vestido de saco y corbata. Antes del amanecer, tomaba el autobús para Caracas, dejándome a cargo de la bodega. Ese día, peinado hacia atrás el cabello, perfumado con agua de colonia, cortadas y limpias las uñas, ese día aquellos ojos dulces se refugiaban en los brazos del amor comprado.

## Terror en el sótano

La casa del abuelo está construida sobre una gran roca; uno podía verla en el sótano. El abuelo un día nos dijo a mi hermano y a mí que no podíamos jugar en el sótano porque nos iban a “jalar las patas”. Hay que ver las cosas que uno hace cuando te dicen que no puedes hacerlas. En el sótano había muchas cosas arrumadas y tapadas, pero lo que más nos llamaba la atención era un cuadro que estaba colgado en el fondo, por el simple hecho de que tenía una tela negra encima.

Con una linterna en mano, de esas que usaban unas pilas grandotas, bajamos un día dispuestos a ver qué había tras esa tela. Agarrados de manos fuimos y tumbamos la tela. Nos invadió el horror: era una foto de la bisabuela. Salimos corriendo, llorando, asustados, nos caímos y nos calmamos: nadie podía saber nuestro secreto. Nunca hemos olvidado la imagen que vimos: la bisabuela muerta en una urna, con las manos puestas sobre el pecho y sujetando entre ellas unas flores.



El abuelo Justo

## Un héroe

Siempre he creído que, en el transcurso de mi vida, he estado rodeada de ángeles y héroes. El abuelo fue un héroe. Un día mi mamá llegó a buscarnos a la escuela mucho más temprano. Al verla noté que tenía los ojos distintos, el cabello desarreglado, estaba vestida rarísimo y cargaba unas sábanas. Supe que algo había pasado. Me dijo que había ocurrido algo muy malo en la casa, que debíamos irnos rápido, que el abuelo nos necesitaba. Ese día al llegar corrí a ver qué le pasaba a mi abuelo.

Al verlo me horroricé. Supe que era un héroe cuando me contó que las abejas habían atacado a sus perros y que trató de ayudarlos, pero eran muchas y fue atacado también. Uno de los perros murió y el otro se arrojó de una altura de cuatro metros huyendo de las abejas. El abuelo lo buscó (era un pastor alemán) y lo curó con un remedio natural: tierra y orina.

Por la reseña de la prensa supimos que eran abejas africanas y que habían atacado a varias familias del sector. Además de nuestro perro, había muerto un señor. Los bomberos debieron actuar para poder neutralizar a las abejas. Estuvimos encerrados en casa y nos decían que no debíamos hacer ruidos fuertes.

Los vecinos desfilaban por la casa para saludar al abuelo. Decían que había sido muy intrépido al enfrentar a las abejas y arrojarse tras el perro, que menos mal que lo encontraron porque se había desmayado momentáneamente. Al levantarlo dijo que no se iría sin el perro. Lo cargó y los vecinos lo ayudaron. La bodega permaneció cerrada dos días. El abuelo necesitaba recuperarse.

## Sumar y restar

Todos los días al cerrar la bodega debíamos sumar y restar. Sumábamos las monedas y restábamos los productos, sumábamos el dinero y restábamos el peso del queso, los litros de leche, los refrescos, contábamos las botellas y jugos. Todos los días anotábamos los productos faltantes para hacer el pedido.

Apenas al llegar de la escuela yo subía corriendo a ayudar al abuelo en la bodega.

Siempre sabíamos los días en que llegaría el camión que traía los refrescos o el de las chucherías. Yo anotaba en el cuaderno las cosas que pediríamos al proveedor. Recuerdo que era un señor bajito y gordito que me escuchaba pacientemente mientras yo le decía: “No olvide traer una cajita de chocolate del más pequeño, chupetas, caramelos Vaca Vieja... mi abuelo dice que por aquí las compran para sacar las muelas...”. Agregaba: “Traiga Pepitos, galletas, atún, margarina, chicha, refrescos, cajas de lápices, jabón para bañarse y desodorante”.

Me encantaba sentir y creer que tomaba decisiones con el abuelo, que era muy importante que yo leyera y dictara al señor el pedido.

Me sentía tan importante al saber la cantidad de dinero que teníamos y debíamos. Minuciosamente el abuelo y yo anotábamos en un cuaderno fechas de pago y de cobro a las personas que habían pedido fiado. Teníamos un registro en un viejo cuaderno todo ruñido, que, aunque estaba en mal estado, era digno de cualquier cuaderno de contabilidad.

El abuelo tenía anotado incluso lo que mi papá le pedía prestado. Yo le decía: “Abuelo, mi papá dice que te pagará el viernes”. El abuelo decía: “Pero no dijo de qué mes, ¿verdad?”. El abuelo no le cobraba, creo que se llenaba de satisfacción con el solo hecho de tener la certeza de que mi papá sería responsable y le pagaría. Decía: “La palabra debe cumplirse, no se

puede prometer lo que no se puede cumplir. Los hombres de honor mantienen la palabra hasta el final. Si su papá me viene a pagar le diré que lo dejé así”.

### **La primera muela**

Un día me atacó un dolor de muela que no me dejaba en paz y me puse a llorar. Le dije a mi abuelo que no funcionaba lo del caramelo sacamuela porque tenía una dentro de mi boca que no salía. El abuelo mirándome me dijo: “Yo tengo un método que usábamos en el campo. Si quieres lo probamos, pero no creo porque es para hombres”.

Yo que siempre he sido sensible a los retos, pues no aguanto que crean que no puedo hacer algo, le dije: “Yo soy casi un hombre, abuelo, soporto todo menos este dolor de muela”. Buscó una silla, una lámpara, una toalla y un alicate. Me pidió cerrar los ojos y abrir la boca. Y así fue que se acabó el dolor y demostré lo fuerte y valiente que soy.

### **Dar lo que somos, apoyo incondicional**

Con los años mi papá logró tener mejor estabilidad económica y decidió alzar vuelo de la casa del abuelo. Esa estabilidad económica que tuvo lamentablemente no fue a la par de la estabilidad emocional. Mi mamá y mi papá tenían muchos problemas. Además, el abuelo una vez más se quedó solo. Un día así como llegamos, nos fuimos, aunque ya no éramos dos nietos sino cuatro.

Yo procuraba visitar al abuelo una vez al mes. Estaba pendiente de su ropa, a veces se la lavaba y también me llevaba sus sabanas sucias y le traía las limpias. Tendía su cama y arreglaba su cuarto. Lo regañaba si tenía mucho desorden. Pero lo que más hacíamos era conversar. Preguntaba por mis hermanos y

por mi papá. Yo le hablaba del liceo y de la vida, de cómo un día la vida me sorprendió y me hice señorita. Necesitaba cosas de mujer, entonces él me daba toallas sanitarias, jabón Palmolive, crema dental, mis lápices marca Mongol y dinero para mis meriendas. Me pedía que le ayudara a contar y a revisar el cuaderno de los pendientes, y si necesitaba salir me dejaba en la bodega.

Esta unión nos duró hasta que cumplí catorce años. Siempre me dio su apoyo incondicional, transparente y solidario.

### **Sin despedida**

Fue en septiembre de 1984 la última vez que pude ver al abuelo. Fui a contarle que estaba en un liceo donde tenía muchos profesores, el liceo Armando Reverón en Catia La Mar, y que cada uno pedía un libro distinto. Me preguntó: “¿Y ya sabes cuánto necesitas para comprarlos? ¿Tienes el uniforme?”. Le dije: “Debo esperar a que empiecen las clases con cada uno de ellos para que me den los nombres de los libros, autores y editoriales. Además no tengo camisa”. Recuerdo que me dio catorce bolívares para que yo comprara mi camisa, guardara para el pasaje y tuviera para las meriendas. Quedamos en volver a vernos el 15 de octubre. Habíamos calculado que para ese día ya tendría todos los nombres de los libros.

Ese día el abuelo me dijo que se había estado sintiendo mal, que estaba viendo fantasmas. No quiso que me llevara las sábanas para lavar alegando que era mucho peso y necesitaba quedarse con las dos cobijas pues estaba haciendo mucho frío. Me dijo: “Creo que he tenido fiebre, porque veo a mi mamá y a mi hermana que tienen muchos años de muertas y me dicen que me vaya con ella”. Yo medio asustada y desestimando este llamado le dije: “Abuelo, no diga esas cosas. Usted no puede irse a ninguna parte, qué se va a estar yendo nada, y además para dónde”.

Me dijo: “Para el cielo”. Yo le respondí: “¡Qué cielo nada, abuelo! ¡Después no voy a poder verte!”. Más tarde comprendí que mi abuelo tenía delirios en los que su madre y una de sus hermanas venían por él. Yo ignoraba que estaba enfermo y que realmente se estaba despidiendo de mí sin despedirse. Mi abuelo cambió de paisaje una semana después, los primeros días de octubre de 1984.

FRANCIS RIVAS ROA

Caracas, marzo de 2021.

Correo: francisconcienciahistorica@gmail.com

Número telefónico: 0426-3161758.

# Mi abuela Machía



La abuela Machía

Entre los recuerdos que marcan más la vida del ser humano están aquellos que se relacionan con los momentos vividos junto a esos seres que son pura ternura: los abuelos. Historias, lugares, olores, sabores, comidas, sus formas de vestir, refranes, canciones, risas, son elementos que permanecen en la memoria de los miembros de la familia, sobre todo en la de sus nietos, vivencias que evocamos a menudo con mucha nostalgia.

En nuestra familia, como en otras, el recuerdo de los abuelos se transmite de generación en generación, gracias a la transferencia oral de anécdotas y cuentos relacionados con ellos. En esta ocasión, plasmamos en este escrito algunos recuerdos que guardamos, profundamente en nuestras mentes y corazones, de

la historia de una mujer muy hermosa y valiosa para nosotros. Nuestra abuela Hercilia, mejor conocida como “Machía”, con quien tuvimos la oportunidad de compartir desde el día de nuestros nacimientos, hasta el momento en que ella entregó su aliento al Creador.

Fue mi abuela Hercilia Colmenares (1898-1980). Junto a mi abuelo Ezequiel Giménez (1889-1952) tuvo dos hijos: José María “Chemaría” (1915-1991), mi padre, el mayor de todos, y Francisco Marcial (1924-1979), a quien todos llamábamos tío Marcial.

A mi abuela Hercilia la llamábamos “Machía” o “Mamá Chía”. Después de separada de don Ezequiel, Machía tuvo dos hijas más: María Lourdes (1929-2019) y Juana (1933). Mi tía Lourdes se trasladó a Barquisimeto y allí formó su familia, mientras que mi tío Marcial y mi tía Juanita se quedaron a vivir en El Tocuyo, estableciendo allí sus respectivos núcleos familiares.

Mi tío, en su juventud, vivió una larga temporada en Los Teques debido a su trabajo en el Ministerio de Obras Públicas (MOP) en los años cincuenta, como chofer de maquinarias pesadas. Luego se convirtió en un personaje muy popular en El Tocuyo. Con él compartí muchos momentos inolvidables y siempre le reconoceré su cariño, su solidaridad, su carácter dicharachero y su fecundo trabajo en el Concejo Municipal de Morán.

A mi tía Juanita, muy querida por todos nosotros, aún la visito en El Tocuyo en las oportunidades que tengo para estar un rato con su bella familia. Con ella comparto un buen plato de caraotas con tajadas y recuerdo con agrado sus cuentos, sus salidas y aquella popular y próspera bodega que regentaba junto a su esposo Antonio Pérez.

Por su parte, mi padre, José María, quien vivió siendo muy joven en Quíbor como regente de un establecimiento comercial

de su tío Altidoro Giménez, se casa con Carolina en 1940. Se trasladan a El Tocuyo, aunque luego del terremoto que azotó a esa población en 1950, cayó en una gran depresión. Por eso se va, él solo, a Los Teques, invitado por su hermano Marcial. Luego se radica por corto tiempo en Caracas, tratando de olvidar los acontecimientos ocurridos en su querido pueblo. En ese tiempo se dedica a pintar para afianzar su arte. Regresa a El Tocuyo y consolida su matrimonio. Luego parte a Barquisimeto junto a su familia en 1970.

Machía trabajó en su juventud en labores del campo, en Agua Clara, caserío cercano a El Tocuyo junto a su madre “Mamá Tina”. En una choza contigua a la de Machía, allí mismo, también vivió por mucho tiempo una hermana de esta llamada Justiniana, “Nana”, una mujer alta y morena, quien acompañó a la familia en su mudanza para El Tocuyo, pasando a convivir juntas en una vieja casa ubicada cerca de lo que llamábamos Caja de Agua.

Cuenta Juanita que al despedirse el jovencito Chemaría de Machía para irse a trabajar a Quíbor, a inicios de los años treinta, acordaron entre madre e hijo en fijar una hora determinada, cuando aparecieran los crepúsculos del atardecer, para recordarse el uno del otro y, de esta manera, establecer un cierto contacto espiritual entre ambos. Eso dibuja claramente su carácter y el amor que se profesaban madre e hijo.

Fue en El Tocuyo, en la calle 15 entre carreras 2 y 3, donde tuvimos esos primeros contactos con esa querida abuela. En esos años, don Chema y su familia vivieron junto a Machía y Nana en ese viejo caserón hasta ocurrir el terremoto de 1950. Allí sorprendió el movimiento telúrico a mi familia. Parte de la casa fue afectada y las siguientes noches tuvieron que pasarlas resguardados de la lluvia debajo de algunas mesas. Luego arreglarían la vieja casona. Machía se quedaría a vivir allí y mi padre se mudaría con nosotros, su familia, para una casa ubicada casi

al frente de la de mi abuela. La casa de Machía en El Tocuyo era grande, con un inmenso solar. Aquella vieja casona de bahareque, de paredes muy anchas y frescas y piso de cemento pulido tenía un recibo en su entrada principal y tres habitaciones.

Había, también, un cuarto pequeño donde Machía guardaba todos sus implementos para hacer manualidades. Cuando uno entraba sentía un típico olor a trementina y a chécheres guardados. En los primeros años de su estancia allí se podía observar desde afuera de la casa en la pared del fondo un gran mural que mostraba a una hermosa mujer desnuda, pintada con destreza y muy bien detallada por mi abuelo “Papá Chel”, un reconocido pintor de esa época.

Se cuenta que don Ezequiel la había pintado para así evitar las visitas de las monjitas que solían pedir cualquier tipo de colaboración y que al ver el referido mural salían espantadas por tan “vulgar cuadro”. Esta pintura, por el contrario, era un grandioso espectáculo para la muchachada del barrio y una imagen que podría incomodar a cualquier joven o adulto que la admirase.

En verdad, era una casa muy bien distribuida y decorada. Pintada con muy bellos contrastes en sus paredes internas, la parte superior de los zócalos estaba adornada por una franja de lindas flores coloreadas en serie.

En la parte de atrás había una casa pequeña, toda de cinc, una barraca, como mi abuela la llamaba, con una cuarto, un corredor y una cocina; el piso era de tierra, pero casi pulido de tanto barrerlo con una escoba de chamizas. Había un fogón grande, de leña, en donde ella elaboraba las comidas.

Era una cocina con cimientos de cemento y un fogón con tres topias (piedras); no tenía lavaplatos, por lo que los platos y los corotos se lavaban en una batea próxima a la misma. En esa cocina se hacía todo lo que se consumía en casa, desde un huevo hasta las hallacas de diciembre. Las grandes arepas del maíz, molido cada amanecer, se hacían y se guardaban en un

canasto colgado en esa barraca. Era frecuente una mañanera visita nuestra para desayunar con avidez una de sus arepas, ya fuera con mantequilla o con suero.

En ese mismo fogón preparaba la olleta, el mondongo y una rica chicha de arroz, que colaba en una manga de algodón y ponía en venta para ayudarse económicamente. Tenía muy buena aceptación entre los vecinos.

Le gustaba consumir su café bien caliente a las dos de la tarde para que “le quitara el calor”.

Lo mejor de la barraca estaba en el corredor, que era su taller, en donde Machía tenía una destartalada estantería de madera abarrotada de figuras de santos y vírgenes de yeso, también muchos clavos, cañuelas, vidrios, martillos y pinturas al óleo que usaba para darle mantenimiento a esas figuras, pues ella misma pintaba esas imágenes, sus ropas y detallaba sus caras y ojos.

Con las cañuelas montaba cuadros de fotos de santos, les colocaba vidrio por el frente, cartón por detrás y los aseguraba con paspartú (una cinta de papel marrón que traía una pega seca que se activaba pasando un pincel mojado). Allí realizaba las labores de restauración de imágenes religiosas que le encargaban y que Machía había aprendido con destreza de la mano de Papá Chel, para ayudarlo cuando el trabajo se le hacía muy intenso.

Esa unión entre ambos hizo que ella incursionara también en el arte del tallado de imágenes religiosas. De esta manera, ayudaba a don Ezequiel en los compromisos que este adquiría con los curas del poblado.

En dicho taller, Machía también se dedicaba a realizar el tejido que cubría las alpargatas, llamada capellá (o capellada). Eran verdaderas obras de arte y tenían gran demanda entre los hacedores de alpargatas de la ciudad y sus alrededores.

En una oportunidad hizo una muñeca de trapo con la cabeza de un material parecido a la loza y la llamó Carolina.

Tiempo después consideró que le hacía falta un compañero o amigo e hizo también un muñeco de trapo que llamó Carleto. Estos muñecos los colocó en el cuartico de la casa grande que tenía ese olor característico a cosas guardadas.

Machía y su hermana Nana planchaban la ropa con planchas de hierro calentadas en el fogón. Algunos de sus nietos aún las guardan de recuerdo, usándolas ahora para sostener las puertas en sus casas. Ambas viejas se peinaban y sostenían sus cabellos con una malla casi invisible y con un borde elástico que les moldeaba el pelo de una manera muy peculiar. La abuela tenía dos dientes de oro en su prótesis dental.

Al final de la casona se abría un amplio solar lleno de diversas matas de flores y de una gran variedad de árboles frutales. Al fondo estaba un frondoso árbol de mango, que cada mes de mayo daba unas inmensas cargas de fruta, con un sabor agridulce muy especial. Cada cosecha era esperada con mucha alegría por la muchachada de la cuadra para devorarla con pasión.

En las frecuentes visitas a su casa, ella acostumbraba reunir a varios de sus nietos para contarnos sobre mi abuelo Ezequiel, pues nosotros tuvimos muy poca oportunidad de relacionarnos con él. Por ella conocí aquella anécdota que cuento con frecuencia y que enseguida les relato:

En una oportunidad mi hermano Altidoro, aún niño, vivió una experiencia que nos dibujaba el carácter de mi abuelo. Se acercó un hombre a la vieja casona y sucedió lo siguiente:

—Epa, muchacho, ¿en dónde está tu abuelo?

— Pa'llá pa'dentro —contestó el carajito Altidoro.

— Pues andá a buscarlo.

—¡Mamachía! —grita el tripón— ¡Buscan a Papá Chel!  
—y continuó jugando metras con los otros niños en un pequeño terreno frente a su casa.

—Buen día, ¿qué desea, jovencito?

—Buen día, señora Hercilia, ¿se encuentra, por casualidad, don Ezequiel?

—¿De parte?

—Del fiscal de Sanidad.

—Ya se lo llamo —contestó mi abuela.

La doña se alejó por el interior del zaguán de aquella vieja casona. Regresa y Machía le informa:

—Dice don Ezequiel que pase para su taller.

—Gracias —ripostó el fiscal.

Pasa adelante y se encuentra con el abuelo.

—¿Cómo está, don Ezequiel?

—Bien —y continuó el viejo tallando un gran santo como de metro y medio, que había sido encargado por el cura de la iglesia de San Francisco y que debía estar listo para las festividades religiosas del 13 de junio.

—Mire, don Ezequiel, según las recomendaciones del nuevo gobierno se está ordenando la construcción, en cada casa, de una letrina con su respectivo pozo séptico. Esto fue decretado por el gobierno el pasado 2 de abril.

—¿Y me van a encargar a mí la construcción de todas las letrinas de este pueblo?

Contestó:

—No, lo que le estoy pidiendo es que haga la que le corresponde a esta casa.

—Mire, mijo, aquí nosotros no necesitamos de eso. Todos aquí nos agachamos bajo la sombra del árbol de mango que está allá al fondo —replicó el viejo.

—Don Ezequiel, estas son órdenes del alto gobierno para contribuir con el mejoramiento ambiental del país y para evitar una serie de enfermedades que últimamente se están dando —explicó el joven.

—Pero como usted puede ver todos aquí estamos sanitos —masculló el viejo.

—Don Ezequiel —dijo el Fiscal en tono casi autoritario—, usted debe construir la letrina. De lo contrario será multado con cuatro fuertes y será detenido por tres días. Pasaré dentro de dos meses para ver si cumplió con el decreto. Hasta luego.

El joven fiscal se alejó mientras el viejo se quedó refunfuñando sobre los abusos que a cada gobierno se le antojan. Estaba dispuesto a no cumplir con lo decretado, pero ya había tenido varios enfrentamientos con las autoridades y doña Hercilia le aconsejó que no abusara de su suerte.

Don Ezequiel era un viejo de mucho carácter, gran entusiasmo y con mucha facilidad para la expresión humorística, que encantaba a sus amigos. Mientras seguía en el tallado del santo patrón recordaba lo que le había sucedido en la última película que había visto. En los créditos del cartel cinematográfico estaba la conocida actriz María Antonieta Pons, que siempre se destacaba por sus papeles de bailarina y en los cuales su voluptuosa figura desarrollaba unos llamativos bailes de gran contenido sensual. “Parece que tiene un motorcito en ese rabo”, comentaba con frecuencia el viejo “Mano´quiel”, completando lo dicho con una sonora carcajada.

Sus amigos, por supuesto, lo festejaban con desternillantes risas. En esa última película, la mencionada actriz representaba a una sensible, delicada y piadosa monja, lo que hizo que el viejo Ezequiel saliera como una tromba a mitad de la misma, comentando con sentido enojo: “¡Qué monja va a ser esa pu...!”.

Pasados los dos meses vuelve el joven Fiscal a la conocida casa de don Ezequiel.

—¡Mamachía! —gritó el carajito Altidoro con un plato de suero con arepa en sus manos—, allá viene el señor del otro día...

— Buen día, señora Hercilia. ¿Está don Ezequiel?

—Sí, pase adelante.

El joven estaba dispuesto a hacer cumplir la reglamentación sanitaria decretada, a pesar del temor que le causaba el aspecto imponente del viejo Mano´quiel.

—Jovencito, pase por aquí —indicó el viejo—. Como usted ve, le construí la

letrina que me pidieron.

En efecto, era una cómoda letrina que podría envidiar cualquier familia rica del poblado. Con sus paredes de bloques. Con su techo de cinc. Bien pintada. Muy bien decorada. En su interior se observaba el hueco en el centro cuya profundidad parecía no tener fin. A cada lado del mismo, había hecho unas bases en forma de plantas de pie que sobresalía del nivel del piso, lo que le permitiría una gran comodidad al usuario. Hasta un pequeño espejo había colocado en una de sus paredes interiores y allí mismo, en uno de sus lados, estaba colocado un pequeño gancho de alambre para insertar varias hojas de papel que servirían para una buena limpieza. En la parte exterior había colocado un hermoso aguamanil que podría usarse para asearse cada vez que lo requiriera esa incómoda pero relajante situación.

—Muy bien, don Ezequiel, en nombre del gobierno lo felicito por haber cumplido con el decreto sanitario. Así colabora usted con la salud de este

pueblo.

Mientras Mano´quiel, con tono enérgico, contestó:

—Mire, señor fiscal, el gobierno me podrá obligar a construir una letrina, pero no me puede obligar a cagar en ella. Por lo tanto, ¡yo me seguiré agachando en aquella mata de mango!

Esas historias de mi abuelo las conocimos por Machía. Ella disfrutaba al darnos a conocer aquellas anécdotas para así tener una idea de cómo era aquel personaje extraordinario que desplegó su arte en nuestra querida población de El Tocuyo.

Mamá Chía fue una mujer muy sana. Ya de edad más avanzada, en uno de los bolsillos de los vestidos que usaba,

colocaba un pañito y lo dejaba colgar. En algunas ocasiones lo tomaba con sus manos para secar su cara o simplemente lo manoseaba con nerviosismo, como una forma de distracción.

Con frecuencia empezó a decir que se sentía mal. La llevaban entonces al doctor, quien le recetaba medicamentos sencillos —aspirina, por ejemplo—, porque sabía que era una manifestación propia de los adultos mayores que piden ser llevados al médico sin tener alguna enfermedad. El único mal que se le conoció fue el de los “nervios”, pues antes no se hablaba de “estrés”. Sin embargo, al llegar mi papá a visitarla se le pasaban todos los males. Nunca le faltaba un viejo bastón que la ayudaba en su andar por la casa.

Recuerdo que uno de los golpes más fuerte que mi abuela tuvo fue la muerte de su hijo, mi tío Marcial. Eso la impactó mucho. Ella me decía que no era normal que un hijo se muriera antes que su madre. No sé si ese acontecimiento la afectó tanto como para que al año siguiente ella también muriera de manera inesperada. Fue un hecho imprevisto para todos nosotros.

Estos son algunos de los recuerdos más significativos de mi abuela Machía que quisimos compartir; además queremos que permanezcan como muestra del cariño hacia ella aun cuando no se encuentre en este plano terrenal junto a nosotros.

Escribir esta historia me permitió acercarme y compartir con algunos de sus nietos, mis primos y mis hermanos, quienes también tuvieron contacto con ella y sus cuentos. Cabe mencionar a Mariela, Yadira, Antonio, mis hermanos Altidoro y Lesbia, y a su bisnieto Luis David, quienes me aportaron muchos de los elementos que he contado.

Machía muere en El Tocuyo, siendo un golpe muy duro para la familia. Ella, a pesar de su edad de ochenta y dos años, se encontraba en plenas condiciones intelectuales, destacándose por su jocosidad en el trato con su familia y, en especial, con sus nietos. Recuerdo con mucha risa aquella vez que, al ayudarla a

levantarse de la mecedora en que se encontraba y acompañarla al baño, agarrada de mi brazo, yo me adelanté demasiado y ella con picardía me detuvo, preguntándome: “Freddy... ¿quién lleva a quién?”, para luego desatar una preciosa carcajada que aún recuerdo.

FREDDY RAMÓN JIMÉNEZ JIMÉNEZ

Cabudare, estado Lara.

18 de febrero de 2021.

Correo: [fjimenez53@hotmail.com](mailto:fjimenez53@hotmail.com)

Números telefónicos: 0424-5386191 y

0251-2631525.

## Las huellas de Matilde: educándome en cada caminata...

La estela de esta hermosa mujer inicia el 25 de abril de 1925, en la localidad andina de La Cuchilla, Carache, estado Trujillo, cuando una mañana decidió la Providencia traerla a este plano. Una dama de esas que uno puede decir que “nació aprendida” puesto que para esa época no existía en el pueblo instituciones de salud. Tuvo la dicha de nacer asistida por una “comadrona”, persona encargada de traer muchachos a este mundo. Mi abuela siempre manifestaba que se acordaba “clarito” del momento de su nacimiento, puesto que ella ayudó a su comadrona cuando venía saliendo a través del canal del parto para que no darle problemas.

Su niñez trascurrió muy rápido entre juegos en el campo y caminatas por los cerros. Ella siempre contó que vivía abrigadita, puesto que tenía que lidiar con el fuerte frío del páramo andino.

Como ella manifestaba que nació aprendida, le tocó trabajar desde pequeña. A la edad de seis años ya estaba lista para realizar labores agropecuarias y domésticas, desde colar el café a las cuatro de la mañana, limpiar el hogar, para luego irse al campo a ordeñar las vacas, hasta realizar labores de siembra y riego.

En su adolescencia tuvo mucha influencia de sus tías, que le enseñaron un extraño arte, que iba desde cómo curar un “mal de ojo”, hasta defenderse de los “males echados”. Nunca se me olvida cómo usar una monedita de oro para el tratamiento del orzuelo. “Ya quisieran los oftalmólogos conocer este secreto”, decía.

Luego conoció a mi abuelo, el señor Hermenegildo Cruz. Fue un amor de esos a primera vista y eternos. Con él compartió toda su vida, o como diría ella, un amor “pa toa la vida”. Tuvo seis hijos: Flora, Rafael, Candelario, Yeo, Marlee (mi mamá) y Nema, a los cuales se dedicó a criar y formar para el bien.



La abuela Matilde

A pesar de que mi abuela nunca fue a la escuela siempre tuvo la visión de formar a sus hijos en instituciones educativas. Ella trabajaba en la escuela del pueblo vendiendo pan, y cada vez que alguno de sus hijos era castigado por la maestra de la escuela, mi abuela la premiaba con una gallina, en agradecimiento por corregirlos. Debían tener buenas notas, sin dejar a un lado las labores del hogar que empezaban a las cuatro de la

mañana, y estudiar hasta que se les acabara la vela en las noches, como era tradición en la familia.

Cuando mi abuelo enfermó, Matilde decidió migrar con su familia a la ciudad de Barquisimeto, en busca de medicina actualizada para Hermenegildo. A sus hijos mayores les tocó la responsabilidad de mantener el hogar. Ella se dedicó a transmitir toda su cultura andina a sus nuevas amistades. Era conocida en las épocas decembrinas por las famosas hallacas andinas, con un entremezclado sabor de pasión, sentimiento, dulzura y carraotas, así como por las sabrosas arepas andinas realizadas con un toque secreto de afrecho, capaz de cautivar hasta al paladar más refinado.

Mi abuela era católica y todos los primero de enero realizaba la Paradura del Niño. Como este “ya podía caminar”, realizaba la tradicional celebración del Robo del Niño hasta el 2 de febrero. Fiel devota de san Benito, también hacía su velorio para dar gracias por las cosechas, favores concebidos y realizar peticiones. De ahí venían los famosos refranes por los que era conocida. “No hay velorio sin canturía”, solía decir. Esta mujer tan sabia nos enseñó que no se debe estar triste en los funerales. Debido a su fe ella consideraba que la persona está en un lugar mejor, y así despidió a mi abuelo cuando trascendió.

Mi abuela se dedicó a criar nietos. Las huellas de Matilde quedaron grabadas en mi ser. A mí, particularmente, me educó de una manera excepcional. Ella se encargaba de llevarme todos los días a la escuela en una caminata que físicamente duraba de diez a quince minutos, pero que en enseñanzas durará toda una vida, empezando por el primer consejo del día al enseñarme a decir: “¡Buenos días!”. Me mostró la importancia que tiene esta frase. Como toda dama andina era destacada por su buena educación y valores, los cuales me transmitía en cada caminata.

Con su refrán: “A los médicos y a los odontólogos nunca les falta trabajo, pues siempre hay un enfermo”. Puede que ella

haya sido la primera influencia que tuve para estudiar Medicina. Algunas expresiones eran de su propia autoría: “No confíe en ningún alma nacida”, refrán con el cual me enseñaba que hay que ser precavido. Otros pertenecían al saber popular: “A la tierra que fueres, haz lo que vieres”.

Me enseñó cómo adaptarme a los cambios, cómo olvidar. Cuando una situación era incómoda, ella expresaba: “Como las tres en el anca”, a la cual le agregó: “¡Y yo la última de atrás!”. Y cuando alguien la retaba con refranes, ella respondía: “Refranes en mi casa resbalo, que lo digas tú, bajú”.

Me enseñó a aceptar las cosas: “Agua pasada no mueve molino” y “Al que Dios se lo repara, san Pedro se lo bendice”. Me enseñó a trabajar todos los días ya que: “Hombre flojo no goza de mujer bonita” y que a pesar de todo hay que: “Llorar con un ojo, y reír con el otro”.

Me hacía las arepas más ricas todas las mañanas y para que no dejara nada en el plato me decía: “Yo que me robo el queso”, esto para que viera todo el esfuerzo que ella realizaba por alimentarme.

En la tarde, luego de hacer las tareas o de darme permiso para jugar con amigos, cantábamos rancheras. Su tema favorito era: “Allá en el rancho grande” y charrasqueábamos el cuatro de mi tía Nema. Esto culminaba siempre con un refrán: “Dormir y comer, hermanos han de ser” y salía a hacer la cena o a acostarme.

Cuando se puso más viejita, el médico la mandó a caminar todas las tardes para mejorar su salud. Yo, siendo adolescente, la acompañaba en las caminatas vespertinas, y ¿adivinen qué? ¡Seguía diciéndome refranes! “Nunca vaya y regrese por el mismo lado”, mire que: “Después del ojo afuera, no vale Santa Lucía”.

“Las maneras de los hombres, los hombres siempre deben respetarlas”, por eso la forma de educar de mi abuela usando refranes en cada caminata hacia la escuela debe ser respetada.

Siempre pensé que había sido yo quien la enseñó a escribir (hecho de plasmar gráficamente su firma en un papel). Ahora me doy cuenta de lo sabia que fue, puesto que no era yo el que la enseñaba a firmar en una hoja, era ella la que me estaba enseñando constancia, dedicación, disciplina y transmitiéndome el arte de educar.

Cuando la gratitud es infinita, las palabras están de más. Gracias por esas huellas, Matilde. Qué grande, sabio y mágico arte de educarme con tus refranes en cada caminata.

GABRIEL ALBERTO MEDINA CRUZ

Barquisimeto, estado Lara.

Febrero de 2021.

Correo: 1989gabrielmedina@gmail.com

Número telefónico: 0412-7720833.

## Relato sobre mi abuela

La historia que voy a describir a continuación narra parte de la vida de mi abuela paterna: Ramona Altagracia Moreno Mendoza. Nació el 13 de octubre de 1893 en Quíbor, estado Lara. Era hija de “Mamá Petra” Mendoza y José Alejos Moreno.

Mi abuela no estudio más que la primaria. En su época las hijas eran preparadas para los oficios del hogar y para el matrimonio.

A temprana edad se casa con Victoriano Mendoza Jiménez, de cuya unión nacen once hijos: Elio, Osmar, Petrica, Victoria, Cora, Altagracia, José de Jesús (mi padre), Egilde y Lucas; hubo dos más, llamados Víctor y Carmen, quienes murieron de dos y tres años, respectivamente.

Mi abuelo era comerciante. Con el tiempo los hijos de mi abuela crecieron, estudiaron, comenzaron a trabajar y formaron sus familias. Mis abuelos vivían en Quíbor, pero al pasar unos años decidieron venir a vivir en Barquisimeto. Fijaron residencia en la carrera 21 entre calles 36 y 37; luego se mudaron a la carrera 25 entre calles 36 y 37.

Luego una de sus hijas (Petrica), quien se mantuvo soltera y sin hijos, compró una casa en la calle 44 entre carreras 17 y 18 y se llevó a mis abuelos a vivir con ella.

El 14 de diciembre de 1954 mi abuela enviuda, pues mi abuelo muere de un ataque al corazón.

Todos sus hijos siempre la visitaban y todos compartíamos con ella. En diciembre nos reuníamos todos, hijos y nietos, y había un día de diciembre en el que se preparaban hallacas y chicha de maíz; mi abuela y sus hijos cocinaban y los nietos corríamos y jugábamos.

Mi abuela fue armando su camino, convirtiéndose en una maravillosa persona. Fue una mujer muy humilde, humanitaria, de mucha fe, muy creyente en Dios, inquebrantable en sus visitas a la iglesia (católica), tanto es así que el 24 y 31 de diciembre a las doce de la noche estaba en la iglesia y decía: “Si alguno de mis hijos me quiere dar el feliz año, que vaya a la iglesia, que allí me va a encontrar”.

Mis padres se divorciaron cuando mis dos hermanos y yo éramos todavía muy pequeños. Yo era la menor de los tres y apenas tenía meses cuando empecé a vivir con mi abuela. Ella nos cuidaba y atendía en todo.

Yo, como nieta, admiro a mi abuela como persona y por ser siempre fiel a sus valores, a sus principios como ser humano. Siempre tuvo mucha fortaleza para salir adelante. Le inculcó muchos sentimientos positivos a mi vida.

Como anécdota les cuento que al frente de la casa de mi abuela estaba un camión accidentado. Los muchachos del camión pasaron mucho tiempo arreglándolo para que prendiera. Como ya era más de medio día, mi abuela les preparó almuerzo. Los muchachos le manifiestan: “¿Para qué se molestó?”. Ella les contesta: “¡No es molestia! Coman, están desde temprano ahí y deben tener hambre. Coman tranquilos y aquí tienen también jugo y agua”. Los muchachos terminaron de arreglar el camión y se despidieron de mi abuela, agradeciéndole por su atención.

Pasado un mes los muchachos, que eran del campo, regresaron trayendo consigo carne, pollo, huevos, crema, queso, mantequilla y suero. Se los traían de obsequio a mi abuela. Le dijeron: “Le contamos a mi mamá que usted nos había dado

comida el día que estábamos arreglando el camión y ella en agradecimiento por su gesto le envía esto”. Mi abuela les contestó: “¡Muchas gracias a su mamá por los obsequios, pero yo no los podía dejar pasando hambre, con el trabajo que les estaba costando arreglar ese camión!”.

Moraleja: El que da de corazón tendrá un agradecimiento de amor.



La abuela Ramona

A continuación, relato una segunda anécdota:

Mi padre tenía un carro que era de una tía, pero como ella no manejaba lo cargaba mi papá. Él era mecánico y lo mantenía en muy buenas condiciones, tanto de motor como de carrocería y tapicería.

En una oportunidad mi padre iba a salir con una muchacha, pero la familia de ella no lo quería y le prohibían que se vieran. Ese encuentro sería por lo tanto a escondidas. Mi papá sale, pero antes de irse se despide de mi abuela. Le pide la bendición:

“¡Bendición, mamá!”. La abuela obviamente le contesta: “¡Dios te bendiga, hijo!”.

Mi papá salió a buscar a la muchacha en una determinada dirección acordada. Cuando llega al sitio, apaga el carro y la espera. A los minutos ella llega y se monta. Mi papá se dispone a encender el carro, pero no le prende. Él se baja, levanta el capó, revisa el motor para saber por qué no le prende, pero se da cuenta de que todo está bien. Entonces le pide a la muchacha que se baje y que camine por esa misma calle mientras él prende el carro, que cuando lo haga, él la alcanza.

En lo que la muchacha se aleja unas cuadras, el carro prende. Mi papá piensa que era una señal de que no debía salir con la muchacha ese día y, en vez de alcanzarla, decide devolverse a la casa.

En lo que llega donde mi abuela, ella está parada en la puerta que daba a la calle, ve venir a mi papá y en lo que para el carro enfrente de la casa, mi abuela lo mira y le dice: “Mis bendiciones llegan muy lejos”. Mi papá le contesta: “Sí, mamá, es así. Amén”.

Relato una tercera anécdota:

Mi abuela era como san Martín de Porres, amaba los animales. Siempre les ponía comida a los ratones en el patio, hablaba con ellos y les decía: “No se metan para la casa, porque los van a matar. Por eso les pongo comida aquí en el patio, para que no entren para la casa”.

En una oportunidad el lavamanos se llenó de hormigas y mi tía cuando llegó a usar el lavamanos se molestó mucho, diciendo: “¡Esas hormigas sí son necias, hasta en el lavamanos están! ¡Las voy a matar! —y mi abuela le dijo: “¡No hija, no las mates! Lo que pasa es que tienen sed. Yo les voy a llenar el lavamanos de agua para que tomen y ya tú vas a ver que después de tomar ellas se irán”.

Mi abuela acostumbraba a recoger agua de lluvia para lavar la ropa (pues decía que ayudaba a despercudir la ropa blanca). Un viernes 15 de noviembre mi abuela estaba lavando y cargó una ponchera grande llena de agua de lluvia y por el esfuerzo que hizo comenzó a vomitar sangre. Ella, en ese momento, estaba sola. Mis hermanos y yo habíamos salido con mi papá. Al lado de la casa vivía mi tío, el hijo mayor de mi abuela. Ella lo llama y mi tío acude inmediatamente y la encuentra llena de sangre. Entonces busca a un doctor que vivía a dos cuadras de la casa. El doctor la ve y le dice a mi tío que la tienen que llevar al hospital.

Cuando llega mi papá conmigo y mis hermanos, mi tío le cuenta lo ocurrido y entonces la trasladan al Hospital central de Barquisimeto “Antonio María Pineda”; a todos mis tíos se les informa de lo ocurrido. Cinco de mis tíos y mi papá vivían en Barquisimeto, dos en Caracas y una tía en San Felipe.

A mi abuela la atienden en el hospital. Le hacen diferentes exámenes y el informe médico determina que se le reventaron unos vasos sanguíneos del estómago debido a la fuerza que hizo al levantar las poncheras llenas de agua. Todos mis tíos de Barquisimeto acudieron a verla. Los que vivían en Caracas también, pero faltaba por venir mi tía, la que vivía en San Felipe.

El lunes 18 de noviembre dieron de alta a mi abuela y los médicos les comentaron a todos mis tíos y a mi papá que ella estaba muy bien, que ya estaba recuperada y dijeron que la iban a disfrutar por mucho tiempo más. Mi abuela se entera del comentario de los médicos y les dice a todos sus hijos que ella no va a durar mucho tiempo, como aseguraban los médicos. Explica: “Yo iba a partir el mismo día —viernes 15 de noviembre—, pero le pedí a Dios siete días más para ver a todos mis hijos”.

Esa semana todos mis tíos y mi papá estuvieron con ella. Una de mis tías que vivía en Caracas era enfermera y se dedicó esos días a cuidarla. El miércoles 20 de noviembre llega mi tía la de San Felipe. Mi abuela tenía un tiempo que no la veía y se dieron un gran abrazo. Mi abuela habló con mis tíos y mi papá, les dio recomendaciones y les pidió que se cuidaran mucho entre todos y cuidaran de mis hermanos y de mí, ya que nuestros padres estaban divorciados y era como si no los tuviéramos. Ella era la que nos cuidaba y se encargaba de nosotros.

Exactamente el viernes 22 de noviembre del año 1963, luego de siete días de habersele reventado los vasos sanguíneos del estómago, a medianoche mi abuela estaba muriendo. Se encontraba con ella mi papá y una tía (la que había comprado la casa para que mis abuelos vivieran). Mi abuela le pide a mi papá que le pase el Cristo (uno que tenía colgado en la pared, arriba de su cama). Mi papá no se lo quería pasar porque sabía lo que eso significaba, pero ella le insistía: “Hijo, pásame el Cristo, que me estoy muriendo”. Y por fin papá se lo pasa.

A todo esto, mi tía exclama: “¡Señor, dame valor para ver morir a mi madre!”.

Después de abrazar el Cristo, ella expiró. Ese 22 de noviembre fue el mismo día que mataron a John F. Kennedy.

Cuando me enteré de este trabajo decidí que contar la historia de mi abuela paterna sería apropiado. Una vida que vale la pena recordar. La vida de mi abuela fue un ejemplo para toda la familia, en especial para mí.

Valoro y admiro a mi abuela. Tenía mucha sabiduría y un corazón enorme donde cabíamos todos.

Ella y yo tuvimos una relación muy afectuosa (ella fue la que me crió hasta los cuatro años). Su muerte marcó un antes y un después en mi vida. Siempre la recordaré y la tomaré como ejemplo a seguir.

La información para escribir esta pequeña historia la obtuve de charlas con mis tíos, mi papá y mis propias experiencias y recuerdos de mi abuela.

En el momento de escribir me surgieron dudas y dificultades. Espero haberlo hecho en forma correcta y si no, ofrezco mis más sinceras disculpas. Muchas gracias.

IVONNE COROMOTO MENDOZA PADILLA

Barquisimeto, estado Lara.

7 de marzo de 2021.

Correos: ivonne\_13\_6@yahoo.es

ivonnecmp136@gmail.com

Números telefónicos: 0416-5529612,

0414-5082757 y 0412-2682360.

## ¡Merejo...! Ahora que andas lejos, te veo en el espejo

“¡Para qué quiero dos mudas, si un solo cuerpo tengo!”. Así de sencillo, austero y honesto era el abuelo Merejo. Tuve la suerte de convivir con él, aunque apenas fueron seis años. Trato en ellos de recordar y mirarlo en el espejo de la memoria, pues recibí cariño, amor, querencias y vivencias.

Mis recuerdos vuelan a lo lejos, al ordeño de la Chiricoca, donde el abuelo colocaba la teta de la vaca en un vasito para darme leche pura, alimento del alma que nunca olvido. La otra vaca tenía por nombre Corazón.

Pasan por mi mente, como viéndolas en un espejo, las faenas del campo y cuando íbamos rumbo al conuco, pues Merejo me llevaba a sus labores. Me colocaba una mapira pequeña en mis manos para que la llevara. Era el avío, la comida, y aunque la arrastraba por todo el camino lograba cumplir la meta. Él estaba feliz conmigo y yo con él.

José Hermenegildo Cruz era su nombre de pila. Convivía con Matilde, mi abuela, y sus hijos, mi madre Flora y sus cinco hermanos. Ellos me motivaban a recoger los huevos que las gallinas ponían debajo de un pequeño arbusto que tenía una mínima entrada, donde solo un niño de mi edad podía recogerlos. Eran muchos, por eso se utilizaba un pote de leche Klim a manera de

cesta. Así lo hacía con el rezongo insurrecto de siempre, diciéndoles: “Todo yo, todo yo”.

En las tardes recuerdo que Merejo picaba trozos de caña de azúcar para darme los gajos. También pelaba piñas y lechosas que él cosechaba para endulzarme la niñez.

Me comentó Yeo Cruz, mi tío, que una vez siendo niño iba él junto a su papá, Merejo, por un camino y les salió al paso un hombre de estatura mayor a la del abuelo, con un garrote en la mano, en pleno desafío. José Hermenegildo, habilidoso como era y respetado por sus ocho nudos en el garrote, que lamentablemente esa vez no cargaba, tomó el sombrero y se lo puso de venda en los ojos a aquel hombre, neutralizándolo, enseñando a su hijo Yeo que más vale la inteligencia que la fuerza.

Son recuerdos y anécdotas del abuelo allá en La Cuchilla, parroquia Santa Cruz del municipio Carache en el estado Trujillo, pueblito al cual llegó ya adulto, procedente del estado Lara, donde dejó dos hijos, Nieves y Andrés, ambos mayores que mi abuela Matilde.

Como buen larense y devoto de la Divina Pastora, estando en La Cuchilla, cada 14 de enero, el abuelo nos reunía en familia, prendía una velita a la excelsa patrona y nos explicaba el origen, la tradición, la fe, la devoción y lo milagrosa que es la Virgen. Su procesión se realiza por las calles de Barquisimeto, en una festividad multitudinaria donde se le rinde homenaje, se pagan promesas, se hacen actos de fe, todo un pueblo volcado en su manifestación religiosa. De allí que antes de llegar a la ciudad crepuscular, en la familia Cruz todos fuéramos devotos de la Madre Reina.

Después al pasar pocos años nos trasladamos a Barquisimeto, a casa de mi tía Nieves, debido a que el abuelo comenzó a enfermarse. Allí vivimos cerca de la comandancia de la policía en la calle 30, y todas las tardes el abuelo les decía con autoridad a mis tías Marlee y Jubilerma que me llevaran a pasear por la catedral.

Así fue siempre, hasta que mudados al barrio San Francisco en el año 1969, la hemiplejía, patología común en esa época, se lo llevó, dejando un gran vacío en la familia.

Ese día a todos los niños nos colocaron una cinta amarilla en el tobillo y sacaron el féretro alrededor de la casa con sus respectivos rezos y despedidas para luego ir al cementerio a darle cristiana sepultura.

Fueron seis años de calidad humana, enseñanzas, amores y felicidad, al lado de un ser humano con virtudes y defectos, pero que en mi caso siempre me demostró sus virtudes como un ejemplo a seguir.

Espero no haberte defraudado, Merejo, pues “ahora que andas lejos, te veo en el espejo”.

¡Dios te tenga en la gloria!



El abuelo Merejo

JESÚS ENRIQUE CRUZ  
Barquisimeto, estado Lara.

22 de febrero de 2021.

Correo: [jesuscruz2008@gmail.com](mailto:jesuscruz2008@gmail.com)  
Número telefónico: 0416-9593058.

# Mi Mama Josefa

Mi abuela materna vivió ciento quince años y murió tranquila. A esa edad, en la noche se comía una arepa con huevo y café y no le hacía daño. Su organismo se había alimentado toda su vida con productos sanos y sin transgénicos. Su nombre era Josefa Meléndez, pero le decíamos Mama (sin acento). De mi Mama tengo muchos recuerdos que Dios quiera no vaya a olvidar nunca. En mi casa su foto está en el centro de pared principal de la sala y rodeada con los símbolos patrios de nuestra amada Venezuela y del Libertador Simón Bolívar.

Cuando las visitas llegan a la casa, de una vez preguntan: “¿Quién es ella?”, porque les llama la atención que esté junto a los símbolos patrios. Es entonces el momento de expresar públicamente lo importante que fue ella en nuestras vidas, la de sus hijos, nietos, bisnietos, tataranietos, choznos y amistades.

Se daba a querer por ser dulce, jovial, servicial y decente. Conversadora como ella hay poca gente, llena de historias y de quehaceres que la fueron formando para enfrentar la vida con mucha paciencia, constancia, entusiasmo y mucha fe en lo que se proponía.

Mi Mama tuvo tres hijos llamados Cirilo, Hilario y Crisanto y una sola hija, mi mamá, que se llama Berta, la menor. Mi Mama les enseñó con mucha sabiduría todos los secretos de la vida, ya que provenía de una crianza de juegos y trabajos en las haciendas, y de atender a muchos peones y jornaleros, de abrir

el tranquero en las madrugadas, para que entraran los carros de mulas, y arrear ganado.

Esa era mi Mama, mujer de temple, recia, segura, firme, decidida, fuerte como un roble, suave como la seda y dulce como la miel.

Son muchos los recuerdos, aunque solo describiré algunos, principalmente los que se refieren a ella conmigo. Existen otros recuerdos de ella con mis hermanos, hermanas y demás familiares, que yo presencié.

Nací en 1956 y tenía unos cinco o siete años de edad en la década de los sesenta cuando ocurrieron los acontecimientos junto a mi Mama en el barrio La Feria de Barquisimeto. Ahí la brisa, proveniente del valle del río Turbio refrescaba el ambiente en los patios y alborotaba la tierra de los callejones.



Mama Josefa

Recuerdo que ella dormía conmigo en el mismo cuarto y algunas noches se originaban conversaciones. En una ocasión yo escuchaba ruidos en el techo de cinc y recordaba cuando mis hermanos mayores me metían miedo con los tuqueques que abrían la boca y sacaban una lengua largota para tragarse a la gente que no se dormía rápido. Entonces la llamé:

—¡Mama! ¡Mama!

—¿Qué pasó?

—¡El tuqueque me está llamando!

—Él no te está llamando a ti. Él está llamando a su esposa para que se vaya a dormir temprano...

Nos quedábamos dormidos escuchando al tuqueque y la siguiente noche la volvía a llamar:

—¡Mama! ¡Mama!

—¿Qué pasó?

—¡El tuqueque me está mirando!

—¡No, chico! Él está mirando hacia abajo, porque vio una cucaracha y se la quiere comer. Los tuqueques se alimentan con cucarachas...

Mi Mama, mi mamá y mis hermanas mayores se levantaban tempranito a cocinar, pero a mi Mama le gustaba cocinar en el fogón. Recuerdo que se sentía el olor sabroso de la avena cocida que ella preparaba porque le ponía papelón, vainilla, leche Reina del Campo, canela en concha, clavitos de olor, y conchitas de limón. El secreto de dejarla espesar, casi hasta quemarse.

Se escuchaba cuando ella les explicaba a mis hermanas la forma de cocinar la avena, pero ellas nunca lograron hacer una avena tan especial como la de mi Mama. En la mañana, uno de los primeros platos de peltre llenos de avena era para mí y de paso ella me daba la olla “encarbonada” para que la raspara, porque ella sabía que esa era la parte más sabrosa.

Una noche yo tenía tremenda diarrea a chorritos, pero la letrina o escusado quedaba al final del patio de la casa y me daba miedo ir porque estaba muy oscuro y me podían salir los duendes “sombrerudos”. Entonces mi Mama buscó una lata grande de leche Reina del Campo y me la puso para que yo defecara ahí. Al rato la llamé llorando porque me asusté al ver la lata llenita de excremento y derramada en el piso de tierra.

—¡Mama! ¡Mama!

—¿Qué te pasó?

—¡La lata se cagóóó!

—¡Muchacho tonto!

Todos mis hermanos y hermanas escucharon y al día siguiente se burlaban de mí repitiendo esa expresión: “La lata se cagóóó”, que hasta el sol de hoy todavía recuerdan y lo dicen cuando estamos reunidos en familia para alegrar el día.

Muchas veces en las mañanas tomábamos café con un pan que llamábamos guamero. Yo metía el guamero en mi media jarra de café y al ver que el guamero absorbía todo el líquido la llamaba hecho un mar de lágrimas:

—¡Mama! ¡Mama!

—¿Y ahora qué te pasó?

—¡El guamero me tomó el café!

—¡Muchacho tonto!

Eso era un gran chiste para mis hermanos mayores, pero nunca se reían delante de ella por temor de recibir unos cuantos cuerazos. Sin embargo, hacían un teatro en el patio con esos diálogos, representándonos a mi Mama y a mí.

Mi Mama tenía tres hijos más en la carrera 29 con 21, quienes se la llevaban por tiempos para esa otra casa, a la que le decíamos precisamente “la Otra Casa”. Mi papá y mi mamá, al ver que mi Mama me hacía falta, decidieron enviarme durante todas las vacaciones y luego varios fines de semana para allá.

En la Otra Casa también seguía durmiendo junto a ella y siempre acontecían cosas. Recuerdo que a ella le regalaron un perrito y yo le preguntaba repetidamente por el nombre del animalito. Ella me respondía vacilándome, con una bella sonrisa en sus labios:

—¡Mama!, ¿cómo se llama el perrito?

—¿Pa qué?

—¿Cómo se llama el perrito?

—¿Pa qué?

—¡Quiero saber el nombre del perrito!

—¡Bueno, te lo estoy diciendo! Se llama “¿Pa qué?”.

En ese instante me percataba de que mi Mama estaba jugando conmigo. En otra ocasión en que me estaba preguntando sobre lo que hacía los sábados y domingos allá en el barrio La Feria, me volvió a vacilar porque yo no pronunciaba bien la palabra “nosotros”:

—¿Qué hiciste el sábado?

—Fuimos a la hacienda a comer caña y melao con la señora Juana Chica y sus hijas y mientras cortaban las cañas *losotros* nos quedábamos un rato bañándonos en el buco.

—¿Y ustedes qué hacían?

—¡Bueno! *Losotros* nos bañábamos en el buco.

—¿Y ustedes qué hacían?

—¡*Losotros* nos bañábamos en el buco!

En ese instante ella me explicaba que se debe decir “nosotros” en vez de “los otros”.

Recuerdo que en la Otra Casa mi Mama cocinaba una olla grandota de caraotas todos los días, tanto para el consumo familiar como para venderlas en la bodega de Cirilo. Eran bien sabrosas, cocinadas en fogón y su olor se sentía a dos cuadras. Ella me decía:

—Enrique, tráigame otra leña.

Y yo corriendo iba a buscarla en el montón que había en el patio (porque también se vendía leña).

Cuando las caraotas estaban listas, ella me daba el primer plato a mí con tremenda arepota de maíz, y yo estaba de lo más contento.

Al rato se escuchaba desde la bodega que Cirilo decía: “¡Caraotas!”, y ella me enviaba a buscar la ollita de granos preparados que el cliente compraría. Ella la llevaba a la bodega porque estaban demasiado calientes para mí.

Por las tardes nos sentábamos a agarrar fresco en el patio y cuando alguien llegaba a comprar leña, si estaban los muchachos grandes, ellos las lanzaban por encima de la cerca de alambre de púa, y si no estaban, ella me mandaba diciendo: “Entréguele a ese señor tres leñas por ese huequito de la cerca y cóbrele tres lochas”. Y yo, alegre y con tremenda sensación de responsabilidad, cumplía su pedido.

Son tantos recuerdos con mi Mama que desearía repetir esos acontecimientos felices de infancia, llenos de mucho amor y aprendizajes.

JESÚS ENRIQUE PÉREZ MELÉNDEZ

Barquisimeto, estado Lara.

25 de febrero de 2021.

Correo: [jesusperezzero@gmail.com](mailto:jesusperezzero@gmail.com)

Número telefónico: 0426-2562888.

# Recordar de la abuela

Viejo, el barco intrépido y viajero  
cruzó el Atlántico fiero.  
Serían las cuatro de la tarde, y...  
atraca el Virginia de Churrusca en un naviero puerto.  
“¡Venezuela!”, se oía, entre los tantos viajeros.  
—¿Venezuela? Ay, madre santa. ¿Cómo serán en estas  
tierras?, decía, preocupada, aquella catalana, en su lengua...  
Bajaron por las rampas que colgaban entre cuerdas  
—¡*Basilía García Berenguer!* ...  
—¡Sí! Soy yooooo...  
Desde abajo voces le decían:  
—*Bina, bina, dona, Deus vols quart.*  
Antonio, su amor le decía  
traduciendo hoy su verbo:  
—Ven, ven, mujer, Dios te guarde...  
Ella, más hermosa que una angelita celestial,  
apeaba su último paso de aquel viejo vapor sin igual.  
Portaba la abuela en dos maletas todos los sueños por  
soñar...  
cartas de sus vecinas para darles a españoles de acá,  
cuadros y crucifijos, para la pared adornar,  
los papeles de matrimonio, porque se casaron por poderes  
con una venia papal...

—Ahora qué vienen mis recuerdos,  
sentaos, que os voy a contar...

Nací el 8 de enero en un pequeño hogar. Mi padre se llamó Antonio García y Encarnación Berenguer mi mamá.

Fui la más pequeña de cinco hermanas, y la más alta en verdad...

La abuela medía 1,67 m de altura; sus pies eran muy lindos, pero grandes, como verán: calzaba talla 42, aunque era toda una fémica al andar.

Pero dejemos que sea ella quien nos venga a contar, claro, desde el recuerdo hermoso, lo que en mis sentidos tiernamente sembró.

—Les decía que nacimos en un hogar pequeño de mi Barcelona magistral Carmen, Encarna, Antonia, Josefa “la Pepita” y yo, su madrecita y abuelita qué les habla, entre las letras de mi memorial...

Así pasaban las horas, los días, meses y su ingenuidad. Se colaban hasta vecinos para poderle escuchar, los incrédulos y los testigos que, con ella, vinieron a esta hermosa tierra a dejar... dejar lágrimas enterradas junto a sus años al transitar...

—¡Calla, hijo, calla!

Déjame continuar...

Fueron años muy duros, donde vivir era la prioridad.

Venían vecinas a verme,

porque no conocían a la mujer de Antonio Catalán,  
tal como le decían a mi esposo en todo lugar.

Pasamos años en Petaquire, Carayaca y Catia la Mar.

Bajamos a Caracas, donde mi primer hijo nació.

Pasamos a Ocumare, Santa Lucía y Siquire,

en aquella granja de gallinas, de animales

y de seres cariñosos, que marcaron mi identidad.

Las morochas Matilde y Martha, la maestra Isabel y Tomás, “la Negra” como le decía a mi primera comadre, que se llamaba

Simona, a quien le bauticé mi primer ahijado: mi negrito Juan Antonio, mi tesorito de purito corazón.

Ella se sentaba detrás de su tazón de Chocolate  
y hacía unos churros que pa qué les voy a contar.  
Llovían tenues lágrimas que nos hacían llorar.

Mis primeros amigos, repetía sin cesar...

—¡Sí, mis primeros amigos!

Amigos de verdad, ellos fueron: el señor Simón Ojeda y su esposa la señora Teolinda de Ojeda, y también la señora Pérez, la vecina sin igual; siempre tenía una sonrisa y un bocado para degustar, los Picci y los Orellana, José “el Negro” y José “el Portugués”...

—Ay, mijitos, ¿y cómo se llamaban los vecinos del caballo?

¡Los Sánchez, abuela!

—¡Esos! Ellos tenían dos hijos y un caballo que tenía sentimientos.

Saludaba a quienes les hablaban, bajaba su cabeza y se inclinaba,

a modo de reverencia...

Según fue su antiguo dueño el que le enseñó a saludar.

Pero segura estoy de que quieren es saber de nuestras vivencias

y no de la educación de un caballo  
que, por cierto, se llamaba “Don Juan”...

Tuvimos cinco hijos, dos nietos y cuatro nietas...  
tesoritos sin igual.

Mis años se apagaron  
con un cáncer pulmonar.

Me despedí de mis querubines el 29 de abril de 1995.

Reposo en el cementerio privado de Charallave, esperando a mi esposo, mis hijos, mis nietos, y toda la prole, para vivitos allí poder volverlos a amar.

Hice las remembranzas de la abuela de mis hijos... tus recuerdos, madrecita...

Todo es totalmente real, todos los personajes y los lugares también.

La abuela Basilia García Berenguer de Sáez murió añorando su Barcelona y Cataluña natal...



La abuelita Basilia García Berenguer y el autor hace setenta y tres años

JOSÉ ENRIQUE SÁEZ GARCÍA  
(bajo el seudónimo de JUAN JOSÉ BERENGUER)

Cúa, estado Miranda.

15 de febrero de 2021.

Correo: [josesaez0557@gmail.com](mailto:josesaez0557@gmail.com)

Número telefónico: 0414-1500956.

## Carácter fuerte, amor y nobleza

Una señora increíble. Se llama Ana Pastora Cordero Alvarado. Me siento orgulloso de tener una abuelita tan buena y tan excelente mujer.

Todos los días le agradezco a Dios de que tengo por abuela a una mujer luchadora, fuerte, trabajadora, inteligente y audaz.

Me gusta su forma de pensar, aunque a veces le cuesta un poco entender las cosas mías, pero sé que en el fondo lo hace y me lo transmite con el corazón; me comprende perfectamente.

Me agrada cuando me hace dulces: pavitas, pasteles, donas, churros, y sus mandocas me encantan.

Hace unos tequeños que no hay palabras para decir lo deliciosos que son; igual sus empanadas, que son mis favoritas.

Tiene un ingrediente secreto que nadie lo sabe, solo yo, y empieza con A y termina con R. Es tan buena cocinera...

A mi abuela le gusta mucho bailar. Es una gran bailarina, lo heredó de su papá, mi bisabuelo Rigoberto Cordero, que era capaz de bailar con las cuatro hijas durante muchas horas.

Mi abuelita ha sido una mujer incansable, trabajadora. Al haber sido madre soltera, desde muy joven tuvo que trabajar para mantener a su hija, mi madre. Realizó un curso de secretaria para poder criarla. Después estudió en la Universidad de Barquisimeto, ahí se graduó de contadora pública. Ejerció varios cargos en la administración pública.

Mi abuelita, como es la mayor de su familia, ayudó a criar a sus hermanas Elba, Marlene y Judith. También ayudó en mi formación y en la de Nathali Suárez, ahijada de mi mamá.

Tiene el carácter fuerte, pero un corazón muy noble. Le desagrada que la traicionen, si sucede es posible que hasta llore.

Ella es muy correcta, honesta y agradecida, demostrando su calidad humana. Siempre ayuda a las personas cuando necesitan algo y es muy buena amiga, aunque tiene pocas, pero dice que son sus amigas “del alma”.

En diciembre hace muchas cosas en la cocina. Me alegra cuando llega la Navidad porque ella hace hallacas, pan de jamón, ensaladas, perrito, pavo, gallina, galletas dulces... e invita a sus amigas para compartir con ellas. También convida a mis amigas y amigos. Todos la pasamos muy bien.

Mi abuela me celebra todos los cumpleaños, en donde se encarga de la comida y los dulces. Es muy buena anfitriona.



La abuela Ana Pastora

Me emociona cómo ella me ayuda hacer mis trabajos. Na guará, ¡ni se imaginan cuánto me ayuda! A veces tiene un carácter fuerte, pero al final vale la pena porque en las asignaciones, que yo hago gracias a ella, siempre obtengo muy buenas calificaciones.

Mi abuela es muy bonita. Me embelesa cómo se viste, es preciosa. ¡Dígame el pelo! Sus cabellos parecen los pétalos de una flor, las ropas parecen las hojas compañeras de esa flor, y los accesorios, la raíz detallada. Además es muy jovial, tiene un look moderno que la hace lucir como una millonaria.

A mi abuela le fascina hacer turismo, algo que admiro. Cada vez que hablo de los viajes que ha hecho, me encanta. Ha visitado muchos países: Brasil, Francia, Italia, Portugal, España, Panamá, Colombia, Argentina, Perú, también realizó un crucero por el Caribe, a Aruba y Curazao.

Todo lo de sus viajes me entusiasma, sobre todo la colección que tiene de objetos y materiales que ha traído de esos países que visitó. Me encantaría conocer esos países, claro, con ella.

Un día mi abuela se fue del país y yo lloré porque de verdad me hace mucha falta. Ese día dije: “¡Ojalá y algún día viajara con ella!”.

JUAN ALMARZA

Barquisimeto, estado Lara.

20 de marzo de 2021.

Correo: [juanandresalmarzagonzalez@gmail.com](mailto:juanandresalmarzagonzalez@gmail.com)

Número telefónico: 0426-7095670.

## Julia Torres, partera del pueblo



La abuela Julia

Nacida el 20 de diciembre de 1930 de la unión de Francisco Torres y Cipriana Aldana, en Campo Elías, estado Trujillo, Julia es la segunda de cinco hermanos: Victoria, Antonia, Carmen y Bernardo. Sus padres se dedicaban a las labores del campo, siendo ese el sustento de la familia.

La infancia la transcurrió en su pintoresco pueblo, de clima agradable, entre cafetales y paisajes adornados por el colorido de las hortensias, orquídeas y conejas de múltiples matices y aromas que perfuman el ambiente trujillano.

Su mamá Cipriana desarrolló el oficio de partera debido a que, para la época, el servicio de la salud era muy escaso y las vías de acceso eran solo caminos. Julia era su compañera cuando la buscaban en su casa para atender a las parturientas de los diferentes caseríos. Iban guiándose con una linterna, pues apenas podían ver el camino por donde transitaban. Esto despertó la

curiosidad e interés en la joven Julia por ayudar a las mujeres necesitadas en esos momentos difíciles.

Su oportunidad se le presentó cuando a su madre le llegó el momento de dar a luz a su hijo número cuatro y fue ella quien, a los doce años, la atendió para traer al mundo a su hermana Carmen.

A los catorce años se unió sentimentalmente a César Barrios, quien era en ese momento el maestro del pueblo. Tuvo a su primera hija, Coromoto, atendiendo ella misma su parto.

Posteriormente se separó de César, y continuó desarrollando sus labores de partera, con más destreza producto de la experiencia que alcanzaba cada día.

Conoce entonces a Jesús Ramírez y deciden formar una vida en pareja. De esta unión nacen dieciséis hijos de los cuales solo sobreviven diez (Sonia, Inocencia, Francisco, Ángela, Georgina, Juana Bautista, Guillermina, Zenaida, Nicolasa y Daniel). Todos sus partos se los atiende ella misma aplicando el siguiente método: se masajeaba la barriga con aceite tibio de coco o almendra para estimular y acomodar o poner en posición de salida al niño, previo consumo de unas “tomas” o brebajes.

Los partos eran en su mayoría de noche. A la hora del evento, Julia colocaba en el suelo una esterilla elaborada de la vena de hojas de plátano y una manta de fibra de cocuiza. La postura utilizada era en cuclillas. Así ella se atendía, preparaba sus hijos, cortaba y amarraba el ombligo, lo quemaba con la llama de una vela y en la base le colocaba carbón de pluma de gallina quemada. Cuando venían “ahogados”, les suministraba aliento de su boca con aroma concentrado de chimó.

A las parturientas después de expulsar la placenta les sobaba la barriga y les colocaba una tira de trapo (faja) alrededor de las caderas para sostenerles la matriz y evitar el prolapso. Les indicaba una dieta a base de caldos de gallina criolla, la carne solo

blanca y asada. No debían salir de su cuarto durante cuarenta días y menos mantener actividad sexual.

Orientaba a las mujeres a no exponer a los bebés al ambiente natural durante los primeros siete días. A los quince días de nacidos les daba a tomar dos o tres gotitas de aceite vegetal, que preparaba con tres dientes de ajo, para limpiarles la flema. Luego de eso los acostaba de lado.

Estas prácticas las aplicó a más de ciento veinte mujeres, entre ellas sus propias hijas, que atendió durante sesenta años. Su trabajo social de partera también lo desarrolló en el estado Portuguesa, municipio San Genaro de Boconoíto, donde se asentó hasta hoy.

Para el año 1970 en la medicatura rural de Boconoíto, previa evaluación del médico rural de su oficio de partera, le asignan un certificado de comadrona emanado por el Ministerio de Salud, y junto con el certificado un maletín contentivo de merthiolate, tijeras, guantes, pinzas, nitrato de plata, entre otros, para facilitarle la atención de los partos.

Actualmente ve con felicidad el haber recibido, gracias a sus conocimientos de partera, a hombres y mujeres de estos pueblos de los estados Trujillo y Portuguesa, para dicha de muchos.<sup>3 y 4</sup>

JUANA BAUTISTA TORRES

Cabudare, estado Lara.

15 de marzo de 2021.

Correo: [juanitorres62@gmail.com](mailto:juanitorres62@gmail.com)

Número telefónico: 0416-3501488.

---

3 Nota de la Compiladora: En la elaboración del relato también participaron Petra Liliana Díaz Torres e Inocencia Ramírez, nieta e hija, respectivamente, de la homenajeada Julia Torres.

4 Nota de la compiladora: La señora Julia Torres, partera por varias décadas, amerita ser reconocida por las autoridades de nuestro país, especialmente las del sector salud. Merece una condecoración como madre que se autoatendía en sus partos y como experta comadrona.

# Historia de mi abuelo

José Rafael Gibbs Caña nació aproximadamente hacia el año 1882 en Cumaná, estado Sucre. Fue hijo de un náufrago que, según cuentan, no hablaba español, solo se sabía que se apellidaba Gibbs. Su madre fue Elena Caña. Esto lo contaba mi bisabuela Carmen Deffendini de López, quien murió de 124 años, siendo la mujer más vieja de Venezuela.

El abuelo Caña, como le decían porque se molestaba si pronunciaban mal su apellido, fue el cura de la iglesia de Santa Rosa de Ocopi en el estado Anzoátegui, pueblito muy cerca de Anaco, donde conoció a su esposa, mi abuelita Julia. Ella iba a la misa acompañada de su ayo, un negro llamado Miguel, que le llevaba hasta la iglesia su reclinatorio. No faltaba un solo domingo a la misa.

Buena moza la catirita, así la describía su madre. Era una niña rubia de ascendencia italiana, de ojos inmensamente azules. Poco a poco, y con el tiempo, se fueron gustando, hasta que el abuelo un domingo después de dar la misa, ya en la tarde como de costumbre, fue a visitar la casa, esta vez con la excusa de saber cómo estaban. Ese fue el momento donde le confesó a mi bisabuela Carmen que estaba enamorado de su hija.

Mi abuela aceptó el compromiso, pero le pidió que la respetara. Tuvo además que viajar a Caracas y pedir permiso en la casa del episcopado y solicitar ahorcar la sotana, para poder pedir formalmente la mano de su enamorada.

Según mi bisabuela pasaron casi dos años en los trámites, mientras tanto la visitaba con mucho respeto. Nunca se le vio señales de enamoramiento para evitar murmuraciones y proteger la integridad de mi abuelita Julia.

Ya para la época mi bisabuela había quedado viuda. Su esposo luchó al lado de los patriotas y estaba orgulloso de haber conocido a nuestro Libertador Simón Bolívar.

Llega el momento de pedir en matrimonio a mi abuelita Julia. Se arregla el compromiso con testigos y fecha para el casorio. Una vez casados se van a vivir para Aragua de Barcelona, donde trabaja como maestro, ya era un señor muy preparado.

Mi abuelita sale embarazada y se van de nuevo a Santa Rosa donde nació mi madre, Aída Josefa. Pasados dos años nace en Cumanacoa su segunda hija, María Concepción. Allá ejerce otros oficios como el de barbero y consejero. La biblioteca de Cumanacoa lleva su nombre.



El abuelo José Rafael

Dos años más tarde nace, en Aragua de Barcelona, su tercera hija, Fanny Josefina. Luego se van a vivir a la isla de Margarita

(estado Nueva Esparta) y ahí nacen otros dos hijos: Judith Josefina (por ella llevo ese nombre) y José Rafael. Ambos mueren siendo muy pequeños.

Con el tiempo, regresan a Cumanacoa. Tenía mi madre Aída once añitos cuando muere mi abuela Julia, dejando a aquellas criaturas en manos de su padre y su abuela. Él se desentiende de aquella responsabilidad y al poco tiempo se casa con una señora llamada Josefina, Josefina Gibbs.

Una vez casado se traslada a Caracas con su nueva esposa para criar a un hijo de Josefina llamado Moisés Campo, a quien recuerdo. Se instalan en Casalta, rondaban los días finales de 1947.

El abuelo Caña se convirtió en espiritista. Se negaba a que me bautizaran y tuvieron que hacerlo a escondidas con el cuento de sacarme a pasear. Así me llevaron a la iglesia de la Candelaria y hubo el sacramento. Sin embargo, él murió inocente de ese acto.

Yo lo recuerdo, era un señor muy alto y moreno. Tenía una hermana ciega, (que falleció mucho después de él), también muy alta.

Recuerdo una vez que yo lo estaba peinando y le enredé el peine en su cabello. No tengo memoria de nada más, solo lo que me han contado mis familiares: la abuela Carmen, mi madre y sus hermanas, y la poca vivencia que tuve cerca de él.

El 2 de febrero de 1952 fallece de un cáncer en la ciudad de Caracas. Son recuerdos que llevo en mi mente. Me hubiese gustado tener más información para poder compartirla en este libro *Tiempos del yomeacuerdo*.

Infinitas gracias.

JUDITH RODRÍGUEZ GIBBS

Caracas, Distrito Capital.

17 de marzo de 2021.

Correo: judithgibbs2@gmail.com

Número telefónico: 0414-0677471.

# La colcha de mil colores de la abuela Marta

Esta es una historia real que ocurrió en varios lugares pintorescos de un país llamado Venezuela.

Les contaré un cuento sobre una señora alta y delgada, de senos predominantes, piel morena, pelo lacio, color negro azabache, ojos negros, mirada penetrante, nariz prominente, temperamento recio y de pronunciados rasgos indígenas, propios de la etnia ayamán.

Se dice que el pueblo ayamán habitaba a lo largo del municipio Urdaneta y el resto del estado Lara. María Martina Álvarez nació en el año 1900 y fue criada en una de estas aldeas, ubicada en zona árida, rodeada de tierras rojas, cundidas de nidos de bachacos, llamada Aguada Grande, que paradójicamente, ni tenía agua ni era grande. A nuestra abuela materna acostumbramos llamarla Mamá Marta.

Al indagar en la historia de la abuela, encontramos que era descendiente de ayamanes, quienes, al igual que ella, resolvían sus necesidades de alimentación con el cultivo de la tierra. De los conucos obtenían el maíz, la yuca, la batata, el ñame y otros tubérculos y granos.

También se cuenta que aprovechaban la abundante presencia de animales, por lo que practicaban la cacería de venados, conejos y aves. Del territorio habitado recolectaban el fruto de

ciertos vegetales silvestres (para complementar sus alimentos) como datos, lefarias, guanajos, buches, cotoperís, mamones y semerucos.

Del cocuy, planta xerófila de la zona, aprovechaban la cabeza y las pencas, las cuales horneaban para el consumo, y que además les servían para la preparación de una bebida espirituosa. A mi abuela Marta nunca le gustaron las bebidas espirituosas, solo consumía la chicha de maíz fermentado.

El físico de la abuela Marta coincidía, en gran parte, con la estructura corporal y rasgos de los indígenas que habitaban gran parte de la región lareense. Sin embargo, sus ancestros habían sido personas de baja estatura. Esta característica no era propia de la abuela, quien se mostraba muy orgullosa de su estatura, así como de su cabellera lisa, larga y con pocas canas. Su cabellera la mantenía recogida en un moño, sostenido con una peineta de carey color marrón claro. Los indígenas ayamanes eran bastante lampiños y mi abuelita también. En eso sí se les parecía.

Mamá Marta vivió con la fama de enfadarse fácilmente. Siempre me preguntaba la razón de esta manera tan particular de ser, tan brava y mal encarada. Cuentan que cuando niña no era así, que vivió con plenitud su niñez y adolescencia. Su infancia la transcurrió felizmente, en compañía de sus padres y hermanos en el caserío del Turagual, en una casa de bahareque que habitaban, entre corrales de chivos, gallinas y puercos, que sus padres criaban para alimentar a la familia.

Vivió una buena parte de su vida entre cardonales y cujies, dátiles, jojotos y cotoperies, haciendo frecuentes caminatas entre las serranías y los caseríos del lugar.

Durante su adolescencia (recién cumplido los trece años), Mamá Marta se enamoró de un apuesto y varonil muchacho de un poblado cercano y se fue a vivir con él al caserío Las Flores. Con este muchacho procreó una familia conformada por siete hijos (tres varones y cuatro hembras). Fue muy respetada por

sus hijos, nacidos del amor compartido con su compañero de vida, de nombre Ezequiel Vargas.

Pero ocurrió que mamá Marta quedó sola muy joven, al enviudar más pronto de lo esperado. Ezequiel murió trágicamente, a temprana edad, aplastado por un árbol de tronco grueso y frondosas ramas, que estaba en los linderos de su conuco.

El dichoso árbol (que brindaba mucha sombra) lesionaba el crecimiento y desarrollo de los sembradíos de yucas, ñame, quinchoncho, auyamas, batatas y maíz, que el abuelo acostumbraba cultivar. Entonces fue a realizar la tarea de talar aquel enorme árbol, pero se descuidó. No se percató del peligro que enfrentaba al realizar esa peligrosa faena sin tomar las precauciones correspondientes.

Se encontraba entretenido silbando una tonada llanera dedicada a la india María Laya, que intercalaba con una rancherita, memorizada en la época en que enamoraba a la abuela, llamada “Cielito lindo”. Sin darse cuenta, el frondoso y pesado árbol cedió antes de lo esperado al rítmico golpe del machete, se le vino encima y lo aplastó, quedando atrapado debajo.

Al oír sus quejidos, Pedro, su hijo mayor, fiel compañero de la jornada diaria, trató de ayudarlo, pero no pudo levantar el pesado tronco. Era un muchacho todavía, por lo que salió corriendo asustado hasta la casa de la abuela. Iba muy rápido, como ánima que lleva el diablo.

Desde el amplio corredor, se podía visualizar el tierrero que levantaba Pedro con el movimiento de sus pies. Al escuchar sus gritos, cuentan que la gente de la casa se aglomeró en la entrada para esperar la llegada del muchacho. El rostro de Pedro era fiel reflejo de la noticia que traía.

Escoltada por sus hijas, la abuela, confundida con tanta algarabía, salió apresurada de la cocina. Cuando escuchó la trágica noticia que portaba Pedro, se llevó las manos a su cara y las bajó,

poco a poco, hasta su pecho. Fue un instante de dolor agudo en su amante corazón. La palidez de su rostro reflejaba el inmenso dolor que la invadía.



La abuela Marta

La trágica noticia fue un duro golpe para Mamá Marta. Aturdida, se llenó de valor, se quitó el pañuelo negro que tenía amarrado en la cabeza, se aliso el cabello, que recogió en un moño, detrás de la nuca, como era su costumbre; se sacudió el camión que tenía puesto, se puso sus únicos zapatos de suela y cuero negro y emprendió el camino hacia el conuco. Llevaba consigo la esperanza de prestarle, a su compañero de vida, la ayuda necesaria.

La abuela Marta conocía de pócimas y brebajes naturales, que le enseñó su fallecida abuela. Al llegar al conuco encontró a Ezequiel inmóvil, tirado en el suelo, casi inconsciente. No pronunció palabra: los continuos quejidos de Ezequiel rompían el silencio que reinaba en el verde sembradío.

Los venados, conejos y lagartijas, especies de la zona, observaban en silencio, desde lejos. De sus miradas curiosas parecían

brotar lluvias de lamentos. Fue muy poco lo que pudo hacer la abuela Marta, allí no resultaron sus conocimientos ancestrales. Rápidamente, improvisó una camilla con parte de la madera del árbol y un chinchorro, raído por el uso, y lo trasladó, con ayuda de sus hijos, hasta la casa.

A pesar de sus amorosos cuidados, a los dos días, delirando por la fiebre, entre quejidos y lamentos, su adorado Ezequiel estaba muerto. Cuentan que la tristeza y frustración de Mamá Martha fue tan grande que ese día perdió la risa. No se le vio derramar una sola lágrima. Vestida de negro, forrada de pies a cabeza, la abuela tenía que dar ejemplo de fortaleza a sus siete hijos, especialmente a los tres varones Leonidas, Cirilo y Pedro, a quienes ordenó, con voz firme y fuerte: “¡No vayan a estar llorando en el velorio de su padre, porque los hombres machos no lloran!”.

Se cuenta que aquel día, los tres hijos acataron callados su mandato. Escondieron el dolor que amenazaba brotar de sus heridos corazones. La impotencia los embargaba por haber perdido al sostén de la familia y heredado todas sus responsabilidades. Fueron momentos duros de enfrentar por la familia. “Ustedes son hombres”, les repetía la abuela a cada rato, cuando veía flaquear sus sentimientos. Eran varones y debían demostrar su fortaleza ante la insustituible pérdida.

Se conoce que el entierro de Ezequiel fue acompañado de un puñado de lamentos que pudo oírse a lo largo y ancho de la casa y esparcirse, como nube de viento, hasta los senderos de la cercana montaña. Pasado el momento, Mamá Marta cuidó de que su memoria fuera venerada por toda su descendencia, pero, a partir de entonces, la amargura y frustración de hembra enamorada acompañaron siempre la vida de la abuela.

Transcurría el tiempo entre los quehaceres de la casona y la jornada en el conuco cuando comenzó la desarticulación de la familia. Aconteció que parte de los hijos se fueron enamorando

y buscaron conformar nuevos grupos familiares. Los hijos mayores, que habían asumido la responsabilidad de la manutención de la casa en un principio, emigraron, poco a poco, de su lugar de origen. Así, la abuela se fue quedando sola con los hijos pequeños y se vio obligada a vender sus tierras y las pocas posesiones que tenía en el caserío de Las Flores.

Esa fue la razón por la que Mamá Marta tuvo que abandonar su casa, sus recuerdos, sus vivencias. La abuela inició su trajinar. Ya no tenía casa propia y esa nueva costumbre no le gustaba mucho. Compartir habitación con las familias de sus hijos le resultaba ingrato. Ella era celosa, muy posesiva y aspiraba continuar ejerciendo el matriarcado sobre los hijos varones.

Al tiempo, ya cansada de trajinar para allá y para acá, se vio obligada a tomar la decisión de regresar a los antiguos predios, donde había vivido su niñez y parte de la adolescencia. Así fue como terminó de nuevo en el caserío del Turagual, donde habitaban todavía sus ancianos padres.

Desde ese momento, retomó sus labores hogareñas, el cuidado de los animales, la recogida de chamizas, el cultivo de las plantas medicinales y de las matas de flores que aún permanecían vivas en las cercanías de la casa. Volvió a estar en contacto con los áridos terrenos de la zona y a sentir, en carne propia, la ausencia de agua fresca, que para consumir debía cargar en una tinaja de barro, colocada en su cabeza y apoyada en un rodaje de tela gruesa.

El preciado líquido lo recogía de una quebrada de agua cristalina que brotaba de la cima de un tupido cerro. A la abuela le gustaba sentarse un rato a disfrutar de su sonido mientras corría, ladera abajo, entre piedras y matorrales. La tinaja con el agua era pesada, pero la abuela, con su diestro caminar, equilibraba la carga, que por momentos la hacía tambalear hacia los lados. Esa rutina diaria la mantenía fuerte y sana.

Cada cierto tiempo interrumpía sus labores hogareñas y repetía su transitar desde la casa de sus padres hasta la de María, quien vivía a unos cuantos kilómetros o leguas de camino, en una hermosa hacienda de ganado. Hasta allí iba la abuela, pateando polvo, llevando sobre sus hombros la pesada carga de su amor perdido.

En la hermosa casona de la hacienda la esperaban los retoños de María, muchachada que semejava una escalera de diez escaños, diferenciados por tiempo y tamaño. Todos, en la casona blanca, esperábamos impacientes la acostumbrada visita. Su llegada era un acontecimiento que toda la familia festejaba, aunque para algunos de los muchachos, los más tremendos, representaba las constantes llamadas de atención, los castigos y las jaladas de orejas de la abuela.

Daba gusto ver a Mamá Marta cuando se acercaba a la casona. Aparecía en el camino de tierra que desembocaba en la entrada de la casa. Llegaba muy sudada, con su ropa cubierta de polvo del camino, con las cejas y las pestañas blancas. Saludaba con voz clara, algo seca, echaba la bendición a su hija y nietos, aunque, casi nunca, su cara reflejaba un sentimiento de alegría.

Acostumbraba traer dulce de leche, caramelos de coquito y el famoso pan de Aguada Grande, delicias predilectas de los muchachos de esa época. Aún la recuerdo, entrando a la inmensa casona de tejas coloradas y pintada de blanco, con su tapara de agua dulce, a cuestras, y dos marusas de cocuiza colgadas de sus hombros. Con una de sus manos apretaba con fuerza una gallina gorda y negra, con sus patas y alas amarradas. En la otra, agarraba, con mucha destreza, un garrote de vera encabullado, que usaba para librarse de los males del camino.

En las dos marusas organizaba cuidadosamente olorosas cachapas, batatas frescas, acemitas, una mano de cambures, entre maduros y verdes, y las sabrosas arepas peladas, rellenas de

huevos revueltos o perico, cuidadosamente envueltas en papel de bodega.

Era un ritual muy esperado la repartición del pan de Aguada Grande, en especial por la habilidad de la abuela para repartir en partes iguales el deseado pan, y nosotros saborearlo acompañado de un vaso de leche de vaca recién ordeñada. Así iba trascurriendo el tiempo de la abuela en la hacienda entre atenciones a sus nietos, supervisión de los oficios diarios, brincos, regaños, cuentos y algarabías de los muchachos.

Las vivencias compartidas en la casa de la hacienda representan escenas imborrables. Los juegos cotidianos de los niños, durante el día, eran interrumpidos por las llamadas a comer de la abuela. Las blanquitas y humeantes arepas que tendía, acompañaban caraoatas refritas, huevos revueltos, queso rallado y el cremoso suero o la crema de leche, elaborados por las manos de María.

Por las noches, ante la ausencia de luz eléctrica, prendíamos lámparas de kerosene o simplemente nos alumbrábamos con la luz de la clara luna. El hermoso cielo estrellado nos permitía competir para ver quién visualizaba más estrellas fugaces, contar adivinanzas o escuchar los famosos cuentos de la abuela.

## **La hora de los cuentos**

Muy concurridas por la chiquillería de la hacienda eran las noches de cuentos de la abuela, quien disfrutaba, junto a sus nietos, de los encuentros nocturnos. Acompañaba sus narraciones con sugestivos gestos, elevando o disminuyendo el tono de su voz cuando la situación narrada lo ameritaba. Sabía contar magistralmente cuentos de la Llorona, el Silbón, el Muerto sin Cabeza, el Leñador, los duendes y otros tantos, que nos deleitaban, pero que a la vez estimulaban sensaciones de miedo,

terror, o angustia. Nunca le oí contar cuentos sobre Caperucita Roja y el Lobo Feroz o Pulgarcito. Esos cuentos infantiles no eran propios del campo, los conocimos viviendo en la ciudad.

Todos los nietos junticos nos cobijábamos bajo la falda de la abuela, que permanecía imponente, sentada en una silla hecha de cuero de vaca. Muchas veces, los más pequeños amanecíamos trasnochados, sin haber podido pegar un ojo, temiendo que aparecieran esos seres imaginarios, emanados de la cultura popular o inventados por la mente creativa de la abuela.

Fueron muchas noches en las cuales nos levantamos y nos pasamos a la hamaca de un familiar adulto para conciliar el sueño. Superado el susto, repetíamos la sesión noche tras noche, aprovechando la visita de la abuela.

## **El Día de los Muertos y el Día de los Santos**

Imposible de olvidar la esperada celebración del Día de los Muertos y de los Santos en la casa de la hacienda. Había un cuarto especial para difuntos, donde se les rendía homenaje. La abuela Marta se encargaba de supervisar el arreglo y ubicación de las mesas y de las bateas de pulida madera, donde se colocaban las frutas y los manjares. Estaba también pendiente de las latas de manteca donde eran ubicadas las macetas de flores.

Destacaba a simple vista la armonía de las bateas cargadas de manjares y de cambures guineos, topochos, titiaros y manzanos; lechosas, naranjas, guanábanas, limones, lefarias, dátiles, guanajos, buches, cotoperices, mamones y semerucos. No podía faltar el arroz con leche, la mazamorra de maíz y los buñuelos de yuca con miel; ni las tres jarras de agua fresca, con sus seis vasos de vidrio, el jugo de semeruco y el termo de café negro, con sus tacitas de peltre, para saciar la sed de los difuntos.

En el Día de los Difuntos el olor a frutas frescas atraía a los muchachos que, de vez en cuando, lograban sustraer alguna,

especialmente los cambures o naranjas, y escapar corriendo del lugar. La abuela, a pesar de cuidar con mucho celo la pieza, no lograba descubrir el robo inocente. Algunos de los nietos, en especial las hembras, sentían temor de verse involucradas. Sentían un mayor respeto por la abuela, quien, con su tono autoritario, repetía: “El homenaje y el banquete es para alimentar a los difuntos, se debe respetar, ya que ellos vienen caminando desde lugares muy remotos a saciar su hambre y su sed”.

El Día de los Santos era momento de fiesta para toda la familia. Estaba permitido consumir los alimentos que, supuestamente, habían sobrado. Algunos comensales expresaban: “Esta comida está simple, muy desabrida. Los difuntos se comieron su sabor”.

Pasado el homenaje, la abuela regresaba a la casa de sus padres por el camino de tierra, empuñando en una mano el garrote encabullado y cargando las dos marusas de cocuiza, pero esta vez llenas con una tapara de suero, queso de vaca, café en granos y dos botellas de leche fresca.

## **La mudanza de la casa de la hacienda**

Transcurridos algunos años la muchachada de María creció y debió iniciar estudios. La preocupación de sus padres apremiaba, ya que en el caserío donde estaba ubicada la hacienda solo había una escuelita de primer grado. La decisión fue trasladar la familia a otro lugar donde, además de existir escuelas, estuviera viviendo algún familiar.

Se organizó la mudanza y atrás quedó el nido familiar. Renunciamos, con dolor y llanto, a la vida en la casa de la hacienda para irnos a vivir a la ciudad de Barquisimeto. En la mudanza obligada cargamos los corotos, las gallinas, el maíz y las caraotas; y, sentada, en la parte de atrás de un viejo camión de estaca, vino también la abuela Marta.

Fue difícil acostumbrarnos a la nueva vida. La casa donde llegamos era pequeña y de limitado patio. Para la abuela Marta fue muy difícil renunciar a sus caminatas diarias por los predios de la hacienda. Pero todas las limitaciones desaparecían cuando se reanudaba la hora de sus cuentos y adivinanzas. Así fue transcurriendo su vida en la casa de la ciudad, hasta que, cumplida su labor de acompañante, su corazón de ave golondrina le anunció que debía retornar a sus antiguos predios.

Así fue como la andariega abuela retomó su costumbre de ir y venir, desde diferentes casas y poblados, hasta que el hijo menor le compró una casa en un barrio de Barquisimeto. La acertada decisión le devolvió la tranquilidad a Mamá Marta, quien volvió a tener una casa propia. Desde el primer día en que habitó su nueva casa tomó la decisión de ponerla bonita: la pintó de azul marino, parecida a la de Frida Kahlo; se encargó de limpiar el inmenso patio de tierra, que luego fue sembrando de algunas plantas de variadas formas y colores.

Guardaba las semillas de las frutas que se comía, mamón, mango y aguacate, y las sembraba en pequeñas latas. Cuando las plantas alcanzaban el tamaño adecuado, las sembraba en su patio, cuidando de que la luz del sol las arrojara. Transcurridos los años daba gusto mirar su hermoso patio plantado de árboles frutales, que brindaban sombra y frescura a la casa azul de la barriada.

En ese lugar, entre el sancocho de gallina y las arepas de maíz pilado, preparadas por sus manos, la casa azul de la barriada, con su acogedor patio, se convirtió en el lugar de encuentro familiar cada semana.

## El ritual de la limpieza de la abuela

La abuela Marta fue una mujer muy pulcra. Parecía más una manía que un hábito. Le encantaba bañarse muy temprano y lavar su lacia cabellera con jabón azul de panela; vestir su ropa almidonada, bien planchada, entalcarse su cuerpo, peinarse y recoger su cabellera con peinetas de carey, color marrón o negro.

Luego de desayunar lavaba los corotos y los acomodaba en una pequeña platera de madera, aseaba la cocina, y se ponía a barrer toda la casa. Dedicaba mayor tiempo a limpiar el patio de tierra, ubicado al final del corredor, que rociaba con agua para evitar levantar polvo.

Aprovechaba el frescor de la mañana para dar de beber a sus amadas plantas. Allí, en ese hermoso patio, crecían con libertad las plantas y árboles plantados por sus manos. No permitía que nadie los tocara ni arrancaran sus frutos. Si alguien lo intentaba, decía con voz imperativa: “¡La gente tiene mala mano y las mata!”.

## La tinaja de agua y los sostenes de la abuela

En la casa de la abuela había un tinajero y una totuma hecha de tapara para el consumo de agua. Era costumbre de la abuela no permitir que otra persona le sopeteara el agua ni usara su totuma. Muchas veces repetía, para que todos la oyéramos: “La gente carga muchos microbios y nos contagian sus males”.

Cosa curiosa, una de esas tardes de charlas y juegos en el patio de la casa visualizamos los enormes sostenes blancos de la abuela, marca Leonisa, talla cuarenta, tendidos en una cuerda de alambre. Su blancura y firmeza impactaban, parecía que los tenía puestos, destacando lo rígida y dura que estaba la tela bordada. Ese día descubrimos que la abuela Marta almidonaba sus sostenes.

## La chicha de maíz

Otro evento esperado en la familia era la preparación de la chicha de maíz. Era un ritual especial, digno de observar. La abuela escogía, lavaba y remojava el maíz blanco, de dientes enteros, los días previos a la Semana Santa o al mes de diciembre. Al día siguiente lo cocinaba hasta que estaba muy blando, lo dejaba enfriar y lo molía, a mano, con su molino Corona, y luego lo remojava en agua fresca. Mandaba a comprar dos metros de liencillo blanco, que también almidonaba.

Era impresionante verla tumbar la mesa de planchar y amarrar la tela de liencillo de cada una de las patas. Cuando se aseguraba de que la tela estaba firme empezaba a colar la mazamorra, hasta eliminarle todo grumo o residuo de maíz, que desechaba. C culminado el tamizado, lo colocaba en una tinaja de barro, mezclado con agua de papelón y lo tapaba, usando el pedazo de liencillo. La espera era de siete días para que la chicha se “enfuertara”. Al final le colocaba más agua de papelón para endulzar y, en caso necesario, clavos de olor y la canela. Allí culminaba su trabajo.

## Las mantillas de la abuela

La abuela Marta era una mujer pobre, pero de sobrada elegancia, cintura alta, caderas anchas y piernas largas. A mi abuelita le encantaba que le regalaran mantillas para ir a misa los domingos. Eran velos de variados encajes y colores, tejidos o bordados, con finos hilos plateados o dorados, importados desde España. Tenía varias, unas nuevas, otras más deterioradas, con algunos orificios, que ella remendaba.

Cada domingo, antes de asistir a la misa, elegía la mantilla más hermosa, casi siempre era una negra bordada con hilos color plata, y se la colocaba en la cabeza. De igual manera,

seleccionaba, entre las menos deterioradas, las más bonitas y se las prestaba a las nietas más queridas. A la iglesia, decía, “se debe asistir con la cabeza y los hombros tapados, si no, se irrespeta a Dios”. Las otras nietas, que no gozaban de su preferencia, usaban las más remendadas. ¡Qué cosa tan grande, que hasta al prestarnos las mantillas, Mamá Marta discriminara!

## **Colcha de colores**

Mamá Marta se dedicaba a reunir retazos de telas de diversos colores y los colocaba en una cestica de mimbre de color marrón, que se había traído de su casa materna. Era admirable verla ir clasificando y cortando los retazos de tela, simulando formas de figuras geométricas, que no conocía, y uniéndolos con una cuidadosa costura a mano, paciente y sabia, usando para ello los hilos ensartados en una aguja de ojo grande y punta fina. Se cuidaba mucho de no pincharse, colocando un dedal de metal plateado en su dedo medio. Cuando terminaba de unir los retazos de tela forraba la colcha de colores con un pedazo de tela unicolor.

Era un sueño entrar al cuarto de la abuela y mirar su cama, cobijada con una de sus colchas de colores y tendida sin ninguna arruga, simulando un crucigrama de olores y colores. Su cama era muy respetada, no le gustaba que nadie la utilizara.

## **El alisado de la ropa, una técnica ancestral**

Cuando la abuela planchaba, daba gusto observar la técnica que usaba. Luego de bañarse y desayunar, separando la blanca de la de colores, las rociaba con agua almidonada, las enrollaba y las colocaba en una ponchera grande, de peltre, una al lado de la otra, para que se terminaran de humedecer. Seguidamente, colocaba sus dos planchas de hierro sobre el budare caliente.

La abuela Marta era muy meticulosa: cuidaba que la plancha estuviera limpia y caliente antes de pasarla sobre la pieza seleccionada. De vez en cuando verificaba que el nivel de calor fuera adecuado, mojando su dedo medio con un poquito de saliva o de agua y tocando la superficie de la plancha caliente. Si al colocar el dedo se producía un ruido o especie de chasquido, el calor de la plancha era evidente. Si no se producía ningún chasquido, la devolvía al budare para que terminara de calentarse. Su obra quedaba terminada cuando las prendas eran colocadas en los ganchos correspondientes y trasladadas a los dos escaparates de madera ubicados en los cuartos de la casa.

### **Las visitas de la abuela**

María Martina Álvarez mantuvo la costumbre de sus visitas periódicas a la casa de María. Ya estaba sesentona y había adquirido las costumbres de la ciudad. Llegaba, muy temprano, muy bien trajada, con su cartera negra colgada de su hombro derecho, calzada con zapatos negros, muy limpios, brillantes, y sus medias de nylon enrolladas hasta la rodilla.

En ocasiones, asumía, con propiedad, su rol de señora de la casa. Mantenía la disciplina, vigilaba que la comida estuviese lista; estaba pendiente de la limpieza de la casa y del religioso lavado y planchado de la ropa, especialmente de los uniformes escolares. Supervisaba la asistencia a la escuela y al liceo y velaba por el correcto comportamiento de sus nietos.

Durante los períodos de visita ocurrieron variados incidentes, algunos jocosos, otros dolorosos, de los cuales contaremos solo cuatro que, unidos a los contados en los párrafos anteriores, tejen la colcha de colores de la abuela Marta.

## La olla de quinchonchos

Un día, Mamá Marta montó una olla de quinchonchos para el almuerzo. Antes de irnos a la escuela me pidió revisar la sopa para ver si los quinchonchos estaban blandos, y los sentí muy duros; les coloqué algo de aliños verdes, una cucharadita de soda (carbonato de soda) y los tapé. Al mediodía, luego del regreso del liceo, revisé de nuevo los quinchonchos que aún seguían duros.

Debido a que se acercaba la hora del almuerzo les coloqué una cucharadita adicional de soda, los aliñé y tendí las arepas.

Ese día almorzamos todos juntos y comentamos lo sabrosa que estaba la sopa. En horas de la tarde, las tripas empezaron a sonar y mi papá, los nietos y la abuela iniciamos un viacrucis de visitas al baño, unos detrás de otros.

Confieso que, entre risas, dolores de tripa y viajes de tobos de agua para asear la poceta, transcurrió la tarde y parte de la noche de la familia. La abuela, apenada, me preguntó qué le había colocado a la sopa, además de los aliños. Le respondí que una cucharadita de soda. Se santiguó y confesó que ella también lo había hecho. Nunca dije que fueron dos cucharadas. Ese día no me regañó, sino que asumió la culpa compartida del mal de barriga ocasionado por colocar demasiada soda a la sopa de quinchonchos.

## El rostro sin arrugas

Transcurría uno de esos días caracterizados por los llamados de atención de la abuela, ocasionados por mi terca rebeldía para realizar a diario las labores domésticas, mientras mis hermanos varones no hacían nada. De pronto me detuve a mirarla y se me ocurrió preguntarle: “Abuela, ¿por qué si eres tan vieja, no tienes arrugas en la cara ni canas en el cabello?”. Ella calló

por un momento y permaneció de pie mirándome fijamente. Luego, dijo, con voz lacónica: “Usted se calla, a los mayores no se les interrumpe cuando hablan”.

Terminó su regaño con las siguientes palabras, lapidarias para mí y en defensa de mis hermanos: “Los varones se respetan, ellos no deben hacer labores de la casa, porque los hombres valen más que las mujeres”.

## **La mortaja de la abuela**

Al final de sus días, Mamá Marta estaba muy disminuida y le costaba caminar. Permanecía sentada en una silla de mimbre o acostada en una hamaca, colgada de una mata de mango, en el patio de la casa. Allí le gustaba sentarse a coger fresco y a recordar su vida pasada.

La abuela, a pesar de haber sido una mujer muy sana, al final de sus días sufrió de una enfermedad llamada arteriosclerosis, conocida como la enfermedad del olvido, que la volvió muy pensativa y poco comunicativa. Perdió la noción del tiempo. Murió, con mucha paz, el 21 de febrero del año 1973, a la edad de setenta y tres años.

Su cuerpo fue velado en la sala de su casa, vestido y sepultado con una mortaja blanca bordada con encajes y cosida a mano, con hilos brillantes de color perla. Era un traje elegante, diseñado para ese momento, de tela de seda, falda ancha y mangas largas, que le cubrían todo su cuerpo. Confeccionada según sus indicaciones. Su rostro se veía reposado, su cabellera suelta. En sus manos empuñaba un crucifijo. Parecía que una sonrisa iluminaba su cara.

Hoy, transitando la edad madura, recuerdo a Mamá Marta con inmenso respeto y afecto. He logrado entender que la ausencia de sonrisas fue por la partida temprana del abuelo. Es por ello que esta historia finaliza con un sentido homenaje a

su memoria, y tejo, con retazos de sentimientos, una colcha de afectos dedicada a su memoria.

Pido que su sabiduría ancestral, herencia de su pueblo ayamán no se pierda, que se conserve en la memoria de la gente, derivada de la lectura de este sencillo cuento, titulado: “La colcha de mil colores de la abuela Marta”.

MARI SOL SÁNCHEZ ÁLVAREZ

Barquisimeto, estado Lara.

21 de febrero de 2021.

Correo: marisolsanchezal@gmail.com

Números telefónicos: 0412-5241490 y

0426-4596619.

# Un homenaje a mi abuelo

El pasar de los años nos dan la oportunidad de recordar a nuestros seres queridos que ya partieron, comprender su vida y sus sueños.

Soy la nieta de Humberto Gilberto De Franco, quien nació y vivió en Belén de Escobar.

Se casó con María Esther Castro y tuvieron tres hijos: Edgardo, Lilia y Horacio.

Humberto se sentía identificado con su amado club Boca del Tigre de Escobar.

La pesca era para el abuelo un momento de distracción. Recuerdo verlo llegar a la casa con su valijita, su caña de pescar y la bolsa con sus pescados.

En su casa tenía una peluquería donde atendía a niños, hombres y mujeres. Sería lo que hoy se llama una “peluquería unisex”.

El patio de la casa donde vivía era de ladrillos con un aljibe en el centro. Las glicinias eran la atracción y la sombra de ese lugar.

Sacaba las sillas al patio y la gente esperaba su turno. Me llamaba la atención porque, además de peluquero, era barbero. No podía creer lo bien que usaba la navaja.

El abuelo Humberto fue un eterno soñador y un adelantado a su época. Fue escritor, poeta, dramaturgo, actor y director de teatro. Tenía un sueño: escribir un libro, y así lo hizo, pero no lo editó.

Un día, conversando con mi tía Beatriz, ese libro llegó a mis manos. Pude leerlo y noté que sus poemas eran creativos, con una buena prosa poética.

Escribió la letra de un tango: “Campanita santa”.  
A continuación, transcribo la letra del tango y de un poema.

**Tango: “Campanita santa”**

**Letra: Gilberto De Franco**

**Música: Héctor Baldi**

**Editado: 14 de octubre de 1946**

Suena, campanita mía,  
con tu voz de corazón  
que hoy me llena de alegría  
y mucho más de emoción  
porque al sentir tu lamento  
me llevas lejos de aquí  
junto a mi madre querida  
que está rezando por mí.

Suena... suena, campana,  
suena que quiero oír.  
Tu sonido representa  
alegría en mi sufrir.  
A mi madre llevaste  
en una tarde de abril.  
Suena, campanita mía,  
que tu son me hace feliz.

En tu eco está el recuerdo  
de aquella tarde de abril  
y al escuchar tu tañido  
mi madre está junto a mí.  
Suena, campanita santa,  
Quiero a mi madre tener

con tu sonido, el recuerdo  
de este sagrado querer.

(Recitado)

Suena, campanita santa...  
este amor es tu tañir.

### **Poema: “Canto a San Rafael”**

Después de tres largos años  
me decidí a visitar  
este hermoso lugar  
que sí bien conocía,  
pero mi hija, María,  
con elocuente emoción,  
supo darnos la impresión  
de lo que ella conocía.

Me contó tanta belleza  
y pensé que exageraba;  
pero cuando visitaba  
los lugares señalados  
me quedaba asombrado  
al comprobar que Natura  
sembró tanta hermosura  
que jamás había soñado.

Conocí el Valle Grande  
con sus lagos encantados;  
sus caminos serpenteados  
en forma de caracol;  
sus chorros y sus túneles;  
montañas, cerros y lomas.

Los yuyos que con sus aromas  
perfuman como el laurel.

Fui también a visitar  
al Nihuil con su grandeza  
y es tan grande la belleza  
que allí se puede admirar.  
Y yo que pude observar  
con cuidados y atención  
quedé mudo de emoción  
y hasta me puse a llorar.

Y el pensar en todo eso  
que tiene San Rafael  
me imaginé que el Señor  
pudo todo eso crear  
con su poder celestial  
y su amor en lo divino  
para que el pueblo argentino  
pueda de ello disfrutar.

GILBERTO DE FRANCO

A continuación del poema, mi abuelo escribió: “Nota del autor: Dedico este humilde pero sincero canto al pueblo de San Rafael, Mendoza, donde sus hijos me prodigaron lo mejor de ellos: su gran corazón”.

Creo en las historias de vida.

Hace muchos años me encontraba en la sala de espera de un consultorio médico. Entró un señor y se sentó frente a mí. Me saludó, luego me preguntó quién era y que mi rostro le era conocido.

Luego, al saber los nombres de mis padres, dijo: “¿Vos sos nieta de Gilberto De Franco?”. Le respondí: “Sí, soy su nieta María Cristina Palermo y Gilberto era mi abuelo”. A eso me comentó: “Te voy a contar algo sobre tu abuelo: Gilberto era poeta y actor. Además, hacía obras de teatro y las dirigía. Quiero que sepas que tu abuelo fue uno de los primeros en crear el teatro en Belén de Escobar”.

Quedé sorprendida ante el testimonio del señor.

Hoy le hago en homenaje a mi abuelo Humberto Gilberto De Franco, que de Belén no solo fue poeta, sino además dramaturgo, actor y director de teatro.

En varios períodos fue presidente del club Boca del Tigre de Escobar y delegado municipal. Por una ordenanza municipal una calle del barrio Lambertuchi lleva su nombre.

Gracias, abuelo, por hacer tus sueños realidad y ser parte de la historia social y cultural de Escobar.



El abuelo Humberto

MARÍA CRISTINA PALERMO  
Belén de Escobar, provincia de Buenos Aires, Argentina.

2 de marzo de 2021.

Correo: titi.palerm@hotmail.com

Número telefónico: 011-15-5824-5248.

## Cosas de la bisabuela

En la vía Guárico-Chabasquén del estado Lara, —donde, según como se mire, se encuentra el inicio o el final de la cordillera andina venezolana—, sector Los Higuerones, nace Silveria, madre de mi abuela Wenceslao, conocida cariñosamente como “Uvensa”.

Proveniente de una patriarcal familia campesina, la unen en matrimonio con Aquilino Piñero, dueño de tierras del sector. Ella con apenas trece años de edad, él con cincuenta; pero así eran las cosas en esos tiempos.

De esa unión nacieron doce hijos, seis hembras y seis varones, ninguno sobreviviente a la fecha. A ellos les tocó bregar con las labores del campo, entre ellas lidiar con peones en la fundación y consolidación de una finca cafetalera, con todo lo que eso implica.

Como era de esperarse, por condiciones naturales de la edad, muere su esposo Aquilino y, le toca, entonces, la lucha por mantener, junto a sus hijos, el sostenimiento de la finca y de la familia.

Mi abuela, la penúltima de esa descendencia, se abre camino a temprana edad y en un sector más cercano a Guárico, llamado Guagó, en la misma vía que conduce a Chabasquén, se une en pareja con quien llegó a considerar “el amor de su vida”, mi futuro abuelo Rafael Rodríguez, a quien conocí siendo

adolescente. De esa unión nace, como única hija, mi futura madre, Sara Rafaela.

Al término de esa unión, se vienen madre e hija a Barquisimeto, en una aventura que, por efecto del despecho, iniciara Uvensa, para trabajar en casas de familia como empleada doméstica.

Pasa el tiempo y un día decide ir a saber cómo estaba su madre Silveria, por lo que emprende un viaje de visita a su pueblo. Al llegar se consigue con que los hermanos varones y una de las hembras, Carmen, se habían apoderado de todo, mientras que su madre yacía enferma (con ataques de epilepsia). Los hermanos le cuentan que esperaban su muerte próxima y que ya hasta le habían hecho el ataúd.

Es, entonces, cuando Uvensa, entristecida por aquel descuido y abandono, decide traerla a Barquisimeto. Para entonces, Sara había contraído matrimonio con mi futuro padre. Ya eran tres y luego parió la hija nada más y nada menos que seis descendientes, de los cuales yo soy el segundo en orden.

Lo cierto es que la bisabuela, con todos los achaques etiquetados, nos ayudó a criar junto a la abuela, analfabetas ambas, mientras mis padres trabajaban. Llegaron a conocer, incluso, a mis dos primeras hijas, sus tataranietas.

Aún recuerdo, estando niño, cuando en la noche sancochaban el maíz en la vieja cocina de las afueras del patio y en la mañana se levantaban a molerlo para hacer la masa de arepas.

Ya en los últimos años de su vida nos gustaba sacarle cuentos y disfrutar de sus anécdotas, que ella contaba con lucidez. Hasta mis infantiles hijas se divertían, en su inocencia, con sus pícaros cuentos.

Se le preguntaba, entre otras cosas:

—Abuela, ¿usted recuerda cómo se llamaba su marido?

—Aquilino Antonio Piñero —respondía con vehemencia.

—¿Y dónde está él?

—Él murió hace muchos años y me dejó doce hijos.

—¿Y no le hace falta?

—¡Claro que sí!

—¿Y como para qué?

—Para esto, mire, para esto —ilustrando con sus manos lo que no quería decir con palabras.

—¿Y dormiría con él?

—¡Claro! Es mi esposo, pero está muerto.

—Su hija dice que ustedes no dormían juntos...

—Yo le tuve doce hijos y él nunca me lo vio...

Esa fue mi bisabuela. La existencia se le prolongó para yo tener la dicha de conocerla junto a mis hermanos y mis dos hijas. Murió en mi casa natal del Barrio Unión en Barquisimeto.

Como ironías de la vida, murió muy anciana, de muerte natural, según el reporte médico.



La abuela Uvensa

NELSON ANTONIO BARRIOS PIÑERO

Barquisimeto, estado Lara.

Febrero de 2021.

Correo: nbarrios401@gmail.com

Número telefónico: 0416-4551023.

# Abuela Ramona

Así era ella, como la neblina que baja de La Fumarola empezando diciembre: silenciosa, inmensa, envolviéndolo todo, plenamente presente...total.

Ramona Brito de Villegas nació en Palo Verde, Sanare y allí también, desde el día triste de su despedida, sus huesos se hacen vitaminas para las flores.

Determinó cada espacio de la vieja casa que el abuelo Juan Bautista construyó con sus manos, moldeando el barro arcilloso de su propio huerto para hacer aquella casa laberíntica, con pasillos y varios cuarticos con puertas y ventanas pequeñas donde cabía una cama, una mesita, un rayito de luna y el sueño de quienes frecuentábamos la calidez de su hospitalidad.

La abuela ejercía su dominio pleno en la cocina y desde el fogón de tres tapias administraba olores, sabores, costumbres, modales y los dictámenes del afecto y la disciplina.

Desde las cuatro de la madrugada iniciaba su paciente marcha en el firmamento de lo cotidiano, preparando comida como para un ejército, y no es que fueran muchos los moradores de aquella casa campesina, sino que la abuela siempre preparaba para la gente que llegaba, para “los peregrinos”, los parientes, los necesitados, que siempre encontraban en la bondad de los abuelos la arepa, el suero de tapara, las ñemas recién recogidas del corral y el cafecito asentado y endulzado con papelón.

En todo ese ejercicio espontáneo de solidaridad permanente estaba el espíritu de la abuela Ramona, madre de mi madre.

Para contar la historia de la abuela Ramona hay que recogerla de los rincones silenciosos de aquella casa; en la repisa con sus santos, en el pilón donde mucho maíz fue laborado hasta hacerlo dócil al molde de sus manos, en su jardín donde las matas de novio, las brillalasonce, las cayenas, los lirios y las rosas, conocieron su ternura.

Y es que la historia de la abuela, para mí, es la historia de esa casa, de esa huerta, del corral de chivos y la algarabía de gallinas anunciando sus posturas para el desayuno.

Mientras que ella era calladita, tímida y reservada para todo. Pero, en especial, bondadosa.

Si alguna vez salió de aquella casa fue para ir a misa o en alguna ocasión en que debieran llevarla a una consulta médica.

Viviendo yo en Barquisimeto con mi familia, añoraba las vacaciones de agosto para irme a la casa de los abuelos, donde se me abría un mundo maravilloso: el cariño y ternura de la abuela Ramona, las conversaciones con mi abuelo Juan Bautista, quien se alegraba porque yo le llevaba un pequeño lote de periódicos que, aun cuando ya estaban a destiempo, él leía con interés, como si aquellas noticias fueran en su mundo una novedad. Las comentaba conmigo como quien tenía el dominio del acontecer del país.

Agosto y septiembre eran para mí estadía y vida en el campo. Desde andar con mis primos por la quebrada y esos parajes de montaña, hasta ir a la bodega de mi tío Juan Antonio, donde en las noches se reunía medio caserío a chichaquear a partir de cualquier acontecimiento del pueblo.

Cuando me enamoré de una de mis primas, para poder salir con ella los fines de semana al carrusel, en las fiestas patronales, tuve que trabajar en la cosecha de papas. Muy tempranito la

abuela me preparaba la vianda con la comida que debía llevar a la jornada, el “musiú” pasaba por mis tíos y por mí frente a la casa y en esas frías mañanas nos íbamos a La Vega, donde laborábamos hasta las cuatro de la tarde “arrancando papas”. La abuela nunca me falló en proveerme el almuerzo y un pedacito de papelón, el cual degustaba debajo de un árbol con el resto de los campesinos, entre chistes, anécdotas y picardías de hombres.

Mi abuelo murió primero que la abuela. Nunca pensé que la muerte los separaría, siempre los imaginé como un solo ser, pero sí, aquella tarde, mi abuelo en su cama ya en agonía, me llamó y me pidió que le diera “una bola de chimó”. Le coloqué el chimó en su boca y murió.

La abuela Ramona se llenó de fuerza y mantuvo en orden la casa por un tiempo, pero todos sabíamos que no tardaría en irse tras los pasos de su Juan... y así fue. Al poco tiempo se nos enfermó y, quietecita, calladita como era, se despidió de este mundo.

Su ausencia agiganta hoy el modesto espacio que ocupó en aquella casa donde junto al abuelo crio, en su ley, a mis tíos y tías: Saturnino, Remigia, Lucidio, Manuel, Amadeo, Nerio, Teresa, Margarita y, por supuesto, a mi mamá, María.



La abuela Ramona

No la recuerdo quejándose por nada, todo lo sobrellevaba con paciencia, con esa paciencia con la que cosía la ropa de sus hijos, con la que lavaba en el agua viva, con la que estiraba la almidonada tela de las camisas deslizando la plancha de hierro calentada en el fogón.

No la recuerdo comiendo, cosa tan extraña en aquella casa donde no fallaban “los tres golpes del día”, desayuno, almuerzo y cena, con la puntualidad que marcaba el reloj de la gallinita picoteando el tiempo desde una repisa. Pero ella comía a solas, luego de que todo el mundo se levantara de la mesa. Nunca permitió que esa debilidad por el alimento de nosotros los mortales se le hiciera notar, mientras que la sabrosura de su sencilla cocina nos deleitaba a todos.

El cuidado de su jardín fue su otra devoción. Para los hombres la huerta, el conuco, para ella el jardín, el cual se extendía desde el porche de la casa hasta la arboleda del patio. Mirar el jardín de la abuela mientras la llovizna de la mañana cantaba su menuda sinfonía era sencillamente un acto de paz.

La abuela Ramona Brito de Villegas dejó, con su mirada santa, recuerdos que son paisajes por donde, de vez en cuando, mis pasos de niño retoman el camino que en prismacolor quedó revoloteando en el cuaderno de dibujos “Caribe” de mis días escolares. Por allí, por esa ingenuidad en los senderos del tiempo volveré a encontrar a mi abuela Ramona, haciéndome una arepita de maíz pilao y un atol, para luego, al verme regresar, despidiéndome con aquel “Dios te bendiga y te favorezca” asegurarse de mi retorno a su amoroso dominio. El amor... ese es el secreto del eterno retorno.

NELSON URES VILLEGAS

Correo: nelsonuresv@hotmail.com

Número telefónico: 0412-7620905.

# La abuela niña

*Nacerán y volverán a morir,  
y otra vez volverán a morir y otra vez nacerán.*

*Y nunca dejarán de nacer,  
porque la muerte es mentira.*

EDUARDO GALEANO

*LA CREACIÓN*



La abuela Rupertina con su nieto Yorman

Rupertina Ures, madre de mi Padre Eustoquio Segundo Ures, fue mi “abuela niña”.

Con toda su integridad ayamán, con su natural majestad de princesa de alguna antigua tribu de estas tierras soleadas de Lara, llegaba desde muy temprano a nuestra antigua casa, la que

mi papá nos construyó con sus propias manos, empañetando el barro en el armazón de la caña brava, allá en El Garabatal, cuando aquel era un pueblito rural más vinculado a la dinámica del Río Turbio, con sus haciendas, trapiches y extracción de arena, que al avasallante paso de un Barquisimeto aún lejano para nosotros.

Llegaba caminando desde el otro lado del aeropuerto, desde Barrio Nuevo, ayudada por la brisa que agitaba su camisa estampado con florecitas y dibujitos, ondeando como una bandera. Sus crinejas grises o su pelo recogido en cola resaltaban su ternura y su bondad rebosante para repartir amor de abuela, para transformarse entre nosotros en una niña más. Así nos adentrábamos en hermosísimos juegos que nunca requirieron otra cosa que no fuera la que el patio de la casa proveía.

Siempre inventaba algo para hacer mágicos aquellos encuentros. Después del “Dios me los bendiga y me los favorezca” se sentaba en algún taburetico o en una piedra, y Maritza, Soraimita, Nancy, mis primeras hermanas, y yo, nos sentábamos en torno a ella para el juego del día. De su faldiguera sacaba unas chapas de refrescos y cordeles con las que nos hacía los “zumzum”. Ver girar y girar aquellos pequeños discos de metal, con las destrezas enseñadas por la abuela, era para nosotros una inigualable diversión.

También nos hacía, con las chapas, relojes que, sin dar la hora, eran el emblema del tiempo que transcurría con la abuela.

La abuela Rupertina también nos llevaba a caminar por la cuesta del río Turbio, donde la brisa nos traía el olor del cañaveral. En el andar nos conseguíamos las fruticas del cundeamor que aprendimos a comer, también lefarias y semerucos. Desde el borde de la cuesta la abuela nos hablaba del río, nos contaba de cómo mi abuelo, Domingo Reyes, ejercía su oficio de distribuidor de mercancía con un arreo de burros, recorriendo los pueblos de río Claro, Buena Vista, El Placer y muchos otros

caseríos perdidos entre las montañas de Lara. Para esos tiempos, ellos vivían en uno de esos pueblos perdidos en las estribaciones de nuestros Andes larenses, por donde el río deja su fresca y cantarina melodía. “La Esperanza” se llamaba aquel pueblo y por allí cerca “El Tillano” y “La Montañita”... eran auténticos pueblos de pesebre.

La abuela niña, la abuela india, llenó con exactitud celestial nuestra niñez, con las estrellas que aún hoy brillan en el recuerdo.

Apenas cinco años tendría yo, pero ya la abuela ejercía sobre mi vida su órbita de luna querendona. Sus canas para mí eran adornos de luz; sus ojos, espejitos donde nos podíamos ver en inocente libertad; sus manos tiernecitas como la piel de la catalina. Su edad siempre será una ilusión para mí.

Pudiera creerse que a la edad de cinco años son pocos los recuerdos, pero lo que pasa es que cuando el amor se desparra en su estado más puro, la dimensión en la que las vivencias se anidan agiganta los momentos y los llena de detalles tan significativos que pudieran tejerse historias infinitas.

Yo, por ejemplo, veía a mi abuela hablando con mi papá y mi mamá como dándoles consejos. Mientras jugaba con mi carrito de lata de sardina, que para mí era un camión volteo de los que buscaban arena en el río, sabía que la abuela les hablaba de nosotros, de esas cosas que las abuelas quieren para nuestra felicidad.

Momentos tristes hubo en nuestro hogar, y la abuela sabía. Como el día que a mi mamá se le quemó el kiosquito donde vendía empanadas al incendiarse la cocina de kerosene. La llama consumió las improvisadas paredes de cartón y lata y los vecinos acudieron en nuestro auxilio.

Mamá lloraba desesperada, a nosotros nos pusieron al extremo de la calle, mientras con baldes de agua trataban de sofocar las llamas. Ya en la noche, cuando papá llegó, nos

acostamos en lo que quedó de nuestra casa. Aún olía a humo y en el techo se hizo un agujero. Por allí pude ver un cielo estrellado, su infinita profundidad me hizo dormir, con un sueño como para que el espectáculo celestial fuera más determinante en la mente de un niño que el incendio que le arrebató parte de su hogar y los enseres.

La abuela Rupertina llegó al otro día, muy tempranito, con algo de comida y con sus juegos de niña... Volvimos de paseo a ver el verdor del valle de El Turbio. Papá y unos vecinos parape-tearon la casa. La venta de empanadas no se reanudó, mi mamá complementaba el sueldo de mi papá lavando y planchando ropa ajena, poniendo inyecciones o ayudando a mi madrina Anita en su casa, donde funcionaba la bodega del vecindario.

La abuela se despidió de este mundo el día que yo entraba como “oyente” en la escuela donde mi hermana Maritza estudiaba su primer grado.

Nos llevaron a todos a la casa de la tía Chila, en las Fuerzas Armadas con la calle 60 de Barrio Nuevo. Un patio inmenso con gallinas y patos correteando por todas partes nos distrajo del motivo por el que estábamos allí: el cadáver de mi abuela lo trasladarían desde Caracas —donde mi tío Nerio trató de darle mejor atención médica ante el derrame cerebral que le aconteció— hasta Barquisimeto, para los respectivos oficios fúnebres.

Yo no entendía muy bien aquellos ajetreos ni el porqué de la cantidad de gente que se iba reuniendo en casa de la tía. Al lado también vivía la tía Dolores, en una casa bonita con un baño y su regadera donde me gustaba ducharme.

Con los primos que se iban juntando allí, improvisamos diversos juegos, y uno de esos primos, un poco mayor que el resto, de quien no recuerdo su nombre, se esmeraba por entretenernos y alejarnos de las escenas tristes. Improvisaba sencillos trucos de magia como el de sacarle a uno monedas por detrás de las

orejas. Pero yo de repente le preguntaba a alguien por la abuela y me decían que ya venía, que la estábamos esperando.

Quise creer que llegaría como todas las tardes a la casa de El Garabatal y que este alboroto que reinaba en casa de la tía sería ideal para jugar con ella.

Alguien gritó: “¡Llegaron!”. Hubo llanto inevitable de las mujeres y un gentío se fue para la entrada de la casa. Varios hombres, entre ellos mi papá y mi tío Nerio, traían en sus hombros un ataúd. Lo colocaron en una de las salas de la casa. Alguien dijo: “Allí está la abuela”.

Luego de que muchos se acercaron a la urna, el primo, el de los trucos de magia, me condujo a mí hasta el ataúd y me dijo: “Está dormida”. Me lo creí.

Esa noche, a varios de los muchachos nos acostaron en un cuarto. Me acosté bocarriba y entre el techo y una pared que dejaba un boquete pude ver el cielo. Volví a recordar la noche cuando se incendió la casa, pero casi inmediatamente un pájaro revoloteó en esa abertura y se posó allí. Sentí que me miró, y no tuve miedo. Pensé en mi abuela Rupertina, recordé algunos de sus juegos y me quedé dormido.<sup>5</sup>

NELSON URES VILLEGAS

Barquisimeto, estado Lara.

6 de noviembre de 2016.

Correo: nelsonuresv@hotmail.com

Número telefónico: 0412-7620905.

---

5 Nota de la compiladora: Se incluyeron dos trabajos de Nelson Ures, por haberlos enviado en el año 2016, cuando aún no se habían establecido las posteriores reglas, de escribir sobre un solo abuelo o una sola abuela.

# Honrando a mi abuela con un pensamiento de amor



La abuela Antonia

Nací en Valera, estado Trujillo. Mi niñez transcurrió en Chiguará, un pueblo de la región andina que pertenece al estado Mérida, y viví durante muchos años en El Amparo, pueblo pequeño del distrito Valera, estado Trujillo.

Aunque éramos pobres fui una niña feliz, quizás por tanto amor en la familia.

Vuelo en sueños para trasladarme a esa época de mi infancia, donde los recuerdos diluidos en el tiempo tienen música y un olor que impregna la realidad de ese momento, de hace años, del lugar, de todo.

Siendo muy pequeña, mis padres se separaron y quedé bajo el cuidado de mi abuela paterna y tres tías que me mimaron al

máximo. Por esta razón pienso que fue lo mejor y doy gracias a Dios por tanto cariño desbordado de ese cofre grande y lleno de amor que guardó mi abuela en su corazón para todos sus nietos.

Mi infancia se sustenta en ese viejo retrato de mi abuela, quien en vida se llamó Antonia Moreno de Márquez. Ocurre que detengo mi mirada en su cara... Sus ojos parecen guardar el eco de sus rezos. Miro sus labios que parecen besarme con mucha ternura; por eso me gusta tanto ver fotografías, porque me transportan a un mundo mágico donde me pierdo en el tiempo y es como si alguien contara mi historia y hasta me condujera al encuentro con los fantasmas de esos seres queridos.

Ella era blanca, de facciones finas y mirada profunda. Tenía el cabello largo y oscuro. En las mañanas lo recogía en un moño que sostenía con una peineta de carey. En las noches lo soltaba y lo cepillaba. Ante ese recuerdo hoy comparo su cabello, aunque no rubio, con esa pintura de Sandro Botticelli, titulada *El nacimiento de Venus*.

Es claro que me quiso mucho. Aún a los diez años me acunaba en la mecedora, me arrullaba con su canto o me contaba cuentos hasta que me dormía.

Siendo analfabeta, tenía una gran imaginación; de cualquier cosa inventaba un cuento. Ante una flor, un insecto, cualquier animal. ¡Era admirable! Fui afortunada al haber recibido ese caudal de ternura, toda esa maravillosa fuente de sabiduría y valores.

Era costumbre que en las noches los vecinos se reunieran en la acera frente a la casa, llevando sus sillas o bancos, para sentarse a contar cuentos. El silencio se hacía presente cuando mi abuela relataba; aparte de su facilidad para inventar, tenía gran dominio de su voz y narraba con ese don natural que la caracterizaba, siendo muy clara en sus gestos y palabras.

Cuando exponía cuentos de brujas, de espantos, del cementerio... yo me asustaba. Aunque me mandaba a dormir, me escondía tras la puerta. ¡Tanta era la atracción!

También me contaba las cosas con mucho misterio. No sé si sus relatos fueron simples fantasías o si algunos eran sucesos reales, como ella lo afirmaba. Para mí encierran un encanto dentro de los recuerdos que conservo de esta bondadosa mujer.

Evidentemente, me encantaban sus cuentos o leyendas sobre duendes y encantos de esas montañas y lagunas cercanas al pueblo de Chiguará, que ella llevaba en su corazón e imaginación por haber nacido y vivido gran parte de su vida allá.

Una vez leí que Juan Rulfo en una conferencia dijo que él inventaba cuentos porque de niño no tuvo quien se los contara. De allí, me dije: “¡Qué bueno, tuve mucha suerte de tener esa abuela de mirada dulce y voz melodiosa, que me trasladó al mundo mágico de los cuentos!

La casa de los abuelos era grande, tenía un corredor largo y un jardín con una variedad de plantas que mi abuela cultivaba con esmero. Tenía algo muy peculiar: le gustaba sembrar una especie de flor en diferentes colores.

De su cocina recuerdo el fogón donde asaba las arepas redondas y delgadas. Aún recuerdo el olor del café que ella misma tostaba y luego molía. El aroma del café recién colado se esparcía en la cocina, muy colorida y con los platos y vasijas de peltre. ¡Ah, no puedo olvidar la vieja máquina de moler maíz! Le daba vueltas y vueltas y la masa blanca iba saliendo por detrás con aquel olor suave y único.

Aquí en mi mente está la abuela Antonia con olor a flores, sentada, bordando o remendando los pantalones del abuelo. A veces remendaba bajo la lluvia de sus ojos los corazones destrozados por las penas que sus amigas le contaban o al saber de la desaparición de un amigo o familiar.

Era el tiempo en que la comunicación funcionaba a través del correo y el cartero entregaba las misivas según la dirección. Una gran preocupación se percibía en los rostros ante la llegada de un telegrama.

Cuando aprendí a leer y a escribir, ella me pedía con voz suave que escribiera cartas a sus hermanas y amigas que vivían en Mérida. Siempre tenía cosas que contar.

Muy orgullosa, como si fuera la directora de una empresa y yo su secretaria, colocaba sus manos arrugadas con pequeñas manchas marrones sobre su regazo. Con mirada profunda y voz dulce me dictaba: “Hoy tomo el lápiz en mis manos...” (generalmente comenzaba así). Luego me decía: “Escriba...”. Al terminar se la leía. Ella ponía la carta dentro del sobre, la cerraba con la humedad de la lengua y al siguiente día, muy temprano, la llevaba a la oficina del correo.

Vino la radio y empezó a gustarle escuchar canciones rancheras o boleros que quizás la trasladaban a un mundo de fantasías románticas.

En las tardes oía la novela radial *El derecho de nacer*, con sus personajes Albertico Limonta y mamá Dolores, que se transmitía por Radio Continente (en el año 1952).

Todo parecía paralizarse a esa hora de la tarde. Algunas personas se colocaban cerca de la ventana para escucharla. En ese tiempo no todos tenían radio. Recuerdo una señora que vendía fororo diciendo: “El fororo caliente, calientico el fororo...”, se detenía, ponía la olla de aluminio en el suelo y se sentaba a oír el conmovedor drama que tantas lágrimas hizo derramar a las mujeres de aquella época.

Mi abuela tenía algo de hada. Si a alguien le dolía el estómago, decía: “Tómese un bebedizo de manzanilla”. Si eran náuseas: “Tome un guarapito de hierba buena”, y hasta solía sobar y llevar las cuerdas a su sitio ante una caída o mala pisada.

Así transcurrió mi infancia, oyendo sus cuentos, escuchando los pájaros y jugando con las muñecas de trapo que ella me hacía. Con su ternura y la embriaguez de su alegría, nos dejaba oír el eco de su risa.

Un día la abuela enfermó. La llevaron a Caracas después de hacerle diferentes exámenes. Tristemente los médicos le diagnosticaron un cáncer en la garganta, aunque no fumaba. Por esos días (del año 1958) se produjo la caída del general Marcos Pérez Jiménez.

Cuando regresó de Caracas venía muy mal y delicada. Los estragos de la enfermedad eran sumamente notorios.

Me acuerdo que cuando entré a su habitación, apenas se percibía su cuerpo bajo la sábana. El sol entraba por la ventana, bañando su cara pálida. Parecía un ángel debilitado. En la estancia silenciosa se alcanzaba a escuchar el trinar de un pájaro.

Embelesada miré la pared lateral donde se elevaba un pequeño altar. Algo arrastra las imágenes a mi mente: un Sagrado Corazón de Jesús, una imagen de san Antonio, cuadros con la virgen del Carmen, la virgen de Coromoto (un rosario colgaba de él) y un cuadro que representaba a un ángel cuidando dos niños que cruzaban un puente.

Tomó mi mano. Su voz parecía salir de la sombra. “Olita”, dijo con tono apenas perceptible. Me estremecí al verla en ese estado. Mire el altar y le supliqué a Dios que la sanara. Largo rato retuvo mi mano en la suya. Recuerdo que yo no sabía qué hacer. Se limpió la humedad de sus ojos y en ese momento no me pude contener. Lloré y lloré. Fue la primera vez, siendo una niña, que experimenté el verdadero sentimiento de dolor.

Finalmente, la abuela murió. Eso significaba que no volvería a escuchar sus arrullos, sus cuentos, no volvería a ver sus cabellos largos ni volvería a sentir su ternura.

Casi a un mes de su entierro descubrí lo que era la muerte: ausencia, vacío, silencio, oscuridad. Allí en esa oscuridad estaba

mi abuela, allí entre los muertos... ya la abuela no volvería a contar sus cuentos, no la volvería a ver, no volvería a enviar cartas a sus hermanas...

La casa quedó sumida en un silencio misterioso. Su sombra envuelta en la paz ahora relata sus cuentos a la luna, a las estrellas, le sonrío a la noche y le canta al viento.

Una lápida con su nombre se convirtió en el hogar para su silencio, silencio de paz. Mis tías y yo, vestidas de negro, íbamos al cementerio los domingos. Llevábamos flores de su jardín, aquel jardín que yo contemplaba desde la ventana de mi cuarto y donde me parecía verla con su cabello y sonrisa jugando con el viento.

Aquellos años de infancia cambiaron considerablemente para mí. Tuve que arrancar la casa de mi abuela del corazón. Al iniciar el año escolar, vine a vivir con una tía a Caracas para cursar el sexto grado.

En Caracas conocí la televisión. Día a día quería ver *El show de Víctor Saume* y después *El show de Renny (Ottolina)*, justo al regresar de la escuela.

La ausencia de la abuela sumió al abuelo en una tristeza que lo enterró en el silencio. Hubo días en que mi abuelo decía sentir su presencia y mis tías lo reafirmaban diciendo que el aire parecía estar lleno de ella.

Una noche mi abuelo se levantó, caminando en la oscuridad perdió el equilibrio, cayó y sufrió fractura de cráneo. Nunca más volví a ver sus ojos perdidos en la melancolía.

Me amaron, los amé y aún los llevo en mi corazón.

Los rostros de mis abuelos siguen elevados en mi mente.

Mi abuelo Lorenzo Márquez era moreno, de rostro aindiado; de él aprendí a amar las plantas. Con frecuencia me llevaba al conuco y nos sentábamos sobre un tronco a mirar la neblina que se filtraba entre los árboles. Mientras él se dedicaba a su faena, yo escuchaba las conversaciones de los pájaros y corría tras los lagartijos o las mariposas.

Todo está guardado en las fotos de mi memoria. Para mí recordarlos es algo bonito porque es sentir el amor que tuve por ellos. Por esta razón no los puedo separar porque fueron unos esposos con un amor, como dicen, “de antes”, profundo, tierno, respetuoso, envuelto en una historia de amor hermosa.

Les cuento: una vez escuche a mi tía, la mayor de sus hijas, decir que mi abuela se había casado muy joven y sin amor. Atenta, y sin comprender, seguí escuchando.

Desde niña vivió en una hacienda y la señora de la casa le tenía cierto afecto. La enseñó a bordar, algunas normas de urbanidad y a rezar el rosario en latín (sí, mi abuela rezaba el Padre nuestro, el rosario y las letanías en latín). En ese tiempo la misa también la daban en esa lengua. Ayudaba con las faenas domésticas y les llevaba el almuerzo a los peones. Era tanto el trabajo que a veces olvidaba desayunar.

Una tarde se presentó en la casa un hombre que negociaba el café de la producción de su pequeña finca con el dueño de la hacienda, pero esta vez no iba a la visita con fines comerciales: la intención era pedir en matrimonio a la muchacha, delicada y trabajadora.

Resultó una gran sorpresa para la silenciosa y laboriosa jovencita, quien ni siquiera conocía al pretendiente.

La señora de la casa, una mujer romántica y soñadora quiso hacer de Cupido y sostuvo una larga conversación con la chica, haciéndole saber que el joven que le proponía matrimonio tenía una pequeña finca y vivía solo pues era huérfano, que no siempre se presentaba una oportunidad así, que aprovechara y así no tendría que trabajar para otros, sino para su propio hogar. Después de pensarlo mucho lo consultó con su madre, quien la apoyó totalmente.

Se hicieron los preparativos. Un domingo temprano bajaron al pueblo. Se casaron en la pequeña iglesia San Antonio de Padua, en Chiguará.

Su vida anterior quedó reducida a una palabra: *matrimonio*, que era el principal objetivo para una mujer de su tiempo.

El amor nació y se convirtió en un verso con equivalente dulzura. El amor se dio y fue un talismán que unió a dos desconocidos”.

Vivieron en la casa de la finca del abuelo. Allí mi abuela se entregó a la familia. Tuvo ocho hijos: cuatro hembras y cuatro varones. Una casa hecha de barro blanqueada con cal, de techo alto, de tejas y un corredor amplio, al frente un patio extenso con piso de cemento en forma rectangular, donde se secaba el café. Aún recuerdo una gran sala, donde guardaban los costales de café, que una vez salían a la venta, se limpiaba. Mi abuela y mis tías hacían un pesebre enorme, le ponían ramas de laurel que desprendían una delicada fragancia.

Recorriendo esa historia mi imaginación me lleva a pensar, con leve temor, en la posibilidad o riesgo de una unión con un desenlace negativo. ¿Qué habría sido de mi abuela si un terrible azar la hubiese condenado?

De allí considero: “El amor no lo define un compromiso”. “El amor más bello es ese que llega de improviso y en forma extraña”.

Cuando leí la convocatoria para participar en el libro: *Tiempos del yomeacuerdo*, quise expresar mi sentimiento para que esta historia no se quedara perdida en la humildad de estos seres queridos.

Aquí transcribo un viejo poema que escribí a mi abuelita Antonia:

### Su voz era caricia

¡Ay, abuela!

Los cuentos que me contabas  
solo tú lo sabías hacer.

Aquellos cuentos bonitos

que jamás había escuchado.  
¡Esos que tú inventabas!

El cuento de una rosa,  
el cuento del cigarrón, aquel del turpial  
que voló muy alto y entre nubes se perdió.  
¡Ah! ¡Y el del burro que reía!

Y la luciérnaga que no veía.  
¿En qué libro los habrá leído?  
¡Ah! Lo olvidaba, ella no sabía leer.

¿En qué sueño los soñaste?  
Ni Christian Andersen ni los hermanos Grimm  
lo hubiesen hecho mejor.  
¡Es que su voz era caricia!  
¡Qué grande su imaginación!

Y para qué contar la Cenicienta,  
si tú misma lo fuiste  
y mi abuelo fue tu príncipe.  
Y para qué contar Blancanieves,  
si las aguas de aquel pozo  
te retrataban y decían que eras la más bonita.  
Del Mago de Oz nunca supiste,  
y de brujas, ni se diga.  
En las noches de calor,  
cuando se reunían los vecinos,  
tú sentada en aquella vieja silla  
parecías una reina...  
y las brujas pasaban volando en sus escobas,  
rompiendo el silencio  
con sus silbidos y risas chillonas.

Su voz era caricia que el viento se llevaba  
y se perdía en el País de las Maravillas.  
Once años tenía yo  
cuando el silencio cerró sus labios.  
Se quedó dormida,  
como la Bella Durmiente.

Fuiste en mi mente de niña  
¡la mejor narradora  
que jamás haya escuchado!  
Tu voz clara en mí ponía dulzura  
y eso que estabas cansada por todo el trajín del día.

Yo me dormía feliz, escuchándote,  
soñando con esos cuentos que inventabas,  
imaginando paisajes, flores y animales.  
Aún en mis sueños  
te veo en verdes caminos  
bordeados de paz,  
cortando flores y ramas de pino  
en lejano País de Nunca Jamás.

¡Abuela, pintaste en mi infancia la más bella acuarela!

OLIDE MARGARITA MÁRQUEZ DE LAYA  
Los Teques - San Antonio de Los Altos, estado Miranda.  
11 de enero de 2021.  
Correo: olimar06@gmail.com  
Números telefónicos: 0212-3726103 y  
0416-4181524.

## En la pequeña casa de mi abuela

¡Mi abuela! Mi abuela Susana. Cuántas vivencias junto a ti...

¿Que si te extraño? ¡No! Compartí a tu lado muy chica, casi bebé, luego siguieron los encuentros y estabas contigo, por tiempos más breves. Y es que ya te había aprendido a querer y no a extrañarte. En los años más tempranos lo asimilé.

A edad temprana de la infancia es cuando quedan grabados para siempre los recuerdos.



La abuela Susana

Estas líneas de este libro compartido *Tiempos del yomeacuerdo* son para ti.

¡Recuerdo!

Te acercabas diciendo: “¡Ojo pelao! Por ahí debe venir Francisco”.

Yo en mi inocencia me estiraba los párpados con las manitas, montada en un taburete me asomaba por la ventana, ¡con los ojos bien pelaos!

¡Cómo no recordar a mi abuela gorda! ¡Mi Susana hermosa!

La mesa de pequeñas gavetas a mi alcance donde estaban mis galletas.

Los domingos, domingos de misa, en los que te acompañé y me sentía muy feliz. Me ponías un velo, igual al que llevabas. Tú y yo con velos blancos y planchados entrábamos a misa.

Al salir, disfrutábamos a la gente, los niños y las niñas, y la plaza, por un ratito. Luego venía el satisfactorio regreso a casa en bus.

¡Siempre me gustó el bus! Por la ventana veía cómo las cosas que pasaban iban con nosotros. Para mí se movían también. A veces corrían y nos acompañaban.

Llegábamos a casa felices. El abuelo sentado, esperando...

—¿Ya comiste, Francisco?

—¡Sí! Lo que me dejaste ahí...

—Bueno, Rebeca, a comer nosotras...

—¡Sí, plátano! —respondía.

Abuela, te tuve verde con el plátano: ¡era lo que casi siempre quería comer y pedía!

Bueno, abuela, estos son recuerdos de los *Tiempos del yomeacuerdo*.

La verdad, no suelo narrar tanto, pero sobre todo digo, y les digo a ustedes, lectores, que vivíamos como en cuarentena, pero en verdad fuimos felices con poco... generalmente salíamos solo los fines de semana, en ocasiones al negocio de la esquina:

pequeño, limpio, humilde y económico negocio, donde íbamos por algunos víveres.

Y recuerda...

¡Deseo comer plátano con queso!

Aaah, lo olvidaba...

¡Me mordía las mejillas!

Hasta aquí llego, abuela. ¡Bendición!

REBECA PADILLA

Altos Mirandinos, estado Miranda.

Marzo de 2021.

Correo: [rebecamilpoemas@gmail.com](mailto:rebecamilpoemas@gmail.com)

Número telefónico: 0414-2404891.

## Abuela de mi alma

Abuela Rosa: ¡Cuánto te añoro! Nunca tuve la suerte de haberte conocido personalmente, pero sí pude conocerte a través de tu corazón a la distancia y llevo tú mismo nombre. Siempre me acompañaste en mi infancia y en mi adolescencia, tú en España, en tu Palafrugell querido, y yo en Argentina. Palafrugell, hermoso pueblo donde mis padres se conocieron, donde se casaron y donde nací.

Las secuelas de la guerra civil llevaron a que mis padres buscaran un nuevo rumbo en la vida, nuevos horizontes donde poder vivir en libertad y poder dejar atrás los años de horror que atravesaron sus almas, años de terror y muerte que dejaron cicatrices que jamás cerraron. Jamás. Jamás.

Tres años de guerra y casi cuatro de haber mi padre estado en un campo de concentración dejaron una marca indeleble en las generaciones posteriores.

Llegué a este país en un barco llamado *Cabo de Buena Esperanza*. Viajamos en tercera clase, en la bodega. Yo tenía apenas nueve meses —y aquí todavía sigo.

Allí mis padres se ofrecieron de voluntarios como ayudantes de cocina. No es que fueran buenos y quisieran colaborar, sino que necesitaban comer, por eso lo hicieron. Durante el día, mi madre. Durante la noche, mi padre.

Más allá de mis setenta y un años, mantengo la esperanza de poder algún día regresar a Palafrugell, llevarte una flor y dejarte una oración en la tumba donde descansas en paz.

Mi madre me habló mucho de ti. Siempre me hablaba en catalán. Yo le entendía, pero no lo hablaba. Siempre me hablaba en catalán... hasta que un día se dio cuenta de que había palabras y expresiones de las que ya no se acordaba. Fue un quiebre en su vida y un dolor que jamás olvidó.

Ese fue el comienzo de su muerte, y yo no lo sabía. Solo hablaba catalán conmigo, con nadie más.

Te cuento que mi casa fue un hogar donde las costumbres y la cultura de Catalunya siempre estuvieron vivas. La música que escuchaba mi madre, los platos típicos catalanes con los que nos deleitaba sin importar el día de la semana, una paella a la que no le faltaba ningún marisco, alioli, *samfaina*, *pa amb tomàquet*, *pilota catalana*, *pollastre rústic*... fueron placeres de la vida que jamás olvidaré.

En fin. Mis padres trabajaban para comer. El hambre que padecieron en la guerra y, aún peor, en la posguerra, lo llevaron tan marcado en el alma que hasta se guardaban latas de sardinas y de anchoas en el baño porque en la alacena de la cocina no entraban, y en la heladera tampoco. Literal. Es así. Aunque hoy resulte ridículo o imposible de creer.

En casa jamás faltó la comida, es más, sobraba. Hasta los perros y gatos estaban gordos porque también les sobraba comida, y esos restos que dejaban los comían los perros de la calle.

La comida jamás faltó y siempre se hablaba de España, de la guerra, de los fusilamientos en los cementerios, de la División Azul, de Franco y de las irrepetibles palabras hacia el dictador, de los campos de concentración, de la lucha de los rojos contra el fascismo.

¿Cómo habrá sido el hambre que padecieron que el miedo y el temor a que faltara la comida lo llevaron guardado en algún rincón del alma hasta el último día de sus vidas? “Que la comida no falte”, decían.

Y les cuento que jamás faltó. Es más, mi casa en Argentina pudo bien haber sido el mejor y más caro restaurante *gourmet* del país.

Solo nosotros entendíamos el hambre. Nuestros vecinos, aún el más pobre, jamás lo entendieron, jamás. Nunca tuvimos pisos de cerámica ni paredes pintadas ni baños con azulejos, pero sí tuvimos la mejor y más completa mesa de Navidad que recuerde. No faltaba nada, sobraba todo.

Abuela, sé lo que luchaste y lo que sufriste por educar y cuidar a Victoria y a Albert y la huida de tu hijo a Francia para poder así protegerlo de las garras del ejército franquista...

Al día de hoy no conozco a mis primos, pero sé que algún día Dios me dará la oportunidad hacerlo. Sé que va a ocurrir. Un hijo en Francia, una hija en Argentina. ¡Lo que habrás llorado, abuela! ¡Lo que habrás sufrido!

Te cuento que tengo el mejor recuerdo de ti. Hay fechas en mi mente que siguen estando presentes. Recuerdo tus cartas para mi cumpleaños, el saludo para el día de mi santo, cosa que en Argentina es difícil de entender, el de Santa Rosa y también el Día de Reyes. Tres fechas tan importantes para ti y para mí.

Mandabas paquetes con regalos para esta niña y yo siempre estaba ansiosa por abrir la caja y encontrarme con tantas cosas... De ellas recuerdo dos que aún hoy están guardadas en una cajita muy vieja.

Conservo cartas, fotos y postales con paisajes de nieve y montañas, con letras un poco desteñidas por el tiempo pero que todavía reflejan tu letra que se mantiene viva: “*Bon Nadal i felicitats*”, “*Felicitats*”, “*Per molt anys*”. Otras contienen papelitos con corazones que tú escribías en catalán diciéndome cosas hermosas que mi madre me traducía. Además de eso, tengo un libro llamado *Sissi emperatriz*. Este libro me acompañó mucho tiempo. Lo guardaba debajo de una almohada porque yo decía que así tú me cuidabas, que me abrazabas.

Fueron pasando los años, abuela, y yo sigo igual: más de una vez abro esa caja llena de recuerdos y se me llenan los ojos de lágrimas.

Sé que Dios aún me guarda unos días de vida para ir a visitarte, conocer el pueblo donde nací, poder deleitarme con los mejores sabores que en la vida probé, oír el chocar de campanas de la iglesia donde fui bautizada y que aún sigue ahí. Lo sé, volveré, tengo fe en Dios. Sé que algún día va a ocurrir.

Un beso gigante, abuela, y un hasta pronto. ¡Adéu, Rosa!



La abuela Rosa

ROSA LLUCH

Maquinista Savio, Buenos Aires, Argentina.

1 de marzo de 2021.

Correo: [lusolfloresg@gmail.com](mailto:lusolfloresg@gmail.com)

(perteneciente a Luciana Soledad Flores, profesora de Rosa).

Número telefónico: +541159895759

# Abuela Catalina

Querida abuela, hoy mi mirada viaja al encuentro de los días de mi infancia, donde fui muy feliz a tu lado. Se empañan mis ojos recordando los tuyos, de un gris transparente, con una luz increíble y donde la tristeza había hecho nido.

¡Cómo no habría de hacerlo, si desde pequeña tu vida supo de muchos sinsabores!

Naciste en un pequeño pueblo que amo sin conocerlo personalmente, Carbone, situado en la baja Italia, en la provincia de Potenza. Cerca, muy cerca estoy de él, a través de los recuerdos tuyos, fotos y todo lo que sigo investigando de ese tu lugar de nacimiento.

Amo esa tierra de montañas, de calles pequeñas, con casas incrustadas en las piedras, donde juntabas el fruto de los olivares y llevabas a pastar ovejas.

Me cuentan que cada día se van cerrando más puertas de Carbone. Los jóvenes emigran a ciudades donde la vida les ofrezca más oportunidades, regresando solo en los días de agosto, en pleno verano, a disfrutar del lugar. Ochocientos son hoy los habitantes permanentes de tu tierra.

Siendo muy niña, tu padre viajó a América. Después lo hizo tu madre, no sin antes casarte con José, mi abuelo. Ambos eran muy jóvenes, por lo que vivían con la mamá y la hermana de él, para quienes eras un estorbo.

Como en el cuento de Cenicienta —aunque sin zapatito de cristal, calabaza o el príncipe—, eras la que tenía que ocuparse, sin quejarse o chistar, de los trabajos más “brutos”.

Así era tu vida, sirviendo a tu suegra y tu cuñada, hasta que llegaba el abuelo y debías ocuparte también de él.

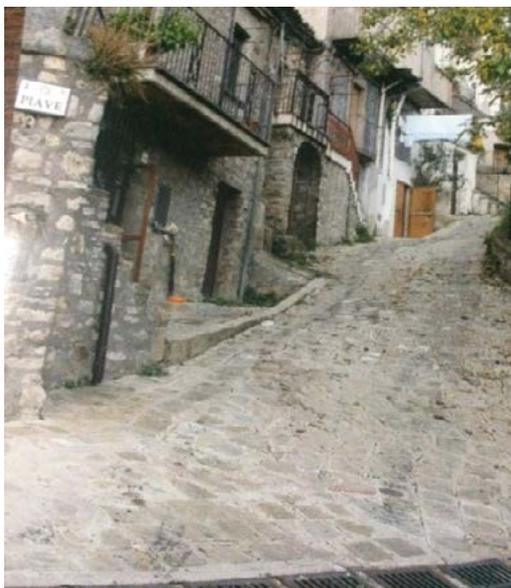
¿Con quién te ibas a quejar?

Un día, el abuelo José decidió venir a “hacer la América” y, con la cabeza gacha, seguiste obedeciendo y aceptando esa vida, junto a esas mujeres que golpeaban los nudillos de tus dedos y tus manos cuando no aprendías a hacer fideos caseros, *la pasta*, como ellas querían.



La abuela Catalina

¿Cuáles serían tus pensamientos, querida *nonna*?  
Ni madre ni padre ni marido... *solo tú*.



Callecita de Carbone

A oídos de tu padre, que vivía en Argentina, llegaron las noticias del maltrato que recibías y te hizo venir a estas tierras, a este lugar de *la America* que era, para todo inmigrante, el paraíso.

Otra de mis recurrentes preguntas es sobre tu viaje... salir de ese lugar, Carbone, llegar a Génova y embarcarte en ese navío; ver la inmensidad del mar por primera vez, habitar ese territorio movible con gente desconocida, que hablaba distintos dialectos, sin saber qué hacer... pero ahí estabas, quedamente *sola*, durante los tres meses y unos días que duró la travesía, desconociendo cuál sería tu futuro.

Al llegar al puerto de Buenos Aires otro golpe te esperaba. Tu padre, mi bisabuelo, te había ido a esperar con un amigo, pero padre e hija se desconocían.

La gente que llegaba iba partiendo a sus destinos, abrazados a familiares y amigos. Marineros, perros vagabundos y algún que otro curioso deambulaban por allí... y una joven estaba a

los pies de la escalerilla del *Tomasso di Savoia*, con una raída valija de cartón apretada entre sus manos, con casi nada dentro y mucho miedo. No quería ni levantar su mirada alrededor...

A lo lejos, dos hombres sentados en un banco comenzaron a mirarla. Sus piernas temblaban y las lágrimas bañaban su rostro asustado. “¡Es ella! —dijo el amigo de mi bisabuelo— ¡Es la única tripulante que queda!”.

Y sí, querida abuela, así fue tu reencuentro con tu padre, un desconocido para ti en ese momento.

Nunca bajaste los brazos y llegada a Belén de Escobar, tu tierra de adopción, donde ya residían tus padres, trabajaste muy duro, carpiendo surcos en las tierras de otros, sacando malezas, plantando y cosechando vegetales...

El abuelo José estaba en Nueva York, pero regresó y acá formaron su familia, trayendo al mundo cinco hijos: cuatro mujeres y un varón.

Tus hijos se criaron con mucho amor, en la humildad de una familia de trabajo a la que no le sobraba nada.

Ahí ya dejaste de estar *sola*.

Tus hijos, tu casa, tu huerta, el jardín con diversidad de especies florales, tu gallinero y tus rezos eran tus bienes preciados, al igual que tus nietos: mis tres hermanos y yo, hijos de Rosa, otro ser especial como vos.

Siempre al regresar de tu casa volvíamos con tus tesoros, un ramo de albahaca, huevos de tus gallinas, lechugas y variedad de productos que tenías de acuerdo a la estación.

También fuiste cocinera, lavandera y planchadora para ayudar a mantener ese hogar donde abundaba el amor, pero en el que había que luchar mucho para sobrevivir.

Tanto cariño te tenían las personas para quienes trabajabas, que siendo ya tus hijos mayores y aportando ingresos, te pidieron que no salieras más de tu casa para hacer esos quehaceres. Aceptaste la ayuda, pero varios te pidieron que no los dejaras,

que siguieras, aunque fuera desde tu casa, lavando y planchando su ropa. Recuerdo cuando preparabas los bultos de diferentes prendas, limpiísimas, planchadas y dobladas con primor.

Mi mami me contaba que en verano tenían un solo vestido “presentable”, entonces las hacía dormir a las cuatro hijas y se los lavaba, y así siempre estaban limpias. Su mensaje era: “Pobres, sí; sucias, no”, recordando cuando en Italia lavaban la ropa en los arroyos. “Agua encuentras y un pedacito de jabón, si lo pides, que nadie te lo va a negar.” Así me decías.

¡Cuántas enseñanzas, abuela amada! Nunca te escuché hablar mal de nadie, nunca te oí gritar... solo me llegó como a tus hijos, el resto de tus nietos, bisnietos, familiares y amigos, el *amor*, un amor inconmensurable, un amor de palabras, hechos, caricias, que hoy al escribir sobre tu historia y la mía me invade de emoción y las lágrimas asoman.

El compartir un fin de semana en tu casa, dormir a tu lado (el abuelo ya había fallecido), jugar en el patio donde la parra era el techo fresco para las tardes de verano, regar tus plantas, ver al lechero que llegaba a llenar el recipiente que siempre dejabas en el borde del pozo de agua, tejer medias con cinco agujas mientras hablabas sin prestar atención a tu manualidad (técnica que, lamentablemente, nadie en la familia adquirió), hoy siento que son regalos que la vida me dio y que no tienen precio.

El pozo de agua pura y cristalina era el foco de mi atención. Estaba tapado, pero en cada visita, al cuidado tuyo, yo quería verlo.

Me asomaba a ese lugar “misterioso” de donde se sacaba agua con un balde y una sogá que llegaba hasta el fondo y luego se subía. Recuerdo los ladrillos que lo circundaban y un helecho pequeñito que crecía a los costados, de un verdor imponente.

Tu mirada fue, y todavía en el recuerdo lo es, un remanso.

Tu cuerpo menudo, de estatura baja, tus cabellos blancos que peinabas con un hermoso rodete, daban marco a tu cara angelical.

Atenta a los cumpleaños nos sorprendías siempre con una atención.

De tu mano recorrí mundos desconocidos gracias a tus vivencias en Italia. Nunca perdiste tu acento y mezclabas palabras de tu idioma natal con el español. Así aprendí algunos términos y dichos que aún recuerdo y que me llevaron a estudiar esa lengua, que es mi raíz.

El paso de los años te mantuvo firme, cuidando de tus padres y ayudando para que llegaran a Argentina tus sobrinos, hijos de aquella cuñada que te había dado malos momentos.

Un día ella también arribó a mi ciudad y fui testigo del encuentro de esas cuñadas. Con tu bondad, abuela, nunca le hiciste mención al pasado, pero sí escuché de los labios de Catalina, tu cuñada, quien tenía tu mismo nombre el pedido de perdón, en reiteradas oportunidades.

Festejamos tus ochenta años con inmenso goce. ¡Nadie faltó a la cita!

Tenías ochenta y cuatro años cuando la vida te quitó un hijo, el tío Juan, que vivía junto a su mujer en tu casa. Un accidente de trabajo dejó a todos sumido en un dolor tremendo.

Nunca recuperaste tu tímida sonrisa, el dolor fue tu compañero el resto de tus días, buscando el apoyo en tu fe inquebrantable. Tu rosario no se desprendía de entre tus dedos, como tampoco la presencia y el amor que te dábamos a diario.

Por ser tu nieta mayor, te acompañé, junto a mi madre, en la despedida y en cada visita que querías realizar para llevar flores, de tu jardín, a su último descanso.

Temíamos por tu salud ante semejante desgarró, sin embargo, los años siguieron su curso, con tu dolor a cuestas, mientras veías crecer a diez bisnietos.

¡Y así llegaste a cumplir cien años!, aunque entonces el festejo fue íntimo, ya que el dolor seguía merodeando por tus rincones.

El amor seguía llenando tu vida y los cuidados se iban sumando; ya no caminabas, sino que te desplazabas en una silla de ruedas, pero tu lucidez era increíble.

Ya no podías hacerlo, y una de mis tías se convirtió en la encargada de la huerta, el jardín y tus gallinas. Así continuaste con las ofrendas que dabas a cada uno cuando te visitábamos.

Mi dulce abuela Catalina, mi madre recibió tu legado de amor y me lo transmitió a mí y a mis hermanos, como vos a todos tus hijos y a quienes tuvieron la dicha de conocerte.

Rodeada de tus cuatro nietos, mis tres hermanos y yo, te despediste de este mundo una tarde de junio de 1985, habiendo cumplido 101 años, el 13 de mayo.

Me faltan palabras para expresar mi amor. Te amé, te amo y te amaré, como a mi madre, mientras viva.

Agradezco haber sido tu nieta y me refugio en tu recuerdo y en ese amor sin límites que nos diste y me diste.

STELLA NETRI

Belén de Escobar, provincia de Buenos Aires, Argentina.

1 de marzo de 2021.

Correo: stellanetri@yahoo.com.ar

Número telefónico: +5493484699729.

## El abuelo... de Tomás a don Tomás

Al comenzar a recopilar información sobre el abuelo Tomás entre sus nietos, ya que ninguno de sus hijos se encuentra con nosotros porque fueron llamados por el Creador, me he percatado que en mi familia se ha ido perdiendo en el tiempo parte de nuestra base de origen ya que la oralidad no es un recurso confiable ni imperecedero para que se mantenga cualquier información. Por esa razón recomiendo que asienten por escrito todo dato familiar que crean importante.

Lo que sí les puedo decir es que disfruté grandemente al hacerlo, ya que fortalecí nexos familiares y traje al tapete al abuelo Tomás. Me complace haber palpado el consenso que hay entre todos sobre la bonhomía del abuelo, ya que como ser humano tuvo errores y aciertos, pero prevalecieron los últimos.

Todo comenzó en los años de nuestro proceso de independencia, con la llegada a estas tierras venezolanas de un hombre de nombre Luciano Messones, que según nuestra tradición oral familiar procedía de la imponente Francia, aunque había nacido en la bella Italia. Vino voluntariamente a pelear junto a nuestro ejército libertador, suponemos que en una de las expediciones que se conformaron con este fin. Logró sobrevivir a la cruenta guerra y procreó un niño de nombre Natalio Luciano Messones. Este a su vez fue el padre de una niña a la cual nombraron Micaela.

Micaela a la postre fue madre soltera, dando a luz por allá por el año 1880, el 21 de diciembre, a un niño que fue bautizado con el nombre de Tomás Temístocles Messones. Resultó que en el registro de la época asentaron el apellido del abuelo, no como lo tenía Micaela (Messones), sino Mezones, y ella no se percató. Así que el abuelo quedó con un apellido de igual sonido, pero distinta grafía. Donde había “ss” quedó una “z”.

El abuelo hablaba de su madre y la nombraba Micaila, por más que lo corrigieran; además no le decía mamá. Él no pasó por una escuela, pero aprendió a leer y sacar cuentas por otros medios que no logramos determinar. Su vida fue un constante trajinar, ya que desde muy pequeño tuvo que trabajar en diferentes oficios como conuquero, peón de hacienda y, posteriormente, ya de zagaletón, comenzó un emprendimiento con animales de carga, primero con burros y posteriormente con algunas mulas, lo que lo convirtió a la postre también en arriero. Traslataba cargas de lo que cosechaban él y otros conuqueros o granjeros, desde las siembras a los mercados u otros destinos, lo que hoy día hacen los transportistas en camiones o camionetas.

Este era un trabajo arduo que realizaba a pie y en mula. Luego de colocar los arreos a los burros amarraba con mecates las diferentes cargas, lo que requería de gran pericia para que lo amarrado no terminara de improviso en el suelo por el movimiento de estos animales.

Por otro lado, también realizaba el cuidado de los animales: alimentación, baños y curas de las llamadas mataduras, las cuales eran úlceras que se les formaban por el maltrato del arnés o por la picadura de algún insecto.

Así, mi abuelo el arriero transportaba a largas distancias diversas cargas, unas de él y otras por encargo.

Tuvo un lapso de tiempo, a los veintiún años, donde fue reclutado por el gobierno de Cipriano Castro para pelear en la

Revolución Libertadora de la cual gracias al Creador salió ileso. Luego regresaría a su oficio de arriero.

En su andar rutinario llevando cargas le tocó varias veces entregarlas a un ciudadano de origen español. Este hombre tenía a su cargo a su joven nieta, (era huérfana de padres). Esta muchacha llamó la atención del joven Tomás, por lo que cada vez que tenía oportunidad la cortejaba, hasta que ella le correspondió y un día le dio el sí; pero el abuelo de la joven no permitía aquella relación, argumentándole a ella despectivamente del oficio de arriero que ejercía el joven Tomás<sup>6</sup>.



El abuelo Tomás

La situación de rechazo del hombre hacia Tomás obligó a que se tuvieran que ver a escondidas. De aquella relación resultó un embarazo no esperado. Tomás insistió con el abuelo

---

6 Nota del autor: Con respecto a la fotografía, es la única imagen que logramos obtener del abuelo Tomás.

en casarse con ella, y este no lo permitió, lo que los alejó, desistiendo finalmente.

Al pasar los años el abuelo Tomás conoció y se unió en concubinato a Ana María González, quien tenía un hijo de una relación anterior de nombre León Augusto. Pasado un tiempo una tarde apareció en la casa que habitaban Tomás y Ana María, ubicada en la población de Macagüita, estado Miranda, una persona que dijo ser vecina del abuelo Tomás y de su exnovia (aquella de quien tuvo que alejarse debido a la intransigencia de su abuelo de no aceptar su relación) y con la cual había tenido un hijo; la señora contó que la madre del niño había fallecido y que el abuelo estaba muy mal de salud, por lo que le solicitó a la vecina que buscara al abuelo Tomás para que se encargara de la crianza del niño, lo que aceptó previo consentimiento de Ana María. Ambos continuaron con la crianza de este niño de nombre Julio López, resultando a la postre un buen hijo de ambos.

Posteriormente la pareja de Tomás y Ana María concibieron la primera hija de ambos, Tomasa Etanislá (madre de quien escribe). Luego fue naciendo el resto de la prole: Victoria, Trina, Elena. Tomás continuó con el extenuante oficio de arriero, que practicó durante muchos años más como medio para llevar el sustento al hogar.

Posteriormente la familia siguió creciendo. Llegaron Enrique y Carmen Amelia, la cual al presentarla Ana María no se percató de que la escribiente la había registrado como Carmen Aurelia. Su desconocimiento le impidió reclamar el error cometido. Estos errores se convirtieron en una constante de los escribientes de la época con algunos miembros de la familia, aunado al hecho de que, por la misma ignorancia, la abuela Ana María cuando presentaba los hijos ante el registro no lo hacía con el apellido del abuelo Tomás, sino con el de ella,

ya que al parecer el reconocimiento del padre no era requisito para ese entonces. Así, todos sus hijos llevaron el apellido materno, González.

El tiempo pasaba muy lento para ellos en Macagüita, por lo tranquilo del lugar. Sin embargo, los hijos fueron creciendo y Tomás abrió una pequeña bodega donde expendía comestibles al comienzo, como café, queso, granos, verduras, huevos, papelón, velas, etc., y posteriormente añadió los llamados “palos” de aguardiente, tanto puros como con aditivos de plantas como berro, canela o anís y también de algunas frutas, a dos centavos el “palo”.

Contaba mi mamá Tomasa que, cuando ocasionalmente atendía el negocio, pudo darse cuenta de que mi abuelo era más lo que fiaba que lo que vendía en efectivo, pues tenía varios cuadernos donde anotaba lo fiado. Además nos refirió que ahí probó los diferentes preparados con aguardiente cuando nadie se daba cuenta (¡cosas de muchacha!).

También Tomás en su bodega practicaba el trueque, cambiando, por ejemplo, mazorcas por café o viceversa, animales de caza que le llevaban los pobladores de los alrededores por diversos alimentos que él tenía en existencia en su bodega, por ejemplo, una lapa o un venado, lo que lo llevó a ser muy conocido en el poblado. De este modo pasó de ser Tomás a don Tomás.

Simultáneamente, Tomás continuaba con el arreo, pero ahora más esporádicamente. Un día llegó a la bodega un señor con un arreo de burros a comprar maíz para alimentarlos y le pidió a Tomás agua para los animales. Él llamo a Tomasa para que le llenara unas canoas de madera que tenían en el patio a los animales y, mientras conversaban, el forastero le preguntó a Tomás que dónde podría comer cerca de allí, y el abuelo lo invitó a almorzar. Al finalizar la comida, el arriero reposó para

seguir camino y en ese lapso le hizo varias compras de tabaco, casabe, chimó, etc. Se tomó unos cuantos palos de berro y pidió una botella del mismo licor para el camino.

De aquella visita del colega del abuelo resultó que posteriormente habilitó un espacio en la casa para vender comida a personas en tránsito, entre ellos los arrieros, a los cuales daba servicios para sus animales como agua y maíz.

Recuerdo que mi mamá, Tomasa, contaba “que ya grandecita, el abuelo la mandaba a Victoria y a ella a bañar las bestias al río cercano”, aprovechando para montarlos. Primero lo hizo con los burros y posteriormente se arriesgó con una de las mulas (la más briosa), por lo que se convirtió en una gran jinete sin que el abuelo se enterara y así llegó a montar caballos de mucho brío.

Traigo a colación, con respecto a la venta a crédito, otra anécdota que le oí a mi madre: había un señor, que no voy a nombrar aquí, que tenía lo que llamamos “un mono” inmenso con mi abuelo, que abarcaba varias páginas de uno de los cuadernos donde llevaba el record de los deudores. Este no amortizaba la deuda y tenía el descaro de seguir pidiendo fiado, hasta que un día dejó de aparecer por la bodega y se corrió el rumor de que se había ganado un premio. Lo cierto fue que no se le vio por algún tiempo por la bodega, lo que extrañó a la familia, pero un día sábado se apareció en un vehículo nuevo, se acercó al mostrador y saludó al abuelo:

—¿Qué tal, Tomás? ¿Cómo va el negocio?

—La salud bien, el negocio regular pa'l tiempo, a ti no te pregunto: con ese carrote, ¿debe irte muy bien!

—¿No sabías que me gané un cuadro de caballos y me compré este carro para darme un gusto?

—Me alegra mucho por ti... Ahora estás en posibilidad de saldar la deuda que tienes conmigo.

—Tomás, ¿quién te dijo que deuda vieja se paga?

El abuelo muy sereno le respondió:

—Fulano, las deudas viejas sí se pagan —miró al cielo y le replicó—. Si no se le pagan al que te fio por mucho tiempo y te permitió comer, se le pagan al que está allá arriba —y le dio la espalda.

Transcurrió algún tiempo y el Fulano no aparecía, hasta que una mañana se presentó a la bodega con muy mal aspecto, cojeando de una pierna y con una mano casi inmóvil.

—Don Tomás, buen día, ¿cómo está usted?

—Buen día, Fulano, de salud, digamos que bien... A ti ¿cómo te va?

—Mal, don Tomás. Usted tenía razón: las deudas viejas sí se pagan.

Y le contó que había tenido un accidente con el carro, donde por poco muere y que le hizo quedar mal de una pierna. También le mostró la mano derecha, que tenía inmóvil. Le dijo que el carro quedó inservible y tuvo que pagar por daños a terceros. El abuelo lo miró de arriba abajo y lo invitó a tomarse un palo de berro.

Tiempo después, a pedido de Ana María, se mudaron a Aniagua, un poblado cercano a Macagüita donde, después de vender los burros y mulas, continuó con su bodega. Pasaron algunos años y volvieron a cambiar de residencia. Ahora les tocó vivir en Camatagua, una localidad del estado Miranda, hasta que murió su madre Micaela, la cual dejó en herencia a él y sus hermanos un terreno en Los Teques, en la zona de Campo Alegre. Este terreno era un gran solar, como ellos decían, adyacente a la estación del tren y que limitaba, por detrás y lateralmente, con el parque Knoop (o Parque de los Coquitos). Esta era una zona residencial donde se vieron rodeados de casas de clase media alta, de construcción estadounidense, habitadas por nacionales de ese origen. También había otras casas de construcción colonial habitadas por coterráneos.

La casa dejada por Micaela era de bahareque y techos de caña amarga y cinc, muy humilde, pero en un espacio envidiable por lo amplio del terreno, con árboles de mango, mandarina, guayaba, limón francés, etc.

Coincide que, al mudarse a Campo Alegre, la familia sufrió una crisis económica, ya que no pudieron establecerse bien en el lugar. No tenían trabajo estable y el abuelo ya no tenía la bodega. Así que el don Tomás de Macagüita había quedado allá; ahora tendría que solicitar crédito para llevar el alimento a casa. Lo solicitó en algunas bodegas cercanas a su residencia, pero le resultó infructuosa su búsqueda. Pasó otra semana y se dirigió a otra parte de la ciudad llamada El Llano, dándose la casualidad providencial de que encontró una bodega donde el propietario y dependiente resultó un conocido de él de Macagüita a quien le había dado crédito en su bodega:

—Don Tomás, ¿cómo está usted? ¿En qué podemos servirle?

El abuelo, humildemente, le relató la situación por la cual pasaba y no tardó en recibir la respuesta del dependiente:

—Don Tomás, aquí estamos para servirle. ¿Qué es lo que necesita?

El abuelo le hizo su pedido de alimentos de primera necesidad sin añadir nada más a pesar de la insistencia del propietario.

Después de pagar la deuda y pasar la crisis, el abuelo quedó con cuenta abierta en esa bodega, pues se convirtió en un cliente asiduo del lugar, que fue ampliado, tenía más dependientes atendiendo y estaba mejor surtida.

Recuerdo que años después, una de las veces que mamá y yo íbamos a visitar al abuelo y al resto de la familia, él nos pidió a tres de sus nietos, Calín, Héctor y yo, que lo acompañáramos a hacer compras. Casualmente fuimos a esa bodega y noté que lo atendían con una gran amabilidad, sobre todo no dejaban de

llamarlo don Tomás. Ese trato para con él me produce, a larga distancia en años, una gran satisfacción, porque fue ganado con su actuación en la vida.

Esa vez era víspera de Navidad y el abuelo compró allí, como lo hacía siempre en esa fecha (según mi hermana Mercedes), todos los ingredientes para las hallacas, menos la carne, que la compraba en el mercado. Recuerdo además que compró un molino para maíz y vi cuando asentaron en un cuaderno lo pedido. Posteriormente los hijos y nietos mayores le daban el dinero para cancelar el crédito.

Cabe decir que las hallacas hechas en la casa de los Mezones fueron muy populares en Los Teques, pero no se vendían, sino que todo aquel amigo o conocido que visitara la humilde casa en esas fechas (independientemente de su esfera social en Los Teques, humilde o profesional de clase media alta, etc.), se le servía una de esas divinas hallacas, confeccionadas por mi abuela y mis tías.

El abuelo disfrutaba grandemente esa tradición, que pasó a sus hijos y nietos, aunque no igual.

Para cuando esto sucedía ya los hijos e hijas eran adultos. Una de las hijas le dio tres nietos, otra cuatro y otra tres, y seis de estos convivieron con él una parte de su vida, disfrutando de su presencia jovial y cariñosa. Yo pasé a su lado aproximadamente un año, porque estudié segundo grado en Los Teques. Vivíamos en Caracas, y, por problemas de salud de mi madre, tuve que quedarme allá al cuidado de mis tías y el abuelo.

Así pude constatar la persona que era mi abuelo, un hombre católico, que iba poco a la iglesia, pero que rezaba diariamente en casa. Nosotros nos reíamos de ello y lo remedábamos por el movimiento de sus manos al hacer la señal de la cruz repetitivamente. No dejaba de ir en Semana Santa a las procesiones, costumbre que les quedó a sus hijas.

El abuelo era de un carácter apacible, la abuela era más temperamental. Me refiere Corina, una nieta que a su vez lo escuchó de su mamá, que ellos entre sí tenían algunas desavenencias propias de las parejas. Él, en esas ocasiones, invitaba a los nietos a que lo acompañaran a comprar catalinas a una señora que las hacía muy sabrosas y así se le escapaba a la abuela. Les decía a los niños en baja voz: “Ana María está brava”.

Con este ejercicio de escribir sobre el abuelo Tomás me he dado cuenta de lo poco que sabemos de la familia...

Me cuenta la prima Luisa, la nieta más apegada a él, que nuestro abuelo bailaba muy bien joropo, tanto tuyero como llanero, sobre todo que zapateaba y escobillaba muy bien, con gran habilidad y gracia, lo cual yo no sabía hasta ahora porque no tuve el privilegio de verlo. Por otro lado, me dijo mi mamá que ella le confeccionó un liquiliqui tomando de modelo uno que él tenía. A él le gustó tanto que, a partir de allí, ella cada vez que tenía posibilidad económica le compraba la tela y le confeccionaba uno para sorprenderlo. Él usaba liquiliqui con sombrero “pelóe guama” y alpargatas de suela. Creemos que nunca usó zapatos; tal vez en el ejército...

Pasó el tiempo y por allá por el año 1956, aproximadamente, la familia se vio en la obligación de abandonar el domicilio de Campo Alegre, por una especie de chanchullo (decían mis tíos) que un grupo de abogados le hicieron a la sucesión Mezones, herederos de Micaela, para cobrar unos honorarios adeudados por la misma.

Debido a esto remataron el terreno y lo construido por una cantidad inferior a lo que valía, dedujeron sus honorarios y el resto fue colocado en una depositaria judicial, lo que la familia nunca retiró. Pero como a nadie le falta Dios (decía el abuelo), Julio López, su hijo, les dio albergue en una casa que tenía en la localidad de La Mata, cercana a Campo Alegre. Allí se convirtió en sembrador de café y enseñó a sus hijos y algunos nietos

la siembra, cosecha, secado y tostado óptimo del grano. Así la familia reafirmó el gusto por el café, y podemos decirlo, porque de pequeños los nietos tomábamos guarapo o guayoyo de café caliente, con las catalinas o golfeados con queso rallado que nos traía él abuelo. Qué recuerdos tan placenteros me quedaron...

Años después la abuela Ana María enfermó y Tomasa, la mayor, la trajo a nuestra casa en El Valle, para facilitar que tuviera atención médica. Fue atendida a domicilio por médicos del Seguro Social, entre ellos dos grandes doctores, Eduardo Gallegos Mancera y Alcides Rodríguez, quienes iban a la casa aunque no estuvieran de guardia. En ese tiempo se casaron los abuelos, *in articulo mortis*, por recomendación familiar, viendo el estado de salud de ella, para que el abuelo reconociera legalmente a los hijos habidos de esa unión.

Un año después la abuela falleció y el abuelo le sobrevivió un par de años aproximadamente; igualmente enfermó y Tomasa lo trajo a casa en las mismas circunstancias que mi abuela. Estando recluido en un hospital del centro de Caracas, el abuelo se escapó y anduvo deambulando. Por suerte lo vio un vecino del barrio que lo reconoció y acercándosele le preguntó que a dónde se dirigía, a lo que respondió: "A casa de mi hija". El señor le dijo que vivía cerca de ella y que lo podía llevar, el abuelo le respondió que él se iba caminando y tomó dirección a Catia. Tanto insistió el señor que al final logró convencerlo y lo llevó a nuestra casa, adonde recién había regresado mi mamá de trabajar en una fábrica de ropa como costurera. Se llevó un gran susto cuando lo vio y le agradeció al vecino y a la Providencia (como lo contaba ella). Mamá lo ayudó a bañarse y luego a vestirse, le dio de comer y lo regresó posteriormente al hospital donde se sorprendieron y le pidieron disculpas a mi mamá, que estaba indignada. A raíz de este incidente, Tomasa hizo la solicitud en la empresa para llevar la costura y realizarla en casa, para poder estar pendiente del abuelo Tomás.

Posteriormente allá por el año 1959, a los setenta y nueve años, el abuelo partió de este plano terrenal, pero quedó muy metido en nuestros corazones.

Decía el abuelo Tomás estos versos:

Antes tenía bodega  
y me llamaban don Tomás,  
ahora como no tengo,  
me llaman Tomás nomás.

TOMÁS ENRIQUE MEZONES  
El Valle, Caracas, Distrito Capital.  
7 de marzo de 2021.  
Correo: tmezones56@gmail.com  
Número telefónico: 0416-8252564.

# La Leo



La abuela Leo

*Vívidos recuerdos guardo en mi memoria de Las Salinas en Güira, estado Sucre, donde nací. Me parece que fue ayer: recuerdo la casa grande y de estructura vieja, combinaciones de madera, adobe y techo de cinc donde me crié. La casa tenía un patio grande poblado de animales domésticos.*

*Lo que más me gustaba de esa casa, sin embargo, no era precisamente su patio, sino su frente, con amplias ventanas por donde entraba mucho aire y las cortinas revoloteaban con la brisa cual golondrinas bailando un vals. Yo dejaba que las rústicas telas me tocaran la cara e imaginaba que eran suaves fulares traídos de la India o diopovelo de Italia, y yo una princesa de la antigua Tiatira. Justo al frente, en medio del camino, estaba él, imponente, majestuoso, el más atractivo, hermoso y alto de todos.*

*De día quería tocar el sol y de noche alcanzar las estrellas. ¡Qué maravilloso era observarlo! Prepararlo era un desafío. Dar volteretas en sus ramas, muy divertido. abrazar su ancho tallo, un asunto de medidas. Con mis manos delineaba sus sobresalientes raíces: mi viejo árbol. Majestuoso samán en medio del camino. Junto a él vivía soñando. “Leocadiaoo, Valeriaoo, mijao, ¡apúrate con el agua!”, cuando así oía a mi madre que me llamaba, dejaba de soñar. ¡Tenía que volver a la realidad!*

*Recuerdo que mi madre decía:*

*—Leocadia Valeria, mi linda muchacha con sueños de mujer. Estás creciendo al lado de nosotros, tus padres y hermanos, aquí en esta casa vieja de Las Salinas, jugando a la pata del gran samán en medio del camino y comiendo pescao salao, bola'e plátano, cambur verde y chino sancochao, funche y arroz con coco, bagre amarillo y tarcarí de pato guisao, hervido de gallina criolla que en la mesa nunca ha faltao... Hmmm, ¡qué delicia de comidas has disfrutao! Solo que de un tiempo para acá la dieta un poco has cambiao, ya no comes el pato, el cochino, el morrocoy y el pescao de cuero como el bagre, porque te han enseñao que son animales inmundos, creados para limpiar; ya en la Biblia te lo han señalao. ¡Qué bonita está mi Leo, que se la pasa soñando despierta! ¡Yo creo que se me ha enamora!*

*Yo, la Leo, solo le sonreía a mi mamá, al mismo tiempo que tragaba grueso, cuando me decía todo eso.*

*—Pon cuidado, muchacha. Más vale y vete pa la escuela a estudiá”.*

*Yo, la Leo, tenía que ir a la escuela rural, que distaba unos tres kilómetros desde mi comunidad. Nos íbamos caminando un montón de muchachos y muchachas, levantando el polvo del camino... cantando: “Traigo polvo del camino, traigo polvo del camino, traigo la espuma del río”, y por el camino corríamos, saltábamos, comíamos tamarindos y pumalacas y nos contábamos historias inventadas por nosotros mismos. Yo les contaba que quería ser doctora en medicina o*

*una santa como Teresa de Calcuta, porque Dios nos ha llamado a ser santos: "... cabeza y no cola".*

*Pero, mi sueño anhelado, profundo, que me hacía latir muy fuerte el corazón no lo contaba, pues penetraba lo más íntimo de mi ser... yo soñaba con mi gran y único amor, así como en una radio-novela, tal vez como una de Martín Lantigua. Estaba enamorada, como decía mi mamá.*

*Un día iba yo a la playa a comprar sal y pescado, y al cruzar un puentecito de una quebradita, me habló don Venancio, el ciego de Las Salinas, y me dijo:*

*—Vas a la playa por un mandado, pero encontrarás el amor deseado...*

*—¡Qué cosas dice don Venancio! No juegue tanto con los encantos —le respondí.*

*—Encantos solamente, no, mijao, palabra cierta te digo yo, que no veo color ni la luz del sol, pero siento tu olor.*

*Seguí mi camino pensando en esas palabras. Ciertamente, cada vez que yo iba a la playa por un mandado, algo de perfume me echaba cuando el puente yo pasaba. Porque en la playa figuraba que con mi amor platónico yo me tropezara. "¡Qué nervios, me voy a caer!, y tan desgredada que ando... ¡será por eso que ni pelota me para!", me decía a mí misma, mientras observaba y me sentía muy triste porque, aunque la botellita de perfume francés, que encontré un día flotando en la playa, luego que un barco con destino a Trinidad zarpara, me echaba casi todo encima, el galán de mis sueños ni siquiera me miraba.*

*Claro, si estaba rodeado de tantas mulatas bellas con bonitos vestidos y en sus pies sandalias tejidas calzaban y cada una de ellas pelándole los dientes le coqueteaban. Pero la vida da muchas vueltas y como dice la canción: "La vida es una tómbola, tom, tom, tómbola" de luz y de color, unos días son oscuros y crees que nada te sale bien, pero siempre habrá una lucecita que dará alegría ¡y el mundo se nos tornará un arcoíris de color!*

Fue así como le sucedió a la Leo que un día de tómbola, de luz y de color, de regreso a su casa, al cruzar el puente, se tropezó con su amor soñado. Ella es la Leo y él es Miguel. Este, por su galantería, no soportó pasar desapercibido y le dijo a la más fea:

—Cariño, me cautiva tu olor, parece el perfume de mala-bares o del jazmín derramado en ti, que eres una flor.

Desde ese momento comenzó una estrecha amistad. Miguel era maestro escolar, de esos que con sexto grado sabían bastante y tenían licencia de enseñar. Me contaba la Leo que ellos pasaban horas conversando, dejando a las otras chicas muertas de envidia. Cientos de cosas le decían para hacerla desagradar, pero no lo consiguieron nunca, pues el maestro decía que la Leo tenía temas para conversar porque, a diferencia de las mulatas bellas, ella no solo le sonreía al maestro, sino que se desenvolvía muy bien al hablar.

*Me acompañó muchas veces hasta el viejo samán y durante una puesta de sol, a la sombra de mi árbol preferido, me declaró su amor. Y aunque asomada por una de las grandes ventanas de mi casa estaba mi madre, que se mostraba preocupada, yo le acepté y también le dije que lo amaba. Y esa tarde quedó inscrita la palabra de nuestro enlace de amor en el tallo del árbol.*

*Al entrar en la casa, mi madre me interpeló, inquieta, porque sabía de los antecedentes de amoríos de Miguel:*

*—Oye, hija mía, ese tal Miguel te hace ver como chinchita peorra que quiere saltar sobre él. Tus ojitos te brillan... No, no quiero pensar lo que pasará. Ese Miguel que no es de Cervantes. Por su vara muchas mujeres han pasado ya, su sangre es como mermelada que todas quieren saborear, sus labios carnosos como de tulipán que abiertos sus pétalos te quiere atrapar, mi linda abejita de mi panal. Yo soy tu madre querida, principios de Dios te he enseñado, de tu*

*casa de velo y corona saldrás, no quiero que de concubina te vayas con ese Don Juan.*

*—Mami, te entiendo, pero comprende a mi corazón, que cuando a él lo veo esperándome en el viejo samán, soy como tú dices: una abejita que junto a él me quiero ir a endulzar.*

*—Ay, hija mía, cuando mis ventanas cierre y no sepa más na, tú seguirás la vida que tú misma trazarás. Que Dios te bendiga. Mi papel he cumplido ya.*

*La Leo y Miguel se fueron a vivir juntos. Él nunca le dijo para casarse porque implicaba mucho gasto. Ella lo quería tanto que no le importaron tantas advertencias de su madre y, bueno, en sus adentros pensaba para consolarse: la mayoría viven así sin casarse muchos años, y tienen sus familias numerosas y bien unidas.*

El Miguel, que tanto amor le juró, la dejaba sola y se iba a mujerear. Por esas andanzas su primer hijito casi lo llegó a perder. De no ser por un viejito que pasó por el camino de aquel monte donde la llevó Miguel a vivir, se desangra la pobre Leo y su criatura también. Este viejito de una de las parcelas vecinas la montó en su bestia, la llevó al dispensario del pueblo y allí a su primogénito dio a luz.

Miguel, que no sabía, se enteró un par de días después. Su cara se alegró tanto que la Leo me contó que era como verle sonreír otra vez cuando se veían a los ojos en el viejo samán.

*Sentí nuevamente el arcoíris de colores en mi vida. Miguel estaba feliz y se quedó conmigo y su hijo un buen tiempo. Pero después el dinero no le alcanzaba. Tuvo suerte y lo nombraron comisario del pueblo. Ganando más dinero pensé que todo mejoraría. Eso solo estaba en mis ideas, mi pensamiento, mi imaginación porque él ya no estaba en la casa, vivía más en la comisaría, en los hoteles y viajando. Pasaron los años y yo seguía soñando con lo hermoso de mi amor, recordando lo vivido en Las Salinas, cruzando el puente, yo perfumándome y mis aventuras cuando iba a la escuela o las volteretas en el viejo samán en medio del camino.*

*Tuve cinco hijos más, los crie con mucho afán, con mis deseos de bienestar. Todos mis hijos se llamaron Miguel o Miguelina —no porque Miguel quisiera perpetuar su nombre, sino que era devoto del arcángel Miguel—, excepto una hija que yo, la Leo, aprovechando la oportunidad de que Miguel ausente estaba al momento que llego la partera, ni corta ni perezosa le dije esta:*

*—Miguelina no se llamará, ¡Gregoria su nombre será!*

Estando sus hijos ya grandes, la Leo comenzó un día a recordar. Suspiraba profundamente y escondidita se ponía a llorar, pensando en su madre que muchos consejos en su vida ella le pudo dar. Y se sentía triste, con la conciencia pesada, con sentimientos de culpa porque no se llegó a casar; para su casa, siendo doncella, poder dejar como Dios manda, de velo y corona, derecho al altar.

Pero la vida para la Leo siguió siendo una tómbola de luz y de color.

De todos sus hijos, Héctor Miguel, el tercero de todos ellos, había heredado de su madre el arte de soñar, de imaginarse ser el príncipe Seretse y entre sus poemas tejer su vida llena de imaginarios fulares y brisa fresca de mediodía y atardeceres.

Por muchos años, así como casi toda su vida, por más buena que ella era, de lindas cualidades, con virtudes para contar, trabajadora, pero víctima de las costumbres vejatorias en su vida marital... al final de la historia o en un lapso mismo para continuar, este hijo tercero sorpresa le vino a dar cuando le dijo:

—Mamá, sacerdocio quiero estudiar.

¡Qué emoción tan grande: la Leo un hijo sacerdote tendrá!

Entró al seminario y en las misas servía de sacristán, pero, para que este se pudiera graduar, Dios lo utilizó para hacerle a la Leo uno de sus sueños realidad. Muy seriamente el cura dijo:

—Mire, mi sacristán, si usted quiere ser cura, tus padres se deben casar. Así que vaya rapidito y entregue esta carta a su

mamá, y si no se casan, pues, para su casa su maletica le voy a mandar.

Esa carta fue sentencia. Miguel, como hombre cabal (aunque siempre anduvo de moscardón), tuvo que mostrarse amigo de las buenas costumbres de sociedad, además era él el comisario y buen ejemplo debía dar. Fue una ceremonia sencilla, pero la alegría era a todo dar. El arcoíris de colores a la Leo le volvió a brillar. Y ella, casada, consumó su sueño real de ser la señora como siempre lo quiso su mamá, no importaban los años que tardó, al fin los caminos de Dios siempre llegan a su preciso lugar.

¡Qué suerte bendita la de la Leo!

Qué bonita anda desde entonces, alegre con su sonrisa sin igual, cantando se la pasa como un avecilla en el palacio real, donde ahora sí es princesa y hasta reina oficial; su amargo, pero dulce hogar, junto a sus hijos y su esposo, su único novio, su único hombre, su único amor, a quien fue fiel hasta el final, el final que no nos gusta cuando lo vemos llegar; hombres que la juventud la dejan en la calle, teniendo en su casa el verdadero panal, buscando lo que no se les ha perdido, ese disfrute carnal y al llegar la vejez a sus amadas esposas dejan el bagazo nomás.

La Leo lo quiso, lo amó y lo cuidó hasta que sus pensamientos no fueron más. Se cumplió la sentencia que dan al las nupcias contraer: "... en las buenas y en las malas, en la salud o enfermedad", ustedes juntos han de estar, apoyándose uno al otro hasta que la muerte los separará. Su hijo tercero, a la verdad de sacristán no llegó a pasar, pues se enamoraba de cada flor que iba al confesional. Pero llegó a ser guardia nacional. Del seminario sacerdotal, pasó a la escuela Esguarnac.

Se casó como soñó y al igual le tocó el destino como solía soñar, que él era el príncipe Seretse que con mujer blanca se llegó a casar. Tuvo cuatro hijos, tres varones y una hembra, la princesa de su rosal.

¿Y cómo es que sé tanto de esta historia tan tierna, terrestre y a la vez celestial? Porque el amor viene del cielo, es un don que solo Dios nos da...

Yo me acuerdo tanto de esas narraciones porque sentada en la sala, en el patio, en la cocina o al caminar por las calles de Campo Alegre, yo solía escuchar de los labios de esa dama que más de una vez me hizo viajar a lugares recónditos a ver el viejo samán, a llamar la brisa que viniera a soplar entre los fulares de ensueño entre querer y amar.

La nieta de la Leo soy yo, quien escuché las narrativas de un amor verdadero que trasciende la eternidad, y contaré a mi prole y a toda la humanidad que el amor de una mujer, si el hombre no lo sabe respetar, Dios la vindica y reconoce a su debido tiempo y lugar, no importa cuánto tarde, lo que importa es el final.

Yo me acuerdo de la Leo, mi abuelita fuerte como el samán en medio del camino, majestuosa como él, libre, bella al caminar, con sus pasos esperanzados el amor llegó a alcanzar.

Leocadia Valeria Ramírez de García nació en Las Salinas Güiría, estado Sucre, Venezuela, el 9 de diciembre de 1923. Era una linda mulata de cautivante sonrisa, con su peculiar incisivo de oro, creyente en Dios, devota a sus santos, amable y servicial, amante de las calas cultivadas en su gran jardín casero, desarrolló en el ambiente hogareño desde su infancia habilidades manuales como la costura, el tejido, el arte culinario, la agricultura, la fruticultura y la cría de animales domésticos.

Llevó un diario de acontecimientos familiares importantes como nacimientos, fallecimientos, cumpleaños, aniversarios, encuentros, graduaciones, diagnósticos médicos, oraciones contestadas y viajes, acompañados de notas especiales sobre sus sentimientos y pensamientos profundos relacionados con cada evento y experiencia vivida.

Sus platos preferidos eran sancocho de gallina, tarcarí de pato, funche, pescado salado, plátanos, ocumo chino, y de las frutas le gustaban el coco, la naranja y la pumalaca. Le gustaba cantar y bailar boleros. Dedicada a su hogar. Casada con el comisario y maestro Héctor Miguel García Berauc.

Sus hijos: Miguel, Miguelina, Petra Miguelina, Héctor Miguel, Leonardo Miguel y Gregoria. Nivel de instrucción: sexto grado. De oficios del hogar, costura y tejido. Su casa matrimonial estaba ubicada Campo Alegre, Caripito, estado Monagas. Muy querida por sus amigos, amada y recordada por sus hijos, nietos y bisnietos.

Cerró sus ojos a sus ochenta y cuatro años de edad, el 10 de enero de 2007, dejando un gran legado familiar y ejemplo digno a seguir de lucha, trabajo, dedicación, empeño en las cosas buenas, la justicia, el amor y la paz.

YELITZA DEL VALLE GARCÍA CARRILLO

Barrancas de Barinas, estado Barinas.

10 de marzo de 2021.

Correo: y-elicar@hotmail.com

Número telefónico: 0412-1036001.

## El conuco del abuelo Francisco

El recuerdo que más aflora a mi memoria, cuando recuerdo al abuelo, era el de su porte y actitud ante la vida. Varón de raza negra, con cabellos canosos, descendiente de libaneses y madre venezolana.

Yo era un imberbe de doce años, por allá en los años setenta del siglo pasado con deseos de conocer el famoso conuco del abuelo, distante del pueblo de Marigüitar a unos cuarenta y cinco minutos en bestia (mi abuelo tenía un caballo y una mula para la faena de ir todos los días al conuco). Me acuerdo y aún sueño con ello: un terreno de aproximadamente una o dos hectáreas, completamente sembrada de yuca y maíz. Me encantaba correr por debajo de las matas de yuca que parecían un pequeño bosque, con una tierra limpia como si todos los días la barrieran.

Mi abuelo preparaba una carne salada y curada que colocaba en una parrilla, previa extracción y destronque de un par de matas de yuca para obtener su raíz y cocerla al fuego mientras dorábamos la carne en las brasas. Tan sencillo alimento para mí era el plato más deseado de mis vacaciones de julio.

Mi abuelo, recuerdo, hablaba poco, pero tenía un gesto hermoso y una mirada de tranquilidad, que aun con doce años, provocaba estar entre sus brazos. Jamás lo vi enojado, solo expresaba: “¿Quiere ir pa’l conuco, Alfonso de Jesús?”. Era el único que me llamaba por mis dos nombres.

El caso más anecdótico de mi persona y el abuelo fue el litigio que sostuve con el jefe civil del pueblo. Resulta que estábamos próximos a la fecha del aniversario de Cumaná y el jefe civil (a quien le decíamos “el Alcaldi”) haría una reunión donde sería orador, pero todavía no terminaba de completar su discurso.

El Alcaldi era compadre de mi abuelo y muy allegado a la familia, por lo que me vi en una sala oficina donde el Alcaldi discutía su pieza oratoria, texto en el cual discurría sobre los países emancipados por Bolívar.

No sé por qué ocurrencia intervine, a pesar de tener solo el primer año de estudios, sobre el tema y la cantidad de países que bajo la idea bolivariana existían a la fecha. Se desconocía entonces la inclusión de Panamá y el Alto Perú.

Bastó esta intervención para que se regara por el pueblo que el nieto del señor Francisco había intercambiado discusión con el señor Alcaldi. Al día siguiente mi abuelo me compró ropa nueva y me llevó a la plaza donde se celebraba la fecha aniversario y el acto del pueblo. ¡Cuál sería la felicidad de mi abuelo cuando el señor Alcaldi se refirió al nieto del señor Francisco y su aporte al discurso! ¡Este era mi abuelo!

Igual fue cuando llamó a su compadre el funerario para dejarle pago los gastos que generaría su entierro cuando falleciera (ya había pagado con anterioridad el ataúd o la urna de madera caoba, que guardaba en el dintel de un cuarto de peroles y cachivaches). Menuda previsión la de mi abuelo, que hasta su muerte pagó por adelantado, para no causarles problemas, decía él, a los sobrevivientes y familiares.

De él recuerdo hoy la grandeza de la palabra y honrar los compromisos, su tranquilidad reflejada en la paz que irradiaba a todos nosotros. Los nietos que le visitábamos marcaron una diferencia con los que nunca lo hicieron o le conocieron, como mi hermano mayor.

Aquel conuco del abuelo Francisco lo observé por última vez en mayo de 1973, pero ya no existía el abuelo y del conuco quedaba solo una referencia de los vecinos de que “aquel”, indicando así al norte, “era el conuco del señor Francisco Olivo”.

ALFONSO DE JESÚS OLIVO DÍAZ

Barquisimeto, estado Lara.

10 de marzo de 2021.

Correo: matiascoop@gmail.com

Números telefónicos: 0251-2323952 y

0416-9510265.

# Mi bisabuela

Mi bisabuela era la madre de mi abuelo, el padre de mi madre. Era una anciana delgada, de mediana estatura, de piel morena, muy derecha, con la cabellera encrespada que le caía en sus hombros. Recuerdo que llegaba de pronto, con una flor de cayena roja del lado derecho por encima de la oreja, con sus labios pintados de rojo y sus mejillas con polvo de rubor, dándole un aspecto muy bonito a su cara.

Era muy educada y tenía mucha sabiduría del deber ser de las cosas y de la vida. Siempre que llegaba de los campos de Carúpano a nuestra casa en Puerto la Cruz manifestaba que quería saber de mi madre.

A ella le gustaba mucho conversar. Un día, cuando yo tenía once años, me senté a escuchar sus cuentos. Le pregunté: “Abuela, ¿cómo conociste a tu esposo?”.

Enseguida se dispuso a contarme una hermosa historia de amor: ella lo vio pasar, él la miró, luego de un tiempo él le envió un papelito escrito donde le manifestaba su amor por ella. Ella mandó a redactar otro escrito para darle respuesta, aceptando ser su novia, y de allí él fue formalmente a pedir su mano a sus padres.

Cuenta que en su época las bodas eran cada determinado tiempo. Esto se debía a que, cuando el cardenal de la iglesia anunciaba que habría bodas, todas las chicas que estaban comprometidas se anotaban en una lista y se realizaban en grupos.

Bajaban de los distintos campos vestidas de novia, con su ajuar en la mano y sus trajes blancos. Cada novia iba en mula, aunque también se decía “en bestia”. Era toda una caravana de novias acompañadas de sus familiares y amigos.

¡Eso era una hermosa parranda, pues iban cantando y tomando por todo el trayecto hasta llegar a la iglesia! Una vez realizada la boda, regresaban a sus casas a celebrar. Llegaban los músicos, se prendía el baile y se servía el sancocho. Como el trayecto era largo, las personas llegaban con hambre.

¡El baile de la boda de mi bisabuela duró hasta la medianoche! Cuando se despidieron para irse a dormir a la casa donde vivirían, y le toca dormir con su esposo, se percató de que comenzó a bajarle la menstruación. Con cara de angustia le manifiesta que así no podrá dormir con él, pues su madre le había indicado que mientras se menstrúa, se está “inmunda” y no debía acercarse a su esposo. El hombre aceptó a dormir separados hasta que ella pasara el período. Luego de que esto ocurrió, iniciaron su vida conyugal y empezaron a nacer los hijos.

Eran muy pobres y la situación se puso peor por lo que empezaron a buscar alternativas para poder vivir. Después de varios años de pasar tanta calamidad, su esposo decidió irse a trabajar a las minas que estaban en Ciudad Bolívar. Esto era muy lejos, de semanas a pie ya que no existían carreteras ni vehículos de transporte, solo caminos para viajar en burros o mulas. La situación era tan precaria que este señor, su amado esposo, emprendió el viaje con la esperanza de regresar con dinero y provisiones para ella y sus hijos.

Él pudo venir muy poco durante ese tiempo ya que era un gran desafío hacer el camino de regreso. Pasado el tiempo venía cada vez menos, para tener noticias de su esposa e hijos. Luego de largos años, un día recibe mi abuela una visita. Era un conocido de la familia de mi abuela que también trabajaba en las minas y vino expresamente a traerle una noticia, la más triste

de todas: su amado esposo estaba comprometido para casarse por el territorio con otra chica y estaban comprando el ajuar de la novia en Trinidad. De allá traerían todo para que esta joven contrajera el matrimonio con este señor. Ella dice que en ese tiempo los hombres y las mujeres podían mudarse a otro territorio y volverse a casar; los registros eran locales, por lo que no existían informaciones de un lugar a otro.

Ella se quedó muda, pero luego despidió a este mensajero y le dio las gracias por el mensaje. Entró a la habitación donde dormía con su esposo, se arrodilló en el piso y dijo lo siguiente: “Señor, te pido que no se casen, y, si se casan, que no se gocen”. Se persignó, luego se inclinó y besó el suelo. Dice que luego se levantó y olvidó el asunto.

Pasaron los días y no había posibilidad de tener noticia, sin embargo la noticia llegó: su esposo había muerto un día antes de casarse con esta nueva chica. ¡No hubo boda!

Hasta allí me contó la abuela pues me dijo: “Recuerda esto: ¡la oración tiene poder!”. Ella quedó viuda con su cuadro de hijos y los levantó en la extrema pobreza. Esto que cuento fue aproximadamente entre 1910 y 1913.

BELKYS AGREDA ESPAÑOL

Barquisimeto, estado Lara.

7 de marzo de 2021.

Correo: belkysae@gmail.com

Número telefónico: 0414-5548352.

# El lugar y vida de mi abuelo

## Santiago Escalona

Humocaro Bajo de ayer, pueblo de personas tolerantes, sencillas y amables. Acá la vida se inicia en un ambiente madrugador de cantar de gallos, de ladrar de perros y trinar de bellas aves; en un continuo salir y entrar de arreos de mulas, con su tilín, tilán; venían estos arreos de diversos caseríos para surtir unas cuantas pulperías.

Mi abuelo Santiago era pulpero y trabajador incansable. Sus faenas empezaban al amanecer y culminaban con un atardecer musical, porque también era músico: tocaba bandolín y otros instrumentos.

Santiago Escalona, hombre gomero, amaba al general Juan Vicente Gómez. En ese Humocaro de antaño, de calles barrosas y algunas empedradas, envuelto en mitos y leyendas. Mi abuelo era una de esas leyendas.

Le gustaba contar cuentos. Una vez me dijo:

—Yo conocí a tu otro abuelo, a Leopoldo Rivero (padre de mi padre), hombre guapo. Él se alzó contra mi general Gómez. Él estaba en mi contra.

Estuvo en la guerrilla de los chácharos y esto me invitaba a curiosear en los cuentos de mi abuelo. Él hablaba de guerras, de levantamientos, de peleas de gallos (porque era gallero, jugador de gallos).

En su casa había muchos pájaros, palomas y caballos. Una vez le dije:

—Abuelo, suelte esos pájaros que tiene encerraos en esa jaula...

Y él respondió:

—Cuidao, carajo, y les abres las puertas a esos pájaros, ¡porque te doy unos rejazos!

Él era muy delicado. Tenía un santuario donde todos los días rezaba. Ahí había muchas imágenes de santos y a cada uno le prendía una vela, esto era una constante día y noche.

Era dueño de una pequeña planta eléctrica que alumbraba parte del pueblo.

En casa de mi abuelo había muchos árboles de aguacate, guayaba, pomarrosas, alrededor de los cuales revoloteaban los pájaros de diversas especies y donde hacían vida en común. Él cuidaba muy celosamente de su pequeño bosque.

Asistía todos los domingos a la iglesia parroquial. Se ponía ropa diferente (una camisa de mangas largas) porque en el curso de la semana andaba en franelas hechas de bolsa de harina de trigo, esto a pesar del frío del pueblo. Además de mi abuelo, asistían a misa el jefe civil, el juez, el maestro de la escuela y otros quienes tenían bancos fijos en la iglesia para sentarse. Hay que explicar que los bancos de la iglesia tenían sus dueños con sus nombres de familia; por supuesto ahí estaba el banco de Santiago Escalona.

Cuando terminaba la misa no me gustaba irme con mi abuelo a casa; prefería quedarme en la plaza del pueblo escuchando las picarescas y burlescas formas como el tuerto Emilio contaba lo que decía el cura en la misa.

Una vez le conté a mi abuelo lo que decía el tuerto Emilio. Entonces me dio un coscorrón y me dijo:

—No repita esa vaina, ese borracho es un comunista cabeza caliente, por eso el cura no lo deja entrar a la iglesia. ¡Ese está excomulgao!

En verdad no sabía de lo que hablaba mi abuelo ni el por qué del coscorrón.

“Plato, cuchara y coma”: mi abuelo montó una venta de comida donde se pagaba con una “bamba”. La comida era muy sabrosa. Se saboreaba un delicioso café con acemita, cucas o exquisitos bizcochuelos y conservitas de leche, que los fabricaba Manuela Escalona, hermana de mi abuelo, con ayuda de mis tías Yolanda, Rosa, Antonia, Asunción y mi madre Dilia. Mis tías y mi mamá eran hijas naturales de mi abuelo Santiago.

Una vez mi abuelo me llevó a la quebrada a bañarnos. Sus aguas eran cristalinas muy frías. Me gustó mucho porque él llevó comida, incluidos los bizcochos. Siempre le decía:

Abuelo, ¿cuándo volvemos pa la quebrada?

Siempre respondía:

—Otro día, mano Chico, otro día...

Él me llamaba “Chico” porque mi nombre es Francisco.

Fueron muchos los momentos de aprendizaje que tuve con mi abuelo. Él era una especie de figura en el pueblo. Era muy alto, hablaba muy fuerte, se hacía respetar, como decía mi madre Dilia. Fue un hombre, hasta cierto punto, tolerante, sencillo amable y muy honesto. No sé si lo quise o lo admiré, creo que esta duda viene por mis tías y mi mamá, por lo que ellas decían de él. Deduzco que no lo querían porque mi abuelo tenía otra mujer y otros hijos...

Aunque a mí siempre me dio alegría, me complacía y me enseñó a leer. Él leía, pero no sabía escribir. Restaba y sumaba “como un diablo”, así lo comentaba él. Me decía:

—Anote ay, Chico, aunque yo tengo muy buen cerebro.

Una vez le dije:

—Abuelo, Fortunato se llevó un papelón.

Y entonces él respondió:

—Ño carajo, ¿por qué no me habías dicho? Ese es medio olvidao —refiriéndose a Fortunato—, pero a yo no se me olvida nada...

Tenía una memoria increíble.

Cuando murió mi abuelo, lo llevaron en hombros y con música desde la plaza hasta el cementerio.

El hueco en el cementerio lo hizo el tuerto Emilio Mogollón, quien era el sepulturero. Recuerdo que me dijo:

—Carajo, enterramos a Santiago, hombre muy jodío, ¡pero ese era un hombre de verdad!

FRANCISCO RAMÓN ARROYO CORTEZ

Barquisimeto, estado Lara.

7 de marzo de 2021.

Número telefónico: 0414-5788313.

# Mi abuela Rita

Mi abuela Rita era la madre de mi mamá, pero yo no fui una nieta muy amorosa con ella: era muy regañona. Mi mamá era una mujer muy diferente a ella, era callada y no le gustaba salir mucho. Cuando decía que íbamos a ir a visitar a la abuela yo nunca quería ir. Mi papá me obligaba a acompañar a mi mamá.

Mi abuela era “amasadora”, así llamaban a quienes hacían pan, acemitas tocuyanas, pan de tunja, catalinas o roscas. Eran muy sabrosas. Ella preparaba de un día para otro los ingredientes en un cajón de madera, colocaba primero la levadura y al día siguiente colocaba la harina, el melao de papelón y la manteca vegetal.

Tenía muchas personas que trabajaban con ella, sobre todo mujeres, a quienes enseñaba. Recuerdo que entre esas mujeres a las que instruyó estaba la Niña Engracia, quien montó su propia panadería y se hizo muy famosa en El Tocuyo.

Mi abuela era capitana de un grupo de tamunangue. Bailaba y cantaba y dirigía a las bailadoras y a los bailadores.

Mi abuela también era “sobadora”, así le decían en El Tocuyo a las personas que curaban a alguien cuando se caía y se lastimaba un pie, un brazo o cualquier otra parte del cuerpo. Ella lo sobaba varios días hasta que lograba llevarle al sitio el hueso.

Mi papá tenía un compadre cuyo hijo nació con el piecito doblado hacia atrás. Mi papá le dijo que lo llevara a casa de su suegra, que ella sobaba, y el compadre se lo llevó a mi abuela. Ella logró enderezarle el piecito al bebé. Cuando el compadre

llevó al niño al médico, este no podía creer que el niño tuviera su pie sano. Desde ese día los médicos del hospital de El Tocuyo le enviaban todos los pacientes que nacían con esa patología, con miembros falseados o fracturados y mi abuela los curaba.

Era una mujer muy espiritual, muy creyente de las ánimas. Todos los lunes les colocaba sus velas. Cuando no se las ponía, ella decía: “Anoche las ánimas no me dejaron dormir pidiéndome las velas”.

Una vecina de mi abuela nos decía que ella cuando miraba para la casa de mi abuela los días lunes veía un poco de gente vestida de blanco, rezando.

Mi abuela nació en el caserío Boro del municipio Morán. Falleció a los 56 años en El Tocuyo. Era asmática y “murió del corazón”, como decían los tocuyanos. Hoy decimos que sufrió un paro cardíaco.

Mis recuerdos de mi abuela son esos. No era cariñosa con sus nietas o nietos. Mi segunda hermana y mi hermano menor fueron los que más compartieron con ella.

Mi hermana cuando a mi mamá le dio tífus se fue a vivir con ella. Mi abuela se hizo cargo de mi hermano recién nacido y mi segunda hermana se fue también con ella. El resto de las hermanas y mi tercer hermano nos quedamos con mi papá hasta la muerte de mi abuela.

Cuando mi papá se trajo a mi hermano menor, al morir ella, el niño parecía un salvaje. Mi abuela lo crio muy consentido y hacía lo que quería. De hecho, no quiso estudiar y ella se lo permitió. Para él su muerte fue muy dolorosa. No nos veía como sus hermanos y hermanas y el choque que sufrió fue muy fuerte porque mi papá tenía un carácter muy severo. Lo veía como un ogro.

Mi hermano Naudy se formó con mucho resentimiento. Gracias al Santo Padre, papá lo enseñó a trabajar carpintería y hoy es un excelente carpintero. Adoró a mi abuela y a mi

hermana Cruz Elena (hoy fallecida) porque los dos se criaron con ella.

Hoy pienso que mi abuela fue un ser excepcional, a quien no supe querer por el miedo que le tenía, pero me pongo a pensar en ella y siento que nos parecemos mucho. Era una mujer a la que le gustaba mucho ayudar a la gente. Era sociable y solidaria. Me siento reflejada en ella. La verdad es que los genes no los podemos negar.

Ahora les contaré un poco acerca del padre de mi papá, mi abuelo Florentino. Muy al contrario de lo que pasaba con mi abuela Rita, me gustaba visitarlo. Yo estudiaba en la escuela Padre Pérez Limardo de El Tocuyo y mi abuelo vivía en la calle de atrás de la escuela, al norte de la ciudad.

Fue un hombre guerrero, luchó al lado del general Gabaldón y me gustaba visitarlo para que me contara sus historias. Mi papá me contaba que mi abuelo fue muy mal padre, que mi abuela Estefanía, la madre de mi papá, y mi tía Julia vivían en la casa de mi abuelo junto con mi bisabuela “Mamá Dolores”, la mamá de mi abuelo, y un día vino y los corrió de su casa, no recuerdo por qué. Mi bisabuela Mamá Dolores sufrió mucho. Esto le causó la muerte. Murió de tristeza.

Él tenía otra familia con la señora Francisca Terán. Ella tenía varios hijos de mi abuelo, pero tampoco vivía con ella. Mi familia compartía mucho con ellos. Eran muchos tíos y primos, quienes han ido muriendo.

Mi abuelo era talabartero; su especialidad eran las sillas de montar caballos. También le gustaba dibujar; con las taparas hacía totumas a las cuales les dibujaba pájaros, diseñados por él, y con un cuchillo los remarcaba y pintaba. Me encantaba que me las regalara, aunque él las hacía para vender. Yo las coleccionaba. Cuando nos vinimos a Barquisimeto, las dejé en mi casa de El Tocuyo y todas desaparecieron. Todo el mundo las quería. Era lo único que me quedaba de mi abuelo. En estos

días me alegré mucho al verle una de esas totumas diseñadas a mi hermano. Probablemente era una de las mías.

Mi abuelo tenía una vista muy buena. Un día, siendo ya un anciano, se enfermó, y mi hermano le fue a dar una cucharada de un jarabe para la tos. Él le dijo: “Déjeme leer qué me está dando a beber, no vaya a ser que me quieran envenenar”. Tomó una velita, la prendió y pudo leer la etiqueta del jarabe. Era muy desconfiado.

Cuando ya estaba muy mayor, los hijos se lo repartían para cuidarlo. Mi tía Juanita se lo llevó a Maracay, pero salía para la calle, y por supuesto se ponía a caminar y se perdía. La primera vez que se perdió, en el barrio El Piñonal de Maracay, fueron horas y horas buscándolo. Se tuvo que colocar la denuncia en la policía. Cuando lo consiguieron lo llevaron para la casa, y no quería bajarse de la patrulla porque quería que lo siguieran paseando. Se iba cada vez que conseguía la puerta abierta, y como los policías ya lo conocían lo regresaban a la casa.

La casa de mi abuelo era misteriosa. Tenía muchos pasadizos. Él me decía que veía muertos. Yo exclamaba: “Ay, abuelo Florentino, tú me estás metiendo miedo. No voy a volver. Me da miedo que me salgan los muertos”. Él me decía: “Ellos solo me salen a mí”.

Tenía muchas matas de mamón. El solar era muy grande. Cuando había cosecha de tamarindo me iba luego de la escuela a recogerlos. Era muy grande la mata y cubría todo el techo de la casita. Yo le decía: “Esa mata te va a tumbar la casa”.

Cuando se llevaron a mi abuelo porque ya estaba muy viejito, fue a vivir donde mi tío Eladio, su hijo. El tío Eladio estaba empeñado en que en esa casa había plata enterrada y empezó a abrir huecos por todos lados, hasta que un día dizque vio una luz y se fue a ver. A la mañana siguiente fue a excavar y se consiguió unas vasijas con unas monedas. Casi tumba la casa buscando un tesoro.

Mi abuelo murió de 108 años. Fue un hombre muy guerrero, pero muy patriarcal, machista. Mi papá no lo quería porque hizo sufrir mucho a mi abuela Estefanía, la madre de mi papá, a quien él adoraba.

A mi papá no le gustaba que yo lo fuera a ver, pero yo salía de la escuela y me iba a visitarlo y a comer mamones y tamarindos. Era la única nieta que lo visitaba.

No tuve la dicha de conocer a mi abuela Estefanía, pero a través de mi papá y mi tía Julia la conocí. Me decía mi papá: “Fue una madre ejemplar, por eso no puedo querer a Florentino. No le decía papá, porque fue muy malo con mi mamá”.

Pero al pasar los años, ya estando mi abuelo viejito y enfermo, a mi papá le tocó atenderlo y se olvidó de tanto rencor y lo perdonó.

Le doy las gracias al Santo Padre que me dio la oportunidad de poder conocer a mi abuela Rita y a mi abuelo Florentino y hoy puedo compartir sus vivencias e historias con todos ustedes, en este libro *Tiempos del yomeacuerdo*.

Soy madre de tres hijas y dos hijos, abuela de doce nietos y nietas, bisabuela de tres bisnietos y una bisnieta y los amo muchísimo, porque no quiero repetir la historia de mi abuela y mi abuelo.

Me encanta compartir con ellos y ellas. Me aman mucho todos. Creo que nosotras las abuelas y los abuelos debemos brindarles mucho amor y lograr que estas nuevas generaciones sean felices con sus abuelas y abuelos.

NANCY AMÉRICA ARÉVALO TOLEDO

Barquisimeto, parroquia Ana Soto,  
municipio Iribarren, estado Lara.

7 de marzo de 2021.

Correo: arevalonancy1951@gmail.com

Número telefónico: 0416-1508551

## La bendición de la Nonna

La Nonna es mi abuela paterna, la jefa de la familia, una matriarca en todo el esplendor de la palabra. Su nombre era Ángela Ida Cruz Bravo. Nació en Maracaibo, estado Zulia, Venezuela, el 2 de agosto de 1935, en un hogar humilde, tradicional marabino, con muchas hermanas y un hermano. Creció en un ambiente lleno de amor, alegría y mucha fe. Esta descripción es de como ella se expresaba de lo que fue su hogar de infancia.



La abuela Ángela

La Nonna, como todos los que llegan a la tercera edad, tuvo una historia digna de contar. Ella misma lo sabía y por eso muchas veces me encontré escuchando con atención lo que a mí y tal vez a algún otro nieto que estuviera allí nos contara. Hubo muchas cosas increíbles de ella y que aún antes de comprender el significado y el valor de sus acciones ya eran razón más que suficiente para ser una de las personas que más admiro en la vida.

Sigamos con la historia de una de mis heroínas.

La Nonna, en ese entonces una joven Ángela, se casa por amor ante Dios y ante los hombres con quien se convertiría en el padre de sus hijos, Elías, mi abuelo, o como ella lo llamaba, “Mi Vida”. Con él tiene cuatro hijos, José de Jesús (Cheo), Cecilia de los Ángeles (Chichila), Ángel Luis (Luigi, mi papá) y Rafael José (Rafito o Rafo), sus más grandes tesoros.

La historia de amor de la Nonna y “Mi Vida” se ve interrumpida por lo que yo llamaría una serie de decisiones desafortunadas, cuando mi papá y tío Rafo eran muy pequeños, pero eso no quiere decir que los mayores no lo fueran también.

A pesar de que su matrimonio se terminara, hubo cosas que nunca llegaron a su fin. El amor de la Nonna por “Mi Vida” era un amor de novelas, uno que no pude entender hasta que yo misma me enamoré. Otra cosa que no se acabó fue el hogar de muchachos felices que crío mi Nonna con mucho sacrificio, trabajo, dedicación y, sobre todo, amor.

La Nonna logró levantar a sus cuatro hijos y convertirlos en adultos de bien, con ayuda de muchos ángeles guardianes que se les presentaban en sus seres queridos. Fue una hermana excepcional, una madre abnegada y dedicada y sobre todo una abuela con una lista de cualidades que seguramente haría pali-decer el currículum de muchos abuelos.

Ahora, hablemos de la etapa de la vida de la Nonna que yo conocí, su etapa de abuela. Se convierte en abuela por primera

vez el 17 de septiembre de 1979 cuando nació Sailé Carolina, su primera nieta, hija de Cecilia con su esposo José Luis.

Ese día no solamente nació Sailé, sino que nació ante el mundo una personificación de un ángel de la guarda en Ángela Ida, quien hasta ese día había sido mujer, esposa y madre, pero ese día pasó a ser la abuela Ángela, la Nonna.

Al convertirse en abuela dobla su experiencia como madre luchadora y apoya a su hija Cecilia, quien recién comenzaba el camino de la maternidad, enseñándole todo lo que sabe y más. Con el título de abuela viene una extraordinaria sabiduría que hace falta buen ojo y mejor corazón para poder apreciar. Casualmente Sailé también es la primera en convertir a la Nonna en bisabuela. Ya estamos hablando de alta jerarquía en el rango de ángeles enviados a la Tierra, mejor conocidos como abuelos.

Cada uno de los nietos de la Nonna tiene su propia visión de ella. Contaré la mía. Mi nombre es Milagro. Nací en Maracaibo el 10 de abril de 1992. Fui la última nieta niña que tuvo la Nonna. El último nieto oficialmente fue mi hermano, Ángel Luis, quien es tres años menor que yo, nacido también en Maracaibo el 5 de abril de 1995.

Hasta mi nombre se lo debo en parte a la Nonna. Ella fue quien con su hijo recién estrenado como padre me presentaron ante el Registro Civil de Maracaibo. Mi mamá pasó mi embarazo viviendo con la Nonna, quien se turnaba con mi otra abuelita para cuidarme desde dentro de la panza de mi mami. No hay otra forma de describirlo, era así. El embarazo donde yo estaba preparándome para venir al mundo fue un embarazo que médicamente se consideró un milagro, y así mismo fue para mis padres y para mis abuelos, también para todos los seres queridos que son muchos y que eso es un cuento para más adelante en este mismo relato.

Cuando mis padres se enteran de que yo iba a ser niña, la Nonna le escribió una carta a mi mamá pidiéndole que me pusieran otro nombre que mami no se acuerda como era, y después la Nonna siempre decía que era mejor el que habían escogido al final; además de mi nombre ante el mundo, también le debo en parte a la Nonna mi fe cristiana, católica y sobre todo mariana.

La Nonna hizo una costumbre en su casa: ella sería madrina de bautizo de los primeros hijos de cada uno de sus hijos. Como yo fui la primera hija de mi papá, la Nonna fue una de mis madrinas de bautizo, esto para asegurar que nosotros, sus nietos, recibiéramos la guía espiritual que ella consideraba, sin equivocarse, debíamos recibir.

Otra cosa que comenzó conmigo fue el apodo cariñoso de Nonna. Los nietos mayores que yo la llamaban “abuelita” o “abuela”. Mi Nonna quería tener un nombre especial y fácil de reconocer para un niño que tiene dos abuelas. Además de esto, siento que no había otra forma de llamarla. Por su amor a las artes culinarias se ganó el mérito de llamarse Nonna, que es como los italianos llaman a sus abuelas.

Entonces, cuando yo comencé a hablar, que después no había quién me callara, nace el nombre artístico de una de las mejores personas que ha habitado en el mundo: la Nonna.

En la casa de la Nonna pasamos muchos de los momentos más felices y memorables de mi infancia junto a mis primas María José y Adriana Chiquinquirá, quienes no solamente eran mis primas, eran mis mejores amigas y mis hermanas. Esta relación especial era una de las tantas cosas de las que estaba orgullosa la Nonna, de cómo había criado a sus hijos y de cómo esto había llegado hasta nosotras.

Mi familia paterna y materna eran muy parecidas en creencias y en filosofías. Muchas veces creía que mis abuelas se ponían de acuerdo, pero después pensé que tal vez los abuelos tienen un código secreto que les pone Dios en su misión de ser

nuestros ángeles guardianes y que ni ellos mismos saben que tienen eso, pero está allí.

Si me preguntaran cuál es el legado de la Nonna, debería decir que son muchos, sí, pero creo que el más grande e importante que nos ha dejado es el amor de familia. La familia es lo más grande y sagrado que tenemos en nuestras vidas y esto es uno de los legados que espero seguir pasando a las siguientes generaciones en su nombre.

Con la Nonna siempre estábamos juntos, compartiéndolo todo, desde alegrías, comilonas, fiestas, celebraciones, logros, hasta tristezas y tragedias, usted nómbrelo que también lo compartíamos juntos en familia.

Gracias a la Nonna nosotros no solamente conocemos, sino que celebramos el Día de los Abuelos del Niño Jesús, san Joaquín y santa Ana. Era una de sus celebraciones favoritas. También tengo que agradecer a mis abuelas que me inculcaran el amor por la comida, muy especialmente le agradezco a la Nonna por siempre compartir su amor en cada plato.

Cuando pienso en las palabras bondad y generosidad inmediatamente pienso en la Nonna. Ella siempre compartía todo y más. Siempre intentaba ayudar al que lo necesitaba.

Por otras decisiones desafortunadas, mis padres se divorcian. Este fue un golpe muy duro para la Nonna, que adoraba a mi mamá y que sabía en carne propia lo mucho que duele una separación en un matrimonio, pero gracias a Dios eso no significó que mi mamá también tuviera que separarse de la familia que por muchos años la había acogido como propia. Ese es otro legado de la Nonna: la familia, aun cuando cometa errores, no se deja atrás.

El final del 2010 y el principio del 2011 fueron tiempos muy difíciles para mi familia y para mí. Primero perdí a mi abuela materna, justo después de su cumpleaños número ochenta. Durante ese período de dolor por desprenderme de

uno de mis ángeles en la Tierra, la Nonna estuvo conmigo, con mi hermano y con mi mamá. Sé que sin su apoyo todo habría sido mucho más duro. Lo que yo no sabía era que Dios me estaba prestando a mi otro ángel solo por unos meses más.

El 22 de marzo de 2011, por la tarde, recién había llegado de la universidad cuando recibimos una noticia que nos desgarraría el alma y que todavía, casi diez años después, es muy doloroso de recordar. La Nonna había dejado el plano terrenal y se había unido a Dios, a mi otra abuela y demás seres queridos y bienaventurados en el cielo. En los días siguientes, mientras asimilaba el hecho de que ya no gozaría físicamente del amor de mis abuelas, me di cuenta de los siguientes hechos:

- La Nonna nunca morirá mientras siga siendo parte de su legado.

- La generosidad y la bondad también se aprende. Siempre me siento orgullosa de cuando mi conducta se parece a lo que habrían hecho la Nonna o mi abuelita.

- La familia es una extensión de uno.

- Los abuelos son el regalo más grande que puede recibir una persona. Hay que saber apreciarlos, valorarlos y quererlos mucho siempre.

- Los abuelos podrán no ser perfectos, pero son el vivo ejemplo de la sabiduría, la generosidad, el amor y la ternura.

- La muerte de los abuelos nunca deja de doler, porque somos egoístas y quisiéramos gozar eternamente de la compañía de estos seres de luz. No siempre nos damos cuenta de que sí los tenemos eternamente con nosotros.

- La Nonna es una de mis heroínas en la vida, es una de las mujeres que más he admirado.

- Estoy casi segura de que las hadas madrinas de los cuentos eran abuelas.

- Los abuelos nos abren los sentidos a querer a más personas y a hacer crecer nuestras familias.

La Nonna Ángela Ida siempre vivirá en mi corazón y en el de toda mi familia. No puedo esperar a que cuando Dios me regale la oportunidad de tener hijos conozcan a esa mujer tan especial a través de relatos de amor y ternura.

Tengo a la Nonna siempre presente porque ella no ha dejado de existir para mí ni ha dejado de ser todo lo maravillosa que era e incluso más, porque no creo que mis palabras le hagan justicia. La Nonna podrá haber fallecido, pero nunca morirá a menos que la olvidemos y esto es algo que espero no suceda hasta tan pronto yo misma sea recordada.

Hace muy poco escuché una frase que dice: “Qué es el luto si no la perseverancia del amor”, amor infinito como el que tengo en mi corazón para mi Nonna.

Ya soy una mujer casada, con un hogar bonito, siguiendo las enseñanzas de mis abuelas y de mis padres.

Estas últimas palabras se las escribo directamente a la Nonna:

*Querida Nonna:*

*Sé que me estáis acompañando en cada día de mi vida y que Dios te ha encomendado cuidarme a mí, a tus hijos, a tus bisnietos y al resto de tus nietos. Mi esposo ha aprendido a conocerte también y espero que también lo cuides a él. Durante los preparativos de mi matrimonio no podía pensar en otra cosa que no fuera en cómo lo habrías hecho vos, ese momento tan importante para mí, que por cosas de Dios no pudieron estar los demás de la familia, pero vos sí. Si no hubieses estado conmigo en ese momento no hubiese podido continuar. En tantos otros momentos desde que me fui de la casa, si no fuera por el amor de la familia y tu presencia en mi corazón desde hace mucho tiempo, me hubiera dado por vencida.*

*Gracias, Nonna, por haber sido tan fuerte, tan valiente. Gracias a que Dios te dio las herramientas para seguir adelante tenemos la familia que tenemos hoy, que podrá no ser perfecta, pero nos queremos mucho.*

*También tengo que agradecerte y pedirte que me sigas cuidando y que me permitas seguir sintiendo tu amor.*

*Hasta que nos volvamos a abrazar, mi Nonna. Te amo mucho y nunca voy a dejar de hacerlo.*

*¡Bendición, Nonna!*



MILAGRO YSABEL NÚÑEZ MORENO

Ciudad de Panamá, Panamá.

15 de febrero de 2021.

Correo: milagronunezmoreno@gmail.com

Número telefónico: +50762164202.

# Índice

<b>Notas de la compiladora</b>	<b>7</b>
<b>Los abuelos somos viejos por fuera y jóvenes por dentro</b>	<b>11</b>
Adelis Freitez Agüero (†)	
<b>Mi abuelo Milan</b>	<b>14</b>
Alicia Margarita Villegas Poljak	
<b>Mi abuela la supersticiosa</b>	<b>20</b>
Ana Pastora Cordero Alvarado	
<b>Adelaida, la abuela que me regaló el amor en la piedra del jagüei</b>	<b>25</b>
Arnaldo Antonio Guédez Pérez	
<b>Serie Familia</b>	<b>27</b>
Arnaldo Antonio Guédez Pérez	
<b>Mi abuelita Maria Dolores</b>	<b>29</b>
Bertha Margarita Pulido León	

<b>La luz de sus ojos</b> Camila Fiorella Muziotti Márquez	43
<b>Mi abuelita Emeteria</b> Digna América Luna Villegas	52
<b>Mi abuelo Carlos Boves</b> Fabiola Coromoto Gutiérrez Boves	61
<b>Templo de acero, corazón de chocolate</b> Francis Rivas Roa	69
<b>Mi abuela “Machía”</b> Freddy Ramón Jiménez Jiménez	79
<b>Las huellas de Matilde: educándome en cada caminata...</b> Gabriel Alberto Medina Cruz	90
<b>Relato sobre mi abuela</b> Ivonne Coromoto Mendoza Padilla	95
<b>¡Merejo...! Ahora que andas lejos, te veo en el espejo</b> Jesús Enrique Cruz	102
<b>Mi Mama Josefa</b> Jesús Enrique Pérez Meléndez	105
<b>Rememorar de la abuela</b> José Enrique Sáez García (bajo el seudónimo de Juan José Berenguer)	111

<b>Carácter fuerte, amor de nobleza</b> Juan Almarza	115
<b>Julia Torres, partera del pueblo</b> Juana Bautista Torres	118
<b>Historia de mi abuelo</b> Judith Rodríguez Gibbs	121
<b>La colcha de mil colores de la abuela Marta</b> Mari Sol Sánchez Álvarez	124
<b>Un homenaje a mi abuelo</b> María Cristina Palermo	142
<b>Cosas de la bisabuela</b> Nelson Antonio Barrios Piñero	147
<b>Abuela Ramona</b> Nelson Ures Villegas	150
<b>La abuela niña</b> Nelson Ures Villegas	154
<b>Honrando a mi abuela con un pensamiento de amor</b> Olide Margarita Márquez de Laya	159
<b>En la pequeña casa de mi abuela</b> Rebeca Padilla	169

<b>Abuela de mi alma</b> Rosa Lluch	172
<b>Abuela Catalina</b> Stella Netri	176
<b>El Abuelo... de Tomás a don Tomás</b> Tomás Enrique Mezones	183
<b>La Leo</b> Yelitza del Valle García Carrillo	195
<b>Conuco del abuelo Francisco</b> Alfonso de Jesús Olivo Díaz	204
<b>Mi bisabuela</b> Belkys Agreda Español	207
<b>El lugar y vida de mi abuelo</b> Santiago Escalona Francisco Ramón Arroyo Cortez	210
<b>Mi abuela Rita</b> Nancy América Arévalo Toledo	214
<b>La bendición de la Nonna</b> Milagro Ysabel Núñez Moreno	219

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,  
Piso 21, El Silencio  
Caracas -Venezuela 1010

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Facebook: El perro y la rana  
Twitter: @elperroylarana

*Tiempos del yomeacuerdo*  
se terminó de editar en el mes de octubre de 2021  
Caracas, Venezuela







Estimada lectora, estimado lector, este que ahora mismo está ante tus ojos, es uno de los libros más tiernos que leerás en mucho tiempo. Pocos libros han sido amasados con la candidez y la dulzura de este maravilloso texto. Son crónicas escritas en el fragor de los recuerdos de unos cuantos nietos y nietas. La profesora Digna ha gestado, con su coordinación, un libro maravilloso que estamos seguros que los conmoverá, los hará reír y llorar tanto como esas historias que nos contaban las abuelas y los abuelos en aquellas noches de luna de casabe y estrellas de cocuyos.

**DIGNA AMÉRICA LUNA VILLEGAS** (Tucupido, estado Guárico, 1951)

Contadora pública, docente, locutora, escritora y activista por los derechos de la mujer. Durante más de treinta años hizo carrera en la administración pública y también ha ejercido la docencia en varias universidades. Entre sus libros publicados tenemos: *Agroecoturismo en los poblados rurales*, *La dama del relato*. Permanecen inéditos: *Imagina y siente*, *Historias de nueve hermanos*, *Regalitos narrados* entre otros. Esta abuela de una nieta y un nieto vive en Barquisimeto.

